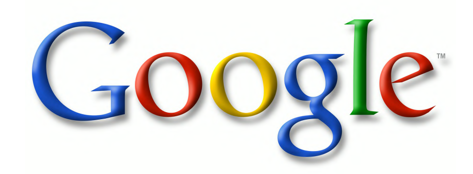


M. F. MANTILLA

PLÁCIDO MARTINEZ

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA, MORENO 51, ESQUINA DEFENSA

1887

AL LECTOR

Agotada la primera edicion de este libro sin haber llenado todos los pedidos que de él había, ofrezco hoy la segunda al benévolo público que honra con su interés mi trabajo modesto.

Lleva dos agregaciones, que son: las palabras de aliento con que la prensa ha tenido la gentileza de recomendar la produccion — y que recojo agradecido — y los documentos oficiales y particulares relativos á las honras fúnebres de Plácido Martinez. Ambas completan el libro.

Creo haber alcanzado uno de los objetos que me propuse al escribir la biografía de Plácido Martinez: hacer conocer su personalidad fuera del teatro principal de sus hechos. El tiempo se encarga de probar si mi empeño puede tambien dar este otro resultado, que anhelo: que la historia de su vida sirva para formar caracteres como el suyo, muy especialmente donde su recuerdo querido se mantiene impreso en los corazones.

M. F. MANTILLA

Setiembre de 1887.



JUICIOS DE LA PRENSA

PLÁCIDO MARTINEZ

Con este título acaba de publicarse un libro de 165 páginas en 8.º, escrito por el señor M. F. Mantilla.

Es la biografía de uno de los ciudadanos mas distinguidos de Corrientes, perteneciente á la última generacion, que en edad temprana llegó por su valor, sus virtudes y su civismo á ser el caudillo del partido liberal en la provincia de su nacimiento. Al nacer, su padre, impregnado del espíritu heróico de sus comprovincianos, dijo: « Es un soldado de la libertad de los que voltearán á Rosas ». Y su madre replicaba: « Sí, pero será una vergüenza para los argentinos que el tirano dure hasta que pueda ser soldado este niño. » Fué un soldado de la libertad, una inteligencia y un carácter noble y entero que ha marcado su paso por la vida dejando en ella su huella con hechos y escritos que hacen inolvidable su memoria.

Combatiente en primera fila del Paraguay, actor principal en la campaña de Ñaembé, soldado y publicista en las cuestiones internas de su provincia en pró de la libertad, abnegado, generoso y resuelto siempre, Plácido Martinez es una de las figuras mas gallardas y mas simpáticas de Corrientes en sus último tiempos. Su temprana muerte ha sido llorada por

todos sus conciudadanos, y en él perdió la patria una grande esperanza.

La biografía de Plácido Martinez hecha por el señor Mantilla, bien ducumentada y escrita con reconcentrada pasion, es á la vez que un tributo al héroe correntino, una página de historia contemporánea, que ilustra varios puntos controvertidos de ella. Su síntesis se encierra en las siguientes palabras del autor con que termina su notable trabajo: « Plácido Martinez era de los hombres que sirven de ejemplo. Hechos de nombradía ejecutó en la guerra en clase de ciudadano armado, demostrando tener condiciones para un general de nota; pero no era esa su aspiracion. Su brazo se armó para traducir en accion sus ideas nobles y generosas.»

La Nacion.

BIOGRAFÍA DE PLÁCIDO MARTINEZ

Tenemos á la vista un trabajo biográfico del coronel Plácido Martinez escrito por el doctor Manuel F. Mantilla. Es un libro de 165 páginas.

El personaje de que el libro se ocupa, lo mismo que el autor, son hijos de la noble y esforzada provincia de Corrientes.

No vamos á hacer hoy un juicio del trabajo biográfico del doctor Mantilla, porque apenas hemos tenido tiempo, en medio del cúmulo de tareas que nos asedia, de recorrer ligeramente sus páginas sin la detencion que requiere la lectura de trabajos de esta índole para poder emitir un juicio crítico concienzudo á su respecto.

Nos contentaremos, pues, con decir que el libro del doctor Mantilla se hace leer con interés y llena el objeto que el autor se ha propuesto al escribirlo, poniendo de relieve las levantadas condiciones morales y políticas que hicieron del malogra-

do coronel Plácido Martinez una figura altamente notable y simpática en la provincia de su nacimiento.

La vida de Plácido Martinez está íntimamente ligada á acontecimientos importantísimos que pertenecen al dominio de la historia argentina, tales como la guerra del Paraguay y la rebelion de Entre-Rios, iniciada con el asesinato del general Urquiza. Y el biógrafo ha sabido presentar al heróico y abnegado militar, con merecida auréola de gloria, por medio de la narracion de sus campañas militares y la enumeracion de las hermosísimas prendas de su carácter recto, de sus sentimientos levantados y de su conciencia serena y bien equilibrada con los atributos de la bondad ingénita y de la justicia pura.

En el libro se narra la gloriosa batalla de Ñaembé en que las milicias de Corrientes, en número de 2,300 hombres, derrotaron completamente al ejército de Lopez Jordan, poniendo fin á la guerra de Entre-Rios.

Al mismo tiempo que se describe el brillante papel que en aquella gloriosa jornada desempeñó Plácido Martinez, se restablece la verdad histórica respecto á esa famosa accion de guerra, demostrando que ella fué dirigida por el gobernador, entonces, de la provincia de Corrientes, teniente coronel don Santiago Baibiene, actual senador, y no por el teniente coronel don Julio A. Roca, como se sostiene por algunos con mengua de la verdad.

En justificacion de este aserto, entre otras pruebas, se encuentra un párrafo de carta del entonces coronel don Julio A. Roca, que dice así:

« Mil felicitaciones á Bovio y Malarin por el espléndido triunfo alcanzado por el jóven gobernador de Corrientes contra ese fantasmon de Lopez Jordan, que estaba espantando á nuestros viejos generales. » La carta aludida fué escrita en Curuzú Cuatiá el 13 de febrero de 1871.

El libro del doctor Mantilla es, pues, interesante por mas de un respecto y útil como contribucion para la historia de la provincia de Corrientes.

La Prensa.

PLACIDO MARTINEZ, POR MANTILLA

El señor don Manuel F. Mantilla acaba de publicar un nuevo libro histórico biográfico, con el título « Plácido Martinez », en el que se enumeran las acciones pequeñas y grandes de la vida agitada y tumultuosa del distinguido militar correntino.

Era Plácido Martinez, segun dejan traslucir las páginas del libro que tenemos á la vista, un espíritu fuerte, un hombre de una sola pieza, de una integridad intachable, de un carácter austero y de una nobleza de alma ejemplar, cualidades que unidas á su inteligencia natural lo hubieran llevado al escalafon militar mas alto del ejército argentino y á los mas encumbrados puestos de la magistratura, si la muerte no hubiera tronchado en la mitad de su carrera su vida preciosa y por tantos motivos querida.

Plácido Martinez asistió á numerosos hechos de armas, ya en las luchas partidistas, ya en las guerras internacionales como la del Paraguay, donde dejó bien sentada su táctica de militar esperto y valeroso al mando de los arrojados y bravos correntinos que lo acompañaban.

En la batalla de Ñaembé, cupiéronle los honores de la jornada, mereciendo las felicitaciones del general Julio A. Roca, que se halló en ese memorable encuentro.

Diéronsele, además, algunos premios en mérito y recompensa al valor militar.

Luchó, en fin, en muchísimos combates, cuidando de los heridos del ejército enemigo como á hermanos, y teniendo no pocas consideraciones con los prisioneros, como lo hace constar el doctor Mantilla en el bosquejo biográfico de que tratamos.

Era una de aquellas figuras que por desgracia van desapareciendo del escenario político argentino, uno de los servidores leales, modestos y patriotas que ha tenido la República, que si en vez de haber actuado en el escenario estrecho de

una provincia, hubiera tenido por campo una Nacion, su nombre habría repercutido hasta sus mas remotos confines.

Pero su obra fragmentaria, así como quedó al ser destruida por la muerte aquella naturaleza de privilegio indomable y valiente, pasará á las páginas de la historia contemporánea dejando una trayectoria luminosa.

El señor Mantilla está realizando una obra patriótica al reunir los documentos, las reminiscencias y los datos dispersos para escribir la biografia de los hombres meritorios de su país.

La de Martinez está trazada con habilidad suma é impecable; no se aparta un momento del trabajo biográfico que su autor le ha dado y está escrita con correccion, con criterio imparcial, con profundidad de vistas y con la solidez y aplomo que obras de ese género reclaman y merecen.

Se ve que ha conocido el personaje y su vida, trazándola con aquella serenidad y conviccion que da ese conocimiento.

Su libro, esté seguro el señor Mantilla, servirá de fuente de consulta para la Historia Argentina del presente, cuando se traze en lo porvenir, y para definir con claridad el personaje en cuestion, que no está solamente esbozado sino de pié, tomado desde la adolescencia, seguido en su primera juventud, en toda su existencia agitada y fecunda hasta su muerte prematura, que llenó de luto un hogar modesto, reuniendo en torno de su féretro las autoridades y el pueblo correntino que concurrieron en masa á depositar sobre su tumba las flores simbólicas y las lágrimas sinceras que arrancan á las agrupaciones los corazones arrojados y nobles y los varones íntegros y virtuosos, que, como Plácido Martinez, han merecido bien la patria.

Sud-América.

UN NUEVO LIBRO

Nuestro laborioso amigo el doctor Manuel F. Mantilla acaba de obsequiar nuevamente á su provincia natal con un libro, el mas precioso que pudiera ofrecerle sobre historia contemporánea: la biografía del benemérito y bien amado Plácido Martinez.

La acogida que la obra ha encontrado en el público puede apreciarse por su espendio inmediato, habiéndose agotado la edicion en cuanto apareció.

El libro está muy bien escrito, notándose al leerlo los progresos que su autor realiza en el estilo, en el método y en la apreciacion filosófica de los hechos.

El héroe se destaca de tamaño natural, si se nos permite la espresion, en el trabajo biográfico trazado por Mantilla: bello, correcto, irreprochable, como fué el virtuoso Plácido, á quien Corrientes conoce tanto y á quien no podrá olvidar nunca, mereciendo esta alabanza con que la biografia concluye: « Honor de la especie humana y ejemplo perdurable. »

Mas, la importancia misma del personaje, que llegó á figurar de un modo culminante en situaciones verdaderamente históricas, obligaba al biógrafo á estudiar acontecimientos trascendentales y complejos, que serán objeto de interés muy grande en la historia general del país, y en cuya apreciacion se muestra el doctor Mantilla lleno elevacion moral, de juicio recto, de imparcialidad patriótica.

Muy pocas y secundarias observaciones podrian hacerse á la esposicion de los hechos y al juicio que los envuelve, lo mismo en el conjunto que en los detalles; de manera que, es incontestable la vindicacion de la gloria de Corrientes en la campaña y batalla de Ñaembé, por ejemplo, que han querido arrebatársela primeramente Sarmiento y despues los aduladores del general Roca, para atribuírsela á este.

El floron de Ñaembé es pura y esclusivamente correntino, hasta en su prevision, pues fué anunciado por mentes correntinas, desde antes de estallar la rebelion de Entre-Rios, como es ya conocido y está justificado; lo cual permitió á la provincia de Corrientes prepararse con oportunidad á llenar la mision que los sucesos le deparaban, salvando á la Nacion entera, amenazada de una perturbacion que pudo hacerla retroceder á cuarenta años atrás.

Como un modelo de estilo, no podemos resistir á la tentacion de reproducir, al menos un párrafo, en el que se describe, con pincel maestro, el fragor doblemente espantoso de una lucha entre hermanos, (la batalla de Ifrán), lanzando merecido anatema contra ese presidente que pudo evitar y no lo hizo tanto derramamiento de sangre argentina...............

....

«Un cuarto de hora despues de los primeros tiros, derrotados y perseguidores se confundian en el único espacio libre que el ejército de Cáceres tenía á su retaguardia, lugar estrecho para contener tanta gente. Ese fué el momento horrible de aquella lucha de hermanos, provocada por la ambicion de un hombre y la complicidad de un presidente sin conciencia. La tierra temblaba bajo el peso de siete mil ginetes en movimiento veloz; caballos y hombres caian, levantándose pocos; miles de brazos, manejando sables y lanzas, descargaban golpes de muerte, que derribaban ginetes y cabalgaduras; las detonaciones de las armas de fuego mezcladas con el quejido lastimero de las víctimas y el vocerío hiriente de la multitud, producian un concierto de espanto, cuya repercusion en los cercanos bosques de palmeras daba todavía mayor horror á la escena de sangre!»

Por lo demás, Plácido fué grande precisamente porque personificó el epíritu colectivo de este virtuoso pueblo de Corrientes, que formó en su escuela su elevado carácter y nutrió su alma con el ejemplo de sus tradicionales sacrificios. Por esto es que Corrientes supo amarle; por eso tambien, á imitacion suya, debió pasar el hijo distinguido por el duro crisol de las persecuciones, de las injusticias, de los padecimientos.

Y Corrientes honrará siempre su memoria, manteniendo sin mancha los principios y las virtudes que le inculcara desde la cuna, y mostrándale á los venideros como el modelo de los escojidos, como personificacion del deber que todos son llamados á cumplir: todo á la patria y por la patria.

Felicitamos á nuestro querido amigo el doctor Mantilla por el precioso y edificante libro con que ha honrado al pueblo de su nacimiento y á la literatura histórica de su país.

Las Cadenas.

BIOGRAFÍA

El doctor don Manuel F. Mantilla acaba de ofrecer á la avidez publica un libro, en 8°, realzando en él la noble y simpática figura del coronel Plácido Martinez, muerto inesperadamente en Corrientes en el año 1879.

Libro recomendable en todos conceptos, nutrido de datos importantes, es, á la vez que una biografía, un estudio reflexivo sobre las causas que conmovieron la situacion del pueblo heróico de Corrientes, presentando de relieve los hombres y los sucesos que forman época memorable.

Escenas sombrias ofrecidas por las disensiones políticas, ellas han sido eliminadas del comentario ardiente y polémica diaria; juicios abiertos ante el tribunal de la opinion pública, han quedado como pleitos fallados y pasados en autoridad de *cosa juzgada* por la fuerza de los sucesos; pero la moral y el derecho vulnerado salvarán del olvido ante la influencia del fallo imparcial de la historia.

Es aquí donde el biógrafo exhibe la prestigiosa personalidad del coronel Martinez, estudiándola en sus múltiples faces, como hijo, amigo, ciudadano y militar.

Vida corta pero fecunda la del campeon correntino!

En vano son estrechos los límites de la biografía: su autor se halla obligado á narrar sucesos importantes de la guerra del Paraguay, de la montonera de Lopez Jordan y la batalla de Ñaembé, donde establece la verdad histórica respecto del legítimo vencedor, coronel Baibiene; de la batalla de Ifrán, en la que las tacuaras correntinas se hicieron célebres como las macanas cochabambinas; del sitio y toma de la ciudad de Corrientes por las armas del partido liberal, etc., etc. En estos sucesos se destaca la valiente figura del coronel Martinez, cuyos méritos, en momentos de su muerte, arrancan clásicas frases á hombres sencillos del pueblo, como:—« vivirá en el corazon de sus compatriotas » y merece sobre su tumba el siguiente epitafio:—« Ejemplo de virtud, nobleza, patriotismo, valor. »

Ciudadanos predestinados, nacidos para el aura popular y prohijados por ella, representantes no solo de una generacion sino de noble causa, desaparecen prematuramente de la vida, dejando tras sí un vacio doloroso, llenado únicamente por el recuerdo de sus virtudes cívicas y los servicios prestados en beneficio de todos.

Pueblo jóven el argentino! y ya cuenta hechos gloriosos dignos de figurar en la epopeya Homérica; precedióle memorable revolucion como base de su forma política; respiró constantemente atmósfera tempestuosa en la labor orgánica; luchó siempre por la libertad: contra el tutelaje colonial, contra la licencia del caudillaje, el despotismo de la tiranía, y finalmente la violacion de la ley constitucional; pueblo jóven, pero han pasado sus hijos por situaciones difíciles y grandes pruebas de patriotismo.

Camino de redencion, recorrido por los pueblos que ocupan lugar distinguido en el rango de las naciones civilizadas, en él impera la ley ineludible del progreso: luchar es perfeccionarse. El pueblo argentino ha batallado por obtener los frutos de ese hermoso principio y no es estraño que la Revolucion de Mayo haya costado setenta años de trabajo constante, si se observa que, trascurridos varios siglos, naciones europeas luchan por constituirse acatando el dogma de la libertad.

En política, como en ciencia, arte, religion, etc., en todo, los nobles impulsos que tienden hácia la perfectibilidad humana, el luchador infatigable que cae envuelto en tan digna bandera, merece bien de la patria.

¿Acaso Lavalle fué menos grande combatiendo la tiranía de Rosas, que en Ituzaingó?

Gran número de escojidos, intérpretes de los principios que sirvieron de credo á la Revolucion de Mayo, cuéntase en las luchas internas que han tenido lugar en este escenario de la democracia, sin que el historiador cumpliera con el tributo debido á la justicia póstuma, restaurando el nombre de cada héroe y escribiendo la página inmortal que le correponde.

Tócale hoy al valiente y abnegado coronel Martinez, debido á la laboriosa contraccion y juicio ilustrado del doctor Mantilla, que, hace tiempo, presta importantes servicios á la provincia de Corrientes, dando á conocer sus hijos meritorios, y á la República datos preciosos para la historia.

El aplauso con que ha sido recibida la biografia, servirá, sin duda, al doctor Mantilla para continuar las nuevas obras que proyecta, pues prepara importantes materiales á fin de escribir la historia general de la provincia de Corrientes desde su fundacion hasta el presente.

No solo se sirve á la patria en el campo de la lucha armada, sino tambien con la pluma del historiador.

Enrique Romero.

Buenos Aires, Julio de 1887.

LIBRO IMPORTANTE

Tal conceptuamos la biografía del abnegado ciudadano Plácido Martinez escrita por el laborioso y distinguido literato Manuel F. Mantilla.

Difícilmente puede encontrarse en la historia contemporánea de nuestra provincia un carácter tan simpático, un tipo tan varonil y generoso, una alma tan bien fundida en el crisol del sacrificio y de la virtud, como la del heróico soldado del Paraguay y de Ñaembé.

Su valor militar está á la altura de sus virtudes cívicas, su abnegacion patriótica al nivel de los demás impulsos de su gran corazon y los rasgos todos de su culminante personalidad son vívidos destellos de un espíritu bien equilibrado y rebosante de amor hácia todo lo que es noble, grande y glorioso.

En todas y en cada una de las páginas de su brillante historia, el biógrafo hace resaltar las bellas cualidades del soldado esforzado, del austero republicano, del pundonoroso ciudadano, del partidista moderado, del hombre, en fin, que nunca fué desleal con sus amigos, orgulloso con sus inferiores, inconsecuente con su credo político, inhumano con los vencidos, ni débil en los momentos de prueba para la patria y sus gloriosas instituciones.

Defensor entusiasta y desinteresado de los nobles principios democráticos, enemigo franco y perseverante de los mandones voluntariosos y pervertidos que pretendían sofocar las espansiones legítimas de la libertad y del progreso, Plácido Martinez en su vida moral, en sus heróicas acciones, en su virtud catoniana encarna los principios de los fundadores de la independencia argentina, de aquellos varones inmortales que sobreponiéndose con entereza á las pequeñeces mundanas, desoyendo con singular enerjía las voces seductoras del interés personal y de las sensualidades del mando, defendian sus ideales políticos, poniendo á contribucion, con sublime espontaneidad, sus comodidades, sus fortunas y sus propias vidas.

Así se esplica la veneracion de que fué objeto de parte de sus conciudadanos y la influencia moral, política y militar que ejerció en la sociedad, sin haberse valido jamás para el logro de sus propósitos de los medios reprochables é indecorosos que los ambiciosos ponen en juego para satisfacer sus estrechas aspiraciones.

El doctor Mantilla, al poner su talento y su labor al servicio

de la glorificacion del ilustre y valeroso soldado correntino, ha debido tener en cuenta los bellos sentimientos que siempre despiertan en el espíritu del lector, por la tendencia innata que hay en el hombre de apasionarse por los grandes caracteres, los inmarcesibles lauros con que los pueblos ciñen la frente de sus buenos servidores.

Debió tener en consideracion, tambien, que no hay mejor remedio para curar los males sociales que derivan de la práctica sistemática de los principios utilitaristas, que provocar el desenvolvimiento y ejercicio de la buena doctrina, la que profesára el noble Plácido Martinez, pudiendo servir su conducta como modelo de virtud y de patriotismo á sus contemporáneos, al mismo tiempo que de saludable ejemplo á los que no creen en la eficacia del bien, del desprendimiento y del sacrificio sobre la tierra.

Felitamos sinceramente al autor de tan importante obra histórica por el precioso elemento con que ha enriquecido la literatura de su patria, poniendo de relieve á uno de los ciudadanos mas virtuosos y meritorios con que ha contado la heróica provincia de Corrientes.

Z. A. Silva.

Goya, Julio de 1887.

VIDA DE PLÁCIDO MARTINEZ

POR MANTILLA.

(Traducido del « Standard »)

Como historiador y escritor merece el doctor Manuel F. Mantilla ser nombrado con distincion. Su obra titulada « Estudios Biográficos » —de la que me ocupé oportunamente—obtuvo un éxito completo y le colocó entre los autores argentinos mas populares del dia. Su interesante y atractivo estilo

combina mucho estudio con un gran poder descriptivo ; y sus opiniones, aunque en algo parciales, á veces, son espresadas con moderacion. La mayor parte de sus cuadros, tanto de caractéres como de acontecimiento, estan descriptos con mucho vigor.

Su vida de Plácido Martinez será leida con placer y aprovechada por todos aquellos que toman interés por la historia Argentina.

Plácido Martinez fué un soldado correntino sin ostentacion, que batalló valientemente durante toda la guerra del Paraguay y se distinguió despues en la campaña contra Lopez Jordan. En la batalla de Ñaembé, el Batallon Goya, hábil y denodadamente comandado por él, cambió la faz del combate y la fortuna del dia. En dicha accion, el ejército enemigo fué hecho pedazos, Lopez Jordan arrojado mas allá de la frontera, y los jefes correntinos hicieron mas por su patria, en horas, que muchos generales de la nacion, en varios meses.

Hombre de recto y buen corazon, prudente en el consejo é inquebrantable en el conflicto, Martinez era por todos querido. Su memoria ha de ser venerada en la provincia de su nacimiento. La historia ha recogido su nombre, que será respetado en tanto cuanto sus compatriotas honren el coraje sin mancha, el valor sin oprobio y la integridad que no reconoce compromisos.

S. H. Fitz-Simon.

Agosto de 1887.



PLÁCIDO MARTINEZ

1844—1879

CUANDO Plácido Martinez fué arrebatado al cariño de sus conciudadanos y á las esperanzas de su patria por una muerte tan rápida como sospechosa en sus causas, nos cupo el honor de representar al gobierno de la provincia de Corrientes en el acto de la inhumacion de sus restos. Allí, ante el pueblo acongojado, cual nunca se vió, que daba su postrera despedida á una de las mas distinguidas encarnaciones de sus sentimientos, concluíamos nuestro discurso oficial en los términos siguientes: «Escribo sobre esta tumba, como epitafio, las irradiaciones del alma grande de Plácido Martinez: *Virtud — Nobleza — Patriotismo — Valor*».

El tiempo trascurrido desde aquel tristísimo dia— en que hasta el cielo nublado parecía aso-

ciado al dolor público — alejando cada vez mas de nosotros su paso por la vida, robustece diariamente nuestro juicio sobre su personalidad superior. Nos hemos sometido á diversas pruebas á fin de establecer el grado de imparcialidad de nuestra opinion, y en todas ellas hemos llegado á esta misma conclusion: es uno de los modelos mas puros que hemos conocido, como ciudadano y como hombre. Le estudiamos en su constitucion íntima, procurando sorprender en ella alguna debilidad: le observamos en el escenario social y político, yendo trás él paso á paso: le tomamos pobre, perseguido y proscrito, en lucha abierta con la fortuna ingrata: le contemplamos vencedor, dueño de envidiable posicion, rodeado de popularidad y colmado de honores merecidos;— y en todas las faces de su corta existencia sobresale por los mismos atributos morales y se impone su figura por el equilibrio de su alma y por la unidad que la virtud da al carácter cuando es la luz que guia la accion humana. Por eso, no obstante de haber vivido en medio de grandes agitaciones, mezclado siempre en luchas ardientes, bajó al sepulcro con la corona del justo, sin agravios que olvidar sobre su tumba, dejando incorporadas al patrimonio comun de la sociedad y del pueblo acciones imperecederas de ejemplar bondad, de rectitud, de abnegacion ilimitada y de patriotismo. En política no llegó á la cumbre de

la figuracion porque le faltó la vida en la flor de la edad, cuando su nombre comenzaba á repercutir con simpatía en el país como una promesa halagüeña para la patria; pero alcanzó el cariño de sus contemporáneos como ninguno lo poseyó, y su memoria vive en el corazon de su pueblo natal, venerada por el amor que consagra á sus hijos predilectos.

I

El carácter que elevó la personalidad de Plácido Martinez sobre el nivel comun de los hombres de su tiempo, se educó en hogar austero y se vigorizó despues, guiado ya de su propio impulso, bajo la influencia benefactora de la tradicion de honor de su provincia natal y en la atmósfera vivificante de las ideas y principios, que daban nervio á la lucha política del período en que él llegó á la edad del criterio y de la conciencia propia. Los ricos gérmenes que atesoraba su alma fueron despertados á la vida por enseñanzas é impresiones que le encaminaron al apostolado del bien. Su padre, don Vicente Martinez, diputado al célebre Congreso Nacional de 1826, era un director aparente para formar el tipo de un ciudadano varonil y patriota; y su madre, doña Claudia Velazco, mujer de cuyos labios no oyó

otra leccion que la del deber y la virtud, y cuyos actos reflejaban siempre la pureza de sus sentimientos,—era, á su vez, la instruccion viva de sanos y generosos hechos. Nacido en plena guerra de Corrientes contra el tirano Rosas (8 de noviembre de 1844), [1] cuando las palabras *patria*, *libertad*, *gloria* eran las primeras que herian los oídos de un niño y tambien las primeras que modulaban sus labios: mezclados con los ejemplos y consejos del hogar, llegaban á su tierno espíritu las impresiones del rasgo culminante de la época: el patriotismo exaltado. « Es un soldado de la liber- « tad de los que voltearán á Rosas » — decía su padre con alegria, cuando lo presentaba á sus amigos. « Sí, — agregaba la madre — aunque será « una vergüenza para los argentinos que el tirano « dure hasta que pueda ser soldado este niño ». Escuchando diariamente este pronóstico de patriótico desprendimiento: recibiendo la cultura moral que le haria corresponder dignamente á él: oyendo referir las hazañas de los defensores de la libertad, ponderar su constancia, enaltecer sus

1—La familia de Martinez habia emigrado del departamento de Esquina al pueblo de Santa Lucía á fines de 1842, huyendo de los vencedores de *Arroyo Grande*. Cinco años tardó en regresar; y fué durante esa emigracion que nació Plácido en Santa Lucía. El cura del lugar, fray Mariano Gomez, mercedario, pidió ser el padrino del niño; y como era un patriota exaltado hizo un bautismo rumboso y patriótico. La mesa que preparó para la presentacion del niño y la iglesia toda fueron adornadas con géneros y cintas de seda de color blanco y celeste. El vecindario todo fué invitado para la ceremonia, á la que asistió como en dia de fiesta, efectuándose el acto en medio de músicas, cohetes y aclamaciones. El padrino decía: «Celebramos el nacimiento de un patriota.» El tiempo justificó su alegria.

merecimientos y los propósitos novilísimos de la inmolacion sin tregua de vidas y de fortunas por el triunfo de los principios salvadores del órden social;— tuvo Plácido Martinez por factor de sus primeras impresiones las elevadas aspiraciones y los brillantes hechos de aquellos tiempos heróicos. Despues, creciendo en medio de la reaccion liberal que siguió á Caseros, testigo de la nueva campaña abierta por los hombres de pensamiento y de altura contra el bastardeo del triunfo de las armas libertadoras á la sombra del mal gobierno de la Confederacion, los elementos de su carácter se desarrollaron al calor de sucesos moralizadores, que discernia con claridad su despejada inteligencia; y principió á sobresalir entre los de su edad por su enerjia y rectitud.

Sus padres le enviaron al Colegio del Uruguay, terminado que hubo sus cursos en la escuela de don José Gomez, meritorio educacionista de Goya. Pero el Colegio del Uruguay no correspondia á las disposiciones morales del jóven ni á las inclinaciones del ciudadano en formacion. La atmósfera del establecimiento estaba saturada de gérmenes perniciosos; se veia allí y se aprendia lo que él habia oido condenar desde la cuna y que ya repelia su naturaleza. El Colegio del Uruguay, en efecto, si bien educó á la juventud en las ciencias, tambien infiltró en ella el sistema de Urquiza en política, haciendo al país el presente griego

de una generacion ilustrada pero sin corazon y sensual hasta la médula. Llegada al gobierno, ha resucitado las prácticas de Urquiza é igualado en mucho al mismo Rosas. El jóven Martinez dióse cuenta clara del centro en que iba á vivir, y, no queriendo ser ni cómplice pasivo en lo que repugnaba á su conciencia, inmoló su educacion científica á las ideas que le dominaban, abandonando el Colegio.

El resultado final de la lucha política de entonces robusteció y afirmó su ser moral. Vió triunfante la causa del derecho y del bien, mas por la accion de las ideas que por la escasa fuerza material puesta al servicio de ellas; y, en su virtud, sobre el sistema destruido, vió levantarse el predominio verdadero de la honradez y de los principios republicanos, sin odios en los poderes públicos, sin mas esclusiones de ellos que las impuestas por la moralidad; y, detrás de todo, la patria renaciente, unida y libre por vez primera.

Hé aquí cómo, por una serie de hechos esternos, que guardaban consonancia perfecta con la enseñanza paterna y las primeras impresiones, Plácido Martinez llegó al convencimiento íntimo de que la honradez, la generosidad, la abnegacion, el bien por el bien mismo, la nobleza en los sentimientos y la pureza en las aspiraciones no son en la vida vanas palabras inventadas por la ne-

cedad, que esterilizan la existencia de los que las abrazan con entusiasmo y las practican con imperturbable constancia. La legion no interrumpida de ciudadanos de elevacion moral cuyos ideales se habian concentrado en la felicidad de la patria, no obstante las derrotas parciales de unos, la muerte de otros y la vejez sin éxito personal de muchos, formaba á sus ojos un cuadro completo del poder del civismo y de las justicia. En la desgracia, « á despecho de los triunfos del mal, « con el corazon herido y desangrado, habian do-« minado á sus vencedores por su grandeza », y el dia de la victoria echaron los cimientos de la regeneracion de todos, prodigando beneficios por castigo. Por eso jamás desesperó Plácido Martinez en los infortunios, ni se quebró un instante su enerjía moral; por eso no supo odiar su corazon, reservado siempre dentro de su pecho como el refugio último de sus aspiraciones.

II

Plácido Martinez se inició en la vida activa del ciudadano alistándose en las filas del partido liberal, cuando este sostenía en la provincia de Corrientes desigual cuanto enérjica lucha contra los elementos oficiales, que imponian la política depresora y tiránica del clérigo José Maria Rolon,

genuina creacion de los resabios de los tiempos de atraso. Goya, su residencia, era uno de los grandes cuarteles de la resistencia al arbitrario y de la defensa de los derechos populares; por cuya razon era tambien el punto donde mayores escándalos consumaba el poder. La falanje de combatientes era animosa y activa, teniendo á su frente patricios de nota como Vicente Martinez y Gregorio Pampin. Adelante, siempre adelante era su lema, y adelante iba á pesar de las cárceles y de las persecuciones.

El jóven Martinez, aunque por su desarrollo físico parecia estar ya habilitado para el ejercicio de los derechos políticos, no habia cumplido la edad legal; pero, con su entusiasmo por entrar en accion, ocupó su puesto de soldado adelantándose al tiempo. Desde sus primeros pasos sufrió de lleno el empuje de las violencias, que suplantaban á las leyes, y asistió á los encuentros mas duros que libraron sus amigos de causa en los comicios. No alcanzó los honores de la cárcel, como su padre, Pampin y Baibiene; pero mereció el encono y la persecucion rastrera. Al señalarle víctima el oficialismo, le daba sus primeros títulos al reconocimiento y cariño general. El ensañamiento del malvado armado del poder público, contra un ciudadano, produce un doble efecto contrario al propósito perseguido: levanta la personalidad de la víctima, haciéndola simpá

tica al pueblo, y la estimula á persistir en su actitud y principios. Este fué el beneficio que los sicarios del poder hicieron á Plácido Martinez cuando creian dañarle y acobardarle. Con su alma bien templada dominó su situacion, y su entereza comenzó á llamar la atencion de los hombres esperimentados. Desde entonces, Santiago Baibiene y él fueròn dos esperanzas bien caracterizadas, que el tiempo convirtió en dos honrosas realidades.

Aquella lucha en que Martinez hizo sus primeras armas, tenia para los defensores del derecho los obstáculos de un casi imposible, dado el estado de la República. Era perfectamente facil triunfar del gobierno local por la razon y el peso de la opinion pública manifestada con espléndida virilidad; no disponia aquel de elementos capaces de contrarestar los poderosos de la oposicion, aunque llevara el abuso á todos los estremos. Pero el gobierno local estaba garantido *para todo* por el de la Confederacion, que dominaba el país, menos Buenos Aires, al estilo de Rosas; de suerte que para vencerle é inaugurar un órden de cosas contrario al que representaba, era menester destruir su apoyo, lo cual no podia hacerse. La provincia de Buenos Aires, segregada de la Confederacion en nombre de la misma causa que el partido liberal sostenia en Corrientes, solo daba proteccion moral y una

remotísima esperanza de cambio. La interposicion de Entre-Rios y Santa-Fé y la distancia privaban de aquel aliado natural. Sin embargo: era tal la conviccion de la bondad de la causa y del poder de las ideas, que el partido liberal no abandonó un momento su puesto de combate. La batalla de Pavon solventó el sustentáculo de Rolon, y, entregado este á sus propias fuerzas, cayó como fruto podrido.

Tomar bandera política en época como la de entonces, sin edad todavia, para sufrir con los que sufrian y luchar al lado de los combatientes, sin perspectivas halagadoras, era dar prueba evidente de que un ciudadano de temple nacía en el jóven que de ese modo inauguraba su vida cívica. No es, en verdad, de espíritus vulgares la contraccion voluntaria al sacrificio, y aquel era completo sin un hecho inmediato que lo impusiera. Martinez podia haberse mantenido alejado de la escena, esperando mejores tiempos, sin caer en cobardía ni en el ridículo del egoismo: le favorecia la edad. Pero no quiso ser menos que los ya formados, y, sin buscar éxito personal, entró con plena conciencia en la ruda lid.

Con el triunfo de su partido no se despertaron en él ambiciones políticas. Mientras otros se preocuparon de alcanzar buenas posiciones, él siguió tranquilo la carrera del comercio, que habia elejido, en la fuerte casa de los señores Yba-

ñez y Pereira, establecidos en Goya, entonces uno de los surtideros principales de los pueblos interiores de la provincia. A principios de 1864 hizo un viaje á Buenos Aires, con su padre, para formar una gran factura de artículos de tienda. A su vuelta tuvo la desgracia de perder á aquel, horas despues de llegar, por cuyo trastorno retardó algun tiempo la apertura de su tienda. Hechos de trascendencia ante los cuales no podia mostrarse indiferente por su carácter y sentimientos, ofrecieron antes de un año otro campo de accion á su actividad.

III

En plena paz, una escuadra paraguaya habia asaltado y tomado buques de la armada nacional estacionados en el puerto de Corrientes; un ejército de la misma potencia habia ocupado la capital de la provincia y una porcion de su territorio, y otro mas realizaba operaciones militares en las costas del Uruguay. El honor nacional traidoramente ultrajado demandaba una reparacion de sangre; la patria en peligro, la provincia de Corrientes pisada por el estranjero vandálico, exigian un levantamiento formidable. Solo los *federales*, aliados de los invasores, batian palmas!

Horas despues de conocida en Goya la toma

de Corrientes, Plácido Martinez cerró su casa de negocio y partió á escape hácia el establecimiento de campo de su familia, en el departamento de Esquina, donde se encontraba la madre. Iba en busca del consejo de esta sobre la resolucion que habia tomado: rasgo que pone de relieve una de las faces de su carácter: el respeto profundo á la autora de sus dias. El confiaba en que el corazon de la madre latiría en aquellos momentos como el suyo, por la patria; pero, hasta en lo que tomaba como deber sagrado, su cariño pedia que recibiera ante todo su bendicion. La que de niño lo destinaba espontáneamente á la patria no lo negó en la hora de la prueba y en la edad viril. Con serenidad y hasta con orgullo dió esta respuesta á la demanda del hijo: « Nada mas natural que tu deseo: pelear contra « los invasores es el deber de todo argentino; « tienes mi aprobacion y mi aplauso para presentar- « te voluntario. » Tal aliento colmó la ambicion patriótica del joven; y, dias despues, cerraba definitivamente su negocio y sentaba plaza de cadete en el primer núcluo del célebre *Batallon Correntino,* que hizo gallarda figura en la campaña del Paraguay.

El negocio abandonado marchaba prósperamente, como para apegar al jóven al interés de las ganancias pingües; el giro de la casa, por otra parte, tenia comprometido su crédito y le

imponia como un deber de honor continuar su labor. Pero Plácido Martinez despreció todo. En su alma no habia sitio para el interés personal porque la ocupaban entera sentimientos generosos. Si hubiera sido un jóven de fortuna, aquel abandono con doble pérdida de ganancias y capital habria comprobado un rapto plausible de entusiasmo, y nada mas. Pero siendo pobre, como era, y dependiendo de su trabajo, hasta entonces productivo, todo su presente y su porvenir, su actitud era una verdadera inmolacion en aras de la patria de cuanto él podia ofrecerla, tanto mas meritoria cuanto que fué libre y espontáneamente adoptada.

Los que no comprendian su abnegacion, por que sus pequeños corazones y sus cerebros estrechos los tenian momificados en una vida sin mas horizontes que el goce material, clavaron su lengua en el jóven patriota, llamándole *loco y calavera.* La cobardía y el egoismo vituperando el sacrificio y la virtud! Plácido Martinez soportó con serenidad el descrédito, mirándole arrastrarse á sus piés. Una sola vez lo recordó, en carta escrita á la madre despues del asalto á las fortificaciones de Curupayty. « Veremos ahora, decía, « si todavia persisten los difamadores en llamar « calavera al que ha sacrificado su bienestar y su « reposo al deber del ciudadano, y que indudа« blemente caerá mañana atravesado por el plo-

« mo, quedando su cuerpo insepulto por estos « montes, para pasto de los buitres; ó si se retem« plan sus ánimos con el ejemplo, ante las des« gracias de la patria, y hacen algo por ella ó « vienen á presentar sus cuerpos á las balas ene« migas ». Se habia reservado el derecho de acallar la difamacion con sus hechos; y, producidos estos, en su misma queja fué generoso, porque ella fué íntima y elevada.

IV

Seguir á Plácido Martinez á través de cuatro años de ruda campaña en Corrientes, en el Brasil, en el Paraguay y en el Chaco, y de los combates parciales y acciones campales de guerra en que se halló desde Yatay hasta Lomas Valentinas, sería penetrar en el estudio de uno de los acontecimientos mas notables de la historia contemporánea de Sud-América, casi sin objeto real con relacion al oficial subalterno, valiente como el que mas, heróico en mas de una ocasion, pero colocado en plano muy secundario para ser el personaje á propósito del cual se trace el cuadro general de la guerra ó se describan solamente sus grandes batallas. Una pretension semejante, á mas de conducir directamente á la ponderacion desmedida, dañaría el mérito verdadero de Martinez, que tie-

ne un lugar distinguido entre los hombres de carácter y de virtud que han honrado al país. Al ceñirse una espada no fué en busca del laurel guerrero, ni aun de la corona cívica del ciudadano armado: eso era gloria, y no por ella sino por consagracion al deber luchaba. Es, pues, en corroboracion de que jamás declinó su valor moral, de que nunca fué infiel á sus principios, de que siempre «marchó amparado por un poderoso campeon: la conciencia»—segun la bella frase de Milton—que deben traerse á recuerdo algunos pasajes de su vida en aquella campaña que agotó muchas fuerzas vigorosas.

En Yatay recibió el bautismo del fuego. Su batallon fué el primero que cargô al enemigo, entreverándose con él para dispersarlo y rendirlo. Martinez acreditó en el combate la enerjía de temperamento, la sangre fria y la penetracion que hacen sobresaliente el valor militar, condiciones raras veces reunidas en los mas brillantes oficiales, porque no todos van al fuego como iba él: con la entereza de una conviccion profunda, una voluntad disciplinada en el deber y un valor físico que puede llamarse de raza; y son estas cualidades, no la obra sola de la naturaleza, las que permiten al soldado dominar la escena del peligro y descollar en ella.

La reputacion conquistada en la prueba no perturbó con el orgullo, legítimo de su edad, el

equilibrio de su carácter. Desconocia totalmente la pasion de la vanidad. Su comportacion habia sido para él simple cumplimiento del deber; y bastábale por premio la satisfaccion de sí mismo. En carta dirijida á la madre refiriéndole las peripecias de la accion — ocasion propicia para desahogar en la intimidad su corazon, — decía sencillamente: « En la carga creemos haber cumplido « nuestro deber y acreditado la fama que nos han « legado nuestros antepasados; y aunque en es« tas cosas hay muchas injusticias y muchas ve« ces se llevan la gloria los que menos hacen, « acaso ni se hable de nosotros, que somos tan « pocos y tan poco considerados. Pero, de cual« quier modo, estamos satisfechos de nuestra com« portacion y *nos basta nuestra conciencia tranqui« la* ». Quien así se producía, tenía seguramente puesta la vista mas arriba que la generalidad, persiguiendo tan solo ser digno de su propia estima á la luz de las ideas y sentimientos que animaban su alma desprendida y abnegada. Un ascenso y una condecoracion, sin embargo, le demostraron que habia entonces justicia en el gobierno de su patria.

Al propio tiempo que se avenía sin violencia á ser olvidado en el reconocimiento del mérito contraido, se gloriaba de haber sido su cuerpo tan humano y generoso como bravo el dia de la batalla. « *Lo que mas me complace y nos honra,*

« decía en la carta ya citada, *es que cada solda-*
« *do ha sido un padre ó un hermano para el*
« *vencido*. Lejos de herirlos y de vejarlos, los
« tomábamos de las manos, los abrazábamos, y
« he visto algunos hasta darles besos, hablándoles
« guaraní y persuadiéndoles de que tirasen las
« armas. Y no crea que esto fué despues del
« combate: era en lo mas récio de él, y para que
« nos oyeran en medio del estruendo de tiros y
« cañonazos, teníamos materialmente que mezclar-
« nos con ellos. » Hé aquí al hombre. Sus palabras son su mejor elogio. Ese rasgo de magnanimidad, relatado con la sencillez de la virtud de quien se honraba de él, en tropas que iban á castigar el ultraje hecho á su patria y á espulsar del territorio á estranjeros que lo invadieron traidoramente, no fué el único ni raro en toda aquella dilatada guerra; pero fué el primero y de parte de los mas ofendidos. Plácido Martinez lo conceptuó un timbre de honor superior á la valentía desplegada, porque era un triunfo moral sobre el de las armas que guardaba perfecta armonía con la ternura de su corazon y la caballeresca hidalguía de su carácter.

El estado de guerra no le hacía ver en sus enemigos seres á quienes debia odiar y esterminar. Comprendía bien que el triunfo anhelado exigia sacrificios de vidas de parte de los que lo resistían, buscando tambien vencer; pero, mas allá

de lo impuesto por la fatalidad ineludible, su alma respiraba compasion y cariño hácia ellos. « Los « *pobres* paraguayos están completamente perdi- « dos en Uruguayana—decía. Los brasileros son « 12,000 hombres y todavía van á pasar 5 ó « 6,000 soldados aguerridos. Hoy han querido « salir los *pobres*, para retirarse, pero fueron ata- « cados y volvieron al pueblo. *Es una suerte que « tengan que rendirse, por que no escaparía uno si « resistieran* ». [1] La gran mortandad de las batallas del 2 y 24 de mayo de 1866, especialmente del enemigo, le impresionó profundamente, deplorando la brutal destruccion á que el tirano Lopez habia lanzado sus tropas; « no comprendia « cómo podía un hombre ser tan cruel ofreciendo « á su enemigo la ocasion de concluir con sus « compatriotas, y le daba lástima la ignorancia de « los que obedecian á Lopez como máquinas ». [2] Pensando siempre con superioridad, supo mantenerse bajo el imperio pleno de una conciencia recta y pura, único poder soberano para ahogar en el hombre los instintos y las pasiones que le desvian del camino del bien, y que le señala en sus semejantes, aunque sean criminales, seres á quienes jamás debe odiar y sí compadecer y salvar. El espectáculo del combate, ni en los primeros dias, con sus escenas de sangre, que amor-

1—Carta del 20 de agosto de 1865, á la madre.
2—Conversacion de Martinez con el autor sobre la guerra del Paraguay.

tiguan la repugnancia innata á causar daño al prójimo y connaturalizan mas bien con los horrores de la muerte, no quebró la integridad de su espíritu despertando momentáneamente en él sentimientos contrarios á los mandatos del instructor oculto que guiaba su vida. El hombre de conciencia dominó constantemente al soldado, impidiéndole embriagarse con la sangre de sus enemigos y gozar en la destruccion de ellos; y como bravo le hiciera en la lid, le hizo magnánimo vencedor, humano adversario, para que la gloria de sus armas tuviera el lustre imperecedero de la gloria de la virtud.

Plácido Martinez no tropezó con espinas en la vida militar. Acostumbrado á dominarse y á refrenar sus pasiones, sus hábitos se amoldaron desde un principio, con admirable facilidad, al rigor de la disciplina, porque la obediencia del soldado estaba ya en gérmen en su naturaleza. Su contraccion al servicio y su despierta inteligencia cultivada en el estudio empeñoso dieron base sólida á su educacion marcial: á tal punto, que, en diciembre de 1865, el jefe accidental de su batallon, sargento mayor Dionicio Martinez, le confió el mando de la compañía de cazadores porque era «el oficial mas militar que tenía». Para con los superiores era sumiso, respetuoso y cumplido, sin adulacion; y para con sus inferiores estricto pero justo, franco, cariñoso y bueno. Sus

camaradas tenían en él un amigo leal, sus jefes un subalterno de confianza plena, y sus soldados un protector, que con la sonrisa en los labios socorría sus necesidades á costa de sus privaciones. Al mismo tiempo que culminaba por su actividad y su viveza, por su valor é inteligencia, por sus adelantos y ejemplar conducta,—con el desinterés y el afecto de sus actos particulares, hacía para todos simpática su personalidad; llegando así á inspirar el doble sentimiento del respeto y del aprecio. Ese fué el secreto de la adoracion que tuvieron por él sus soldades cuando, mas tarde, llegó á mandar un batallon y mayor número de fuerzas: sufría á la par del último subordinado, se esponía como el que mas á los peligros, era el primero en obedecer y respetar para ser obedecido y respetado, castigaba con rigidez mas no con injusticia; pero fuera del servicio, el jefe de batallon, division ó cuerpo de ejército, era el mismo oficial subalterno del Paraguay, padre y amigo de sus soldados, que ataba voluntades con su generosidad y suavizaba naturalezas ásperas con su palabra cariñosa y semblante risueño: era entonces pura y simplemente: *don Plácido*.

Aquella trasformacion rápida del jóven comerciante en completo oficial, era el producto de una voluntad de hierro puesta en accion perseverante. « No tenga cuidado por mí—decía á la

« madre—yo sabré pasar en el ejército. *Me creo*
« *capaz de cuanto me propongo hacer*, y como
« miro las cosas con formalidad, solo la indife-
« rencia puede perjudicarme. Pero con indiferen-
« cia no se pasa siendo soldado; así es que lo
« que me falta me hacen encontrar el *deber y la*
« *carrera* ». [1] Confiado en sus fuerzas, se consagró en cuerpo y alma al trabajo, que le habilitaría mejor para su desempeño y aun para su felicidad en la vida azarosa del hombre de guerra, sin desfallecer jamás su constancia ni desviar su mirada de sus propósitos dignos.

Con ese capital se encontró en las batallas del 2 y 24 de mayo, en las del 10 y 11 de julio en Yatayty-corá, y en el asalto de Curúpayty, habiendo antes asistido al sitio y rendicion de Uruguayana, por la que gozaba de una medalla acordada por el gobierno del Brasil. En la jornada del 10 de julio de 1866, el batallon Correntino salvó al Catamarca, sobresaliendo especialmente en la carga la compañia de granaderos de que Plácido Martinez era teniente y Santiago Baibiene capitan: por cuya gallarda comportacion fueron felicitados personalmente por el general Rivas; y el mismo Rivas y el comandante en jefe del Ejército Aliado, general Mitre, aplaudieron y felicitaron nuevamente al batallon por

1—Carta del 11 de diciembre de 1865, á la madre.

su brillante figura en la batalla del siguiente dia. Todo el ejército paraguayo, al mando del general Diaz, habia caído con fuerza sobre el batallon Correntino destacado en avanzada sobre él. « Desplegó en batalla y rompió el fuego. Pero el comandante Sosa, hombre valiente y avesado á los percances de la guerra, consideró su situacion difícil y ordenó una marcha retrógrada, ejecutando fuegos en retirada. Con una serenidad digna de todo elogio dió comienzo á esa retirada tan espuesta. El órden de las filas y el fuego sostenido, anunció que allí habia una éjida de acero contra el pánico. Era la única salvacion. El retroceso de aquel bizarro cuerpo, solo, combatiendo en la espesura, fué digno de las tropas mas disciplinadas del mundo. Su jefe, galopando de un lado á otro del bravo batallon, mantenía la línea retrógrada y el órden del combate en tan críticos momentos; la lentitud del movimiento y la enerjía de los oficiales mantenían el ánimo y el órden. Serpenteando por el efecto de la marcha y de los fuegos, oscilaba aquella inmensa serpiente ignea, que vomitaba humo sin cesar: los claros de los muertos se cerraban con los vivos: nadie hacía atencion en el horror de la agonía: el batallon estaba alegre; los que caían quedaban para ser mártires de la patria. Aquella sangre fria correntina nos recordó sus gloriosas tradiciones; eran los mismos, no habian degene-

rado. Una vez que el batallon se distanció de Yatayty-corá, hizo alto, dió media vuelta y rompió un fuego intenso sobre el adversario, que, sin inmutarse, avanzó lentamente contestando con los fuegos de sus guerrillas y los cohetes de tremenda cola.... [1] Protejido el batallon heróico, fueron rechazados los paraguayos.

En todos los encuentros fué siempre notable la intrepidez de Plácido Martinez en la pelea; parecía querer superar en cada nueva batalla á su comportacion anterior. Daba por segura su muerte en accion de guerra, pero no le importaba; la anhelaba tal vez! Todo iba bien para él *con buena salud y espíritu fuerte.* [2] «Mucho tenemos que pelear, muchísimo — decía á la madre, despues de Curúpayty — y sería causalidad salvarse. Sin embargo, estoy dispuesto á concluir la guerra. Y como no! Si en ella va la honra de nuestra patria. Me es duro ponerla en cuidado; pero es preciso que se prepare y no la sorprenda una mala noticia; debiendo conformarse con la suerte que me quepa, pues será para vd. un orgullo que su hijo *se sacrifique por la humanidad y su patria, siendo para mí el cumplimiento de un deber sagrado.* [3] Cón razon descollaba! Su íntima espansion, rebo-

1—José I. Garmendia (coronel) *Recuerdos de la guerra del Paraguay*, tomo I. Combate de Yatayty-corá.

2—Carta del 4 de noviembre de 1866, á la madre.

3—Carta á la madre, del 24 de noviembre de 1866.

sante de grandeza, revela en él la pasta del héroe, porque solo los espíritus que se mecen en la region serena del ideal hallan en colmo su premio donde para otros termina la vida.

Cuando el Ejército Aliado estableció su campamento general en Tuyúcué, el batallon Correntino se distinguió en los peligrosos servicios de avanzada. Es de esa época la siguiente frase atribuida al general Gelly Obes: «Hoy podemos dormir tranquilos: están de avanzada los correntinos.» Replegados los paraguayos á Húmaitá,[1] los aliados estrecharon el sitio de dicha plaza, y, para cerrarlo, pasaron fuerzas al Chaco. De ellas fué el batallon Correntino, mandado interinamente por el capitan don Federico Gauna. Situado sobre la costa sur de la gran laguna,[2] que está frente á Húmaitá, tenía la mision de asegurar las comunicaciones con las tropas que operaban al norte, sobre el Timbó. A su flanco derecho, sobre el rio Paraguay, se hallaba el 3 de línea, y á retaguardia el batallon San Nicolás, formando los tres cuerpos una division á cargo del coronel Ivanowski. Retirado el capitan Gauna á Corrientes, por enfermo y con licencia, recayó el mando del batallon en Plácido Martinez, por ser el oficial mas antiguo; y fué en ese carácter que tomó parte en los famosos combates

1—*Hú-ma-itá* (guaraní) significa *piedra ennegrecida por el tiempo.*
2—*Laguna-berá.* BERÁ significa en guarani *reluciente, brillante.*

de la Laguna y la Península, en los que su ya reconocido prestigio militar de valiente y de sagaz adquirió proporciones considerables, que las repetidas felicitaciones del general Rivas y del coronel Ivanówski sellaron con la doble autoridad de los superiores y de los bravos entre los bravos.

Las fuerzas paraguayas que evacuaron Húmaitá y se posesionaron del estrecho terreno montuoso y lleno de cardales impenetrables comprendido entre la laguna y el rio Paraguay, no teniendo por donde escapar, concibieron el temerario proyecto de incorporarse á las del Timbó, forzando el paso de la laguna. Su guarida intomable se hallaba en el estremo este de aquella, y allí formaron un reducto para protejer con los fuegos de su artillería las flotillas de canoas y chatas, algunas de estas artilladas, en que efectuarian la operacion. Las embarcaciones fueron trasportadas á brazo desde el rio Paraguay á la laguna.

Los aliados, á su vez, dueños de las dos costas, aglomeraron tropas y artillería sobre ellas, y, con canoas y chatas tripuladas por infantes, cerraron el paso del caudad de agua. Para este servicio fué preferido el batallon Correntino, por la circunstancia especial de ser los soldados escelentes nadadores y bogadores, condiciones que debian servir de mucho en caso de combate. El sargento mayor Ignacio Bueno, soldado del sitio de Montevideo y ayudante de Garibaldi en Roma,

tenía el comando en jefe de las embarcaciones.

El 27 de julio de 1868 embistieron unos mil paraguayos; y en el centro de la laguna se trabó un combate feroz y desesperado, de embarcacion contra embarcacion, de hombre á hombre, á tiros, á bayoneta, á sable, á golpes de fusil, á cuchillo, con lo que primero había á la mano, en el agua misma entre los que caían y de estos con los embarcados cuyas canoas y chatas procuraban hacer zozobrar. De las costas llovían balas y metrallas sobre los combatientes, y del reducto paraguayo y de sus chatas no se hacía menos. Fué un destrozo completo. Pocos lograron pasar. Sucumbieron mas de las dos terceras partes, siendo prisionero el resto. Pero no escarmentaron. Tres dias seguidos repitieron el mismo asalto, y cada combate fué progresivamente de mayor fiereza en la pelea por los obstáculos que enfurecian la terquedad paraguaya. La rendicion de la Península puso fin á aquellas escenas horrorosas, en las que de parte á parte se hizo prodigios de heroismo.

A esas batallas diarias en frágiles embarcaciones, que recordaban, sin desmerecer de ellos, los antiguos encuentros marítimos, fué que se refirió un dia un orador argentino, diciendo en el Senado de la Nacion: « Plácido Martinez sirvió á su patria y la ilustró con hechos heróicos, *distinguiéndose en los sangrientos combates de las lagunas del Chaco*, combates que constituyen una de

las páginas mas bellas de nuestras glorias militares.» [1] Declaraciones honrosas como esta hemos oido de labios del general Rivas, y tambien el siguiente hecho: Una noche, burlaron los paraguayos la vigilancia mantenida sobre ellos y se apoderaron de unas canoas. El general Rivas llamó á Plácido Martinez y le confió el honor de rescatarlas. La operacion presentaba grandes dificultades porque los enemigos velaban como el *chahá*. Martinez eligió soldados probados y se largó resuelto, prometiendo volver con la presa. Algunos hombres iban acostados en las canoas, sin presentar bulto, y los demas nadaban al costado de ellas, sin ruido. Si eran sentidos estaban perdidos. La habilidad y el temple del oficial asi como la resolucion de sns hombres, salvaron los peligros y pudieron caer sobre el fondeadero de las embarcaciones, casi de sorpresa. Trabóse un fuego vivísimo: durante el cual, á medida que los paraguayos perdían terreno, Martinez tomaba y ponía á salvo las canoas. Así consiguió las arrebatadas y otras mas, con las que se retiró haciendo fuego, sin que el enemigo osara seguirle. La ansiedad sobre el resultado de la empresa trocóse en su campo en felicitaciones entusiastas á su regreso. [2]

1—Discurso del senador doctor don Juan E. Torrent en la sesion del Senado Argentino el dia 11 de julio de 1878.

2—El doctor don Tomás Canevaro nos ha dicho haber oido tambien al general Rivas la narracion de este hecho, encomiándolo.

Plácido Martinez no abandonó un dia el ejército desde que este pisó el territorio paraguayo. Sus amigos y correligionarios políticos le invitaron para la revolucion del 27 de mayo de 1868, en Corrientes, contra el detestable gobierno del maltrecho don Evaristo Lopez; pero él se negó por dos razones elevadas. Estando empeñado el país en una guerra estranjera y él alistado en las filas del ejército en campaña, antepuso la cuestion de honra nacional á la de política interna de su provincia natal; sin condenar, empero, á los que así no pensaban, pues reconocía la justicia del movimiento proyectado y la necesidad de hacer triunfar la libertad política del pueblo. Prefirió el teatro mas ámplio y á la vez de mayores obstáculos, por que era el de las mas grandes emulaciones y el de los mayores sacrificios. Además, estaba comprometida su palabra en terminar la guerra. Por otra parte: el gobernador Lopez tenía vínculos de amistad con su familia, y no le parecía correcto en su lealtad dejar su puesto para combatirle con las armas. Esto, que no pasaba de un escrúpulo superficial, da una prueba de su delicadeza personal finísima, que ni la sospecha de una duda consentía. No tuvo, sin embargo, la satisfaccion de volver á su hogar sin dejar ya enemigos que combatir. Su físico vigoroso y su salud robusta principiaron á declinar despues de la penurias que soportó en el Chaco, y á los princi-

pios de 1869 se vió en la necesidad de solicitar permiso para bajar á Goya á curarse, por que la fiebre intermitente y el reumatismo le tenian materialmente postrado. La curacion fué larga. Durante ella supo con alegria patriótica la terminacion de la guerra, si bien con melancólica pena personal por no haberse encontrado en ella hasta el último dia.

Aquellos cuatro años de no interrumpidos servicios, constancia y abnegacion, fueron una prolongada prueba para el carácter de Plácido Martinez; pero él salió de ella limpio como el primer dia, sin ambicion de honores ni mortificaciones de envidia, con el espíritu fuerte y entera y tranquila la conciencia del hombre y del soldado. Habia sido fiel á su religion del deber viviendo, como él decía, para la humanidad y para la patria.

V

Motivos poderosos de intranquilidad y de amargura para un hombre débil de constitucion moral, esperaraban al soldado enfermo, que volvía transitoriamente á su casa en busca de salud y que, cuando ya fué innecesario su regreso al ejército, pudo haberse entregado al descanso de sus largas fatigas, dando así una tregua á su actividad

y á las agitaciones de su espíritu. Tocaba los inconvenientes materiales del abandono de su negocio: estaba enfermo, pobre y adeudado. La liquidacion de su casa dió pérdidas de que debia responder. La clausura de ella por mucho tiempo desmejoró é inutilizó muchos artículos, y los intereses del capital elevaron mas aquel perjuicio Ese era el gaje material de su patriotismo. La pequeña herencia que le tocó en la reparticion de los bienes de su padre, formaba la base de sus proyectos para recomenzar su labor mercantil cuando volviera de la campaña; pero, ante sus compromisos, tuvo que echar mano de ella á fin de cubrirlos: presentándosele, en consecuencia, el problema de la vida bajo los mas tristes auspicios. Una legua de campo hacía *toda su fortuna*. Con esa sola propiedad y él enfermo, era su presente de pobreza y su porvenir incierto y oscuro.

Plácido Martinez no mostró, empero, la menor contraridad por su situacion; ni una hora de sueño perdió por ella, ni fué dominado un instante por la tristeza su carácter espansivo y alegre. Su estado no denunciaba vicios ni defectos en él. Habia trabajado con asiduidad y juicio, cuando, sin comprometer sus deberes y principios de hombre y ciudadano, podia dedicar su actividad á labrarse una posicion independiente. No fué, pues, desidioso. Separóse del trabajo mercantil

para entregarse á otro mas penoso é ingrato, con inmolacion de cuanto podia esperar en bienes de fortuna y ofreciendo su propia existencia. Mas mérito y mas honra todavía. Por qué, entonces, podria desconceptuarle su pobreza, si era su corona? El, si no la bendecia, la aceptaba con satisfaccion. Con ella estaba en su puesto y se tenía por feliz. Jamás fué su pasion el dinero. Habria descendido de su elevacion moral si alguna vez hubiera llegado á su alma una ráfaga del interés mezquino por las riquezas, verdadera epidemia que en nuestros dias sume en la bajeza á tantos y socaba con ligereza los cimientos de la nacionalidad. *L' honneur vaut mieux que l'argant.* No tenía pasta de millonario. Si hubiera nacido en la opulencia no habría conservado su fortuna. Su mano pródiga en beneficios en medio de su escasez, sus predilecciones, su patriotismo y su abnegacion sin límites, hacían de él una persona incapaz de poseer mas de lo absolutamente indispensable á las necesidades de una vida modestísima. No podía ver miseria sin acudir á socorrerla; no comprendia una desgracia pública habiendo ciudadanos que podian evitarla ó destruirla. Su patria y sus semejantes hubieran aprovechado de sus riquezas. Vaciado en tan delicado molde, no es sorprendente que se haya mostrado imperturbable ante la pobreza que le imponía trabajar personalmente para vivir; pero es de admirarle

en su virtud y de envidiarle su carácter. Cuando hubo mejorado, principió de nuevo la jornada del trabajo; y, por segunda vez, tuvo que abandonarla para volver al servicio de la patria en una de las mas difíciles de sus situaciones internas. ¡Qué persistencia en la inmolacion generosa!

VI

El general Justo José de Urquiza, gobernador de Entre-Rios, habia sido asesinado, y, despues del crímen, se habia levantado una rebelion formidable contra el gobierno de la nacion. Una y cien revoluciones podian hacerse á Urquiza con el aplauso de la República toda; no ha existido hombre mas funesto que él, ni mas malo, incluso el mismo Rosas. Fué, es verdad, el comandante en jefe del ejército vencedor en Caseros; pero tambien lo fué de los que en India Muerta y Vences horrorizaron con sus matanzas. «Todo cubre la gloria, menos el crímen!» Como gobernante fué señor de vidas y haciendas, que en la nacion y en su provincia tuvo á los pueblos bajo servidumbre férrea, burlándose con desvergüenza de constituciones y leyes. Merecía, pues, ser derrocado y humillado; algo mas: era una necesidad que lo fuera. Las armas de todo el país

no bastaban para armar á los argentinos que anhelaban su caida y anulacion perpétua. El asesinato, sin embargo, manchó y perdió aquella causa justísima que los entrerianos podian abrazar. Ante él, era deber del gobierno general echar todo el peso de su poder sobre los que por medio del puñal pretendian fundar una situacion política á la faz de un pueblo civilizado; no por la víctima, cuya memoria no merecía el derramamiento de una gota de agua: por el decoro y el nombre de la nacion: por el crédito de las instituciones republicanas: en condenacion del mismo Urquiza, que moría al rigor del sistema que practicó y enseñó. Si el presidente Sarmiento no lo hubiera hecho, tocaba á los argentinos exigírselo é imponérselo en caso de resistencia. El asesinato político no podía quedar entre nosotros como un precedente justificado por el éxito.

Sea quien fuere el autor ó autores de un crímen, y sea quien fuere la víctima, debe expiarlo. No hacen camino las naciones en el sendero de su verdadera felicidad y engrandecimiento, cuando el puñal ó la bala traidora del asesino dirime sus cuestiones. Mucho se ha escrito sobre el asesinato político; mas no por eso se ha llegado jamás á probar que es justificable ante la ley moral y civil, ni siquiera útil. Desvarios de inteligencias embotadas por la pasion. Ge-

neralmente, un tirano ó un déspota es el producto de un estado social decadente, apto para arraigar ó dar vida á la dominacion omnímoda y criminosa de un hombre. Matando al tirano ó déspota no se corta el mal, se rompe simplemente su instrumento inmediato, que puede ser reemplazado, y lo es ordinariamente, por otro que responda á las causas que le dieron ser. Nuestros tiranos y déspotas, Rosas y Urquiza, no fueron generaciones espontáneas: la barbarie les daba apoyo; y como predominaba por el número y por su ferocidad, pudieron ellos sostenerse. Entre-Rios ofrecía á Urquiza base sólida de perpetuacion; su larguísima sumision voluntaria al personalismo desenfrenado, probaba que no tenía virilidad cívica. « Era un pueblo en su mayor parte envejecido, postrado y exhausto de sangre. Vivia sin libertad y sin entera conciencia de su propia fuerza. Debía á Urquiza su elevacion política y su renombre; pero en cambio le había enagenado su libertad y la conciencia de su ser. En el general Urquiza estaban representados treinta años de la vida de ese pueblo. » [1] El crímen consumado en la hechura de aquella relajacion, en el mismo objeto de la adoracion pública, fué doblemente execrable, porque de los actos de Urquiza era responsable su pueblo. Pres-

1—*La Regeneracion de Entre-Rios*—Imprenta de *La Prensa*, año 1871. Panfleto atribuido al doctor Onésimo Leguizamon, entreriano.

cindimos, sin embargo, de este estremo y damos por hecho que los entrerianos eran víctimas inocentes. ¿Por qué, entonces, le asesinaron en vez de arrojarle á empujones del poder para enjuiciarle y castigarle por el ministerio de la ley? Así proceden los pueblos sensatos y viriles. Si fué por miedo, no se debió agregar el crímen á la cobardía. Si fué por ódio, no se debió ofrecer al odiado la ocasion de que se vengara con su propia muerte, obligando á sus matadores á deshonrarse para siempre. Y á ese comienzo vergonzoso é irritante de la reaccion, se añadió el alzamiento en masa contra la nacion, en nombre de las preocupaciones y de los ódios del caudillaje, que se vociferaba haber querido destruir matando á Urquiza. El trapo sucio de Artigas y de Ramirez flameaba en manos de los rebeldes. Era, por consiguiente, un deber de patriotismo combatirlos.

Puestas en armas las milicias de la provincia de Corrientes por mandato del gobierno de la nacion, fué Plácido Martinez uno de los primeros que tomó servicio al lado de la autoridad. Tenía á la sazon el grado de capitan y comandaba el batallon de infantería de la guardia nacional de la ciudad de Goya, por nombramiento del gobierno del doctor don José Miguel Guastavino.[1] En poco tiempo puso su cuerpo en estado de

1—*Registro Oficial de la provincia de Corrientes*, segundo semestre del año 1869, p. 27.

marchar á campaña. Lo hacía trabajar de todos modos para adiestrar al soldado y darle agilidad y resistencia, dedicando las noches para presidir *academias* de oficiales y tambien de cabos y sargentos. El pié de disciplina del batallon era irreprochable, y su espíritu de cuerpo digno de encomio. El jefe sabía educar y mandar. No basta, en efecto, estar al frente de una porcion de hombres distribuidos en mitades y compañias, con subalternos que los gobiernan de inmediato, y gastar uno trajes galonados, para que el conjunto merezca equiparse, ni en título, á un cuerpo militar. Es preciso que haya una cabeza inteligente, una voluntad enérgica y un carácter revestido de justicia y rectitud, que dé cohesion á los elementos diversos y algunas veces opuestos que componen un batallon, y que les infunda la conciencia de sus deberes, único medio de convertirlos en verdadera fuerza. Sin jefe que tenga la habilidad de reflejar en sus soldados cualidades de órden , moralidad, deber, compañerismo y generosidad, no hay poder en un batallon, porque le falta la unidad de un todo armónico en disciplina y sentimientos. El soldado no es solo una máquina de carne: piensa y tiene voluntad; y no puede ser completo prescindiéndose en su educacion de uno y otro hecho. La dureza, la altanería caprichosa, la corrupcion de costumbres en los jefes, lo mismo que la francachela

deprimente de la superioridad gerárquica, no son resortes de gobierno en un cuerpo militar; la llave de su manejo, y hasta el secreto de sus proezas, está en que la tropa viva persuadida de la legítima superioridad de su jefe, por méritos que ella vé: que confíe en él mas que en sí misma y que jamás sienta su autoridad como un fardo pesado sobre sus espaldas: entónces hay todo: disciplina, sumision, espíritu de cuerpo y valentía. Así quiso Plácido Martinez que fuera su batallon; lo educó en ello; y *el Goya*, de famosa historia, lo fué. El general Gelly Obes recompensó su contraccion: llegado á la provincia para recibirse de las fuerzas movilizadas, confirmó á Martinez en el mando, ascendiéndole al empleo de Sargento Mayor. [1]

El 24 de mayo de 1870 se embarcó el *Batallon Goya*, en el puerto de la ciudad de su nombre, con destino al Paraná, punto amenazado por fuerzas rebeldes. En dicha plaza, el mayor Martinez supo imponerse por su conducta y la de su tropa al enemigo y á la poblacion, en su mayor parte *jordanista*. Opuso su valentía y su pericia á los ataques del primero, escarmentándole; y con su trato y la disciplina y órden de su cuerpo se granjeó el respeto de la segunda. Alternando con

1—Este dato nos ha sido comunicado por nuestros amigos el doctor don Benigno Martinez y el sargento mayor don Antonio Baibiene, oficial del *Batallon Goya* en aquella época.

batallones de línea, el suyo era el preferido, por que constituía la base de la defensa. A un amago de cierta fuerza rebelde sobre Concordia, ordenó el Ministro de la Guerra que *el Goya* corriera en proteccion de la ciudad en peligro. *Sáqueme cuerpos de línea, pero déjeme el Batallon Goya; á ese nadie lo conmueve* [1], fué la observacion y pedido honroso que hizo al ministro el jefe de la plaza, coronel Borges. Y por lo mismo que era inconmovible *el Goya*, tuvo que marchar al lugar de mayor urgencia. Pero el coronel Borges no se conformó á quedar sin él: pidió y obtuvo del gobierno que un vapor espreso esperaría la desaparicion del peligro para devolvérselo inmediatamente, como, en efecto, tuvo lugar. En los frecuentes combates librados durante el sitio, Martinez fué herido de bala dos ocasiones, y suerte fué que no le mataran porque esponía temerariamente la vida. A pesar de eso, no abandonó un dia su puesto; herido recorría la línea, hacía pelear sus cantones y dirigía á los que se batían á cuerpo libre. Sériamente enfermo todavía de la segunda herida, recibió órden de volver con su batallon á Corrientes. El gobernador de dicha provincia lo habia pedido para engrosar el pequeño ejército que estaba formando de los restos de las milicias en campaña. En todas partes era

1—Discurso del senador doctor don Juan E. Torrent en la sesion celebrada por el Senado Argentino el 11 de julio de 1878.

necesario; y sin él y sin su cuerpo parecía no haber defensa segura ni victoria posible. Tal honor era simple justicia á su mérito.

VII

La rebelion de Lopez Jordan seguía en pié á pesar de los deseos de la opinion por que terminara cuanto antes. La provincia de Entre-Rios, de cuyas riquezas vivía, se consumía bajo el peso de ella, y el tesoro nacional gastaba ingentes sumas sin que los ejércitos del gobierno lográran destruir el caudillo. Produjeron aquel estado: la inmiscuencia escesiva del presidente de la República en asuntos militares, que no entendia: sus veleidades con los generales de mérito á quienes fiára sucesivamente la campaña: la política estrecha que sacrificaba el interés general á combinaciones de partidismo, á tal estremo dañosas, que de hecho sancionaron la deposicion indirecta de un general por los jefes de batallon de su ejército. Faltó direccion hábil en los negocios públicos de entónces y hubo demasiado capricho y terquedad en no abandonar el camino del error, bien marcado por los mismos sucesos. Jordan ganó en ello. Con su estrategia de montonero, consistente en no presentar batalla y disparar á fin de cansar al enemigo ó caerle de sorpresa, se

hizo una especie de fantasma terrible. Tiempo llegará en que se escriba debidamente la historia de aquel período. Nosotros no tenemos para que meternos en su laberinto de intrigas y debilidades. Entonces se verá claro lo que hoy podría atribuirse á pasion, y es: que Jordan se mantuvo en pié diez meses por los desaciertos del gobierno nacional. Mientras el presidente perdía su tiempo en irritar á la opinion con sus genialidades, Jordan se paseaba por todas partes, burlándose de todo el poder de la nacion. Sarmiento dió pedestal á Jordan. El dia que nada supo del caudillo y hubo una voluntad dispuesta á combatirlo como era debido, el supuesto coloso fué aplastado. Ese honor cupo á la provincia de Corrientes, y con especialidad á su gobernador, teniente coronel don Santiago Baibiene. Hubo tino, y eso bastó para que el país se pacificára.

El gobernador de Corrientes, en efecto, con una prevision que acreditaba sus vistas de estadista y militar, desde el momento que los batallones y regimientos de su provincia, con los mejores jefes, pisaron Entre-Rios, se preocupó sériamente de la organizacion de nuevas fuerzas que la garantieran contra una invasion de los rebeldes. Conceptuaba factible el hecho y hasta necesario á Jordan para aumentar sus elementos y estender el teatro de la guerra. Poco feliz en sus gestiones

ante el gobierno nacional en demanda de armas y de dinero, con lo insignificante que consiguió y los escasos medios del ya agotado tesoro provincial, salió de la capital para la ciudad de Goya con dos planteles de batallon, resuelto á llevar adelante su plan. Por la Constitucion de la provinvincia era comandante en jefe de todas sus fuerzas, y el gobierno general, además, le habia dado con anterioridad el mando de las que se movilizaran por su órden. De Goya marchó á la frontera con las milicias que reunió, é incorporadas estas á la division del coronel Simon Páiva, dió principio á la organizacion de un pequeño ejército. Contrariado en su propósito por el indiferentismo del gobierno general,—« pues Sarmiento, es preciso decirlo en honor de la verdad, no creyó en la invasion á Corrientes » [1]—tuvo que dejar el campamento á cargo del segundo jefe, coronel Manuel de Jesús Calvo, para trasladarse á Buenos Aires y hacer ver personalmente al presidente la necesidad que habia de robustecer aquella defensa. Volvió como fué, en cuanto á recursos; habiendo tenido que pedir prestados tres mil duros para sufragar los gastos de su viaje y auxiliar á algunos oficiales correntinos que le acompañaron. [2] Consiguió, sin embargo, el *Ba-*

1—*El Gobierno Nacional y la Administracion del coronel Baibiene*—Imprenta de la *Opinion*, Buenos Aires, año 1872. Folleto escrito por el coronel don Santiago Baibiene.
2—Loc. cit.

tallon Goya y la promesa de algunos otros cuerpos y fondos.

A su regreso los sucesos apuraban, dibujándose ya netamente la invasion de Jordan. Llegó precipitadamente á la capital, retornando á Goya el 5 de enero con todos los elementos militares que pudo reunir y el batallon de esceptuados comandado por el sargento mayor doctor Juan Lagraña. Dos dias despues de su arribo llegó tambien del Paraná el sargento mayor Plácido Martinez con su cuerpo. El intrépido jefe del *Goya* volvía con una herida abierta y el proyectil alojado dentro del cuerpo. No era, sin embargo, un inconveniente para él. A los cuatro dias de extraida la bala salió á campaña, ágil y alegre como un hombre que vendía salud. Su voluntad dominaba á su dolencia.

Con los dos batallones y algunas milicias, marchó el gobernador hácia el Paso Borda, en el rio Corrientes, á cuyo punto ordenó se retirara el ejército, que se hallaba en Abogoretá; quedando la vanguardia, de 820 hombres, en el mencionado punto, á las órdenes del coronel Valerio Insaurralde Coincidió con su movimiento la aparicion del enemigo en el departamento de Esquina, adelantando parte de sus fuerzas sobre el rio Corrientes en busca de elementos de movilidad, objeto que no vió realizado, porque las caballadas del sur de la provincia habían sido trasladadas al

norte. Incorporadas las tropas, retrocedió al departamento de Goya para alejarse de la columna rebelde que entraba por Basualdo, obligando así á Jordan á internarse á fin de dar tiempo á que el general Arredondo le cayese por retaguardia; y, tambien, para interceptar el camino de la capital, que podían tomar los posesionados de Esquina. Teniendo conocimiento casi exacto de las fuerzas invasoras, no se atrevió á comprometer la causa esperándolas con cuatro cuerpos de infantería miliciana y dos mil hombres de caballería; trataba de ganar terreno sobre el Paraná, y tiempo, en la esperanza de que le llegasen los refuerzos pedidos y ofrecidos. [1] En prevision, sin embargo, de una situacion apurada, buscó un campo estratéjico para aceptar la batalla, y habiéndole parecido mejor el de las proximidades de la laguna Ñaembé, hizo un estudio prolijo de él. En ese estado, desembarcaron en Goya el teniente coronel don Julio A. Roca con el 7° de línea y el capitan Apolinario Hípola con cuatro pequeñas piezas de artillería. Recibió tambien el gobernador aviso del coronel Borges de que el general Arredondo se movía sobre Jordan. Entónces resolvió definitivamente ocupar el campo de Ñaembé y esperar allí al enemigo. El 24 de enero, al amanecer, se incorporó al ejército el batallon Brigada de Artillería, llegado á Goya

1—Loc. cit.

el 23. La columna rebelde de Esquina había entretanto avanzado, interceptando las comunicaciones con Curuzú-Cuatiá y cubriendo los movimientos de Jordan. Sus guerrillas se tiroteaban ya con las guardias distantes. [1]

La laguna Ñaembé [2] está situada en la parte baja de una comarca ondulada poblada de palmares. Sus cercanías son limpias en la estension de cerca de media legua á la redonda, acentuándose las elevaciones del terreno á medida que se aproxima á los palmares. De estos, el mas cercano y tupido se encuentra al sur-este de la laguna. Al oeste y sur-oeste de la misma, está la *Laguna Pucú*, llamada así por ser larga y angosta, y al sur, distante unas tres mil varas, se alza una loma cubierta de palmas que no hacen bosque. La forma de la laguna Ñaembé no es regular: algo redonda en la parte norte, se estiende de este á oeste presentando al sur una gran ensenada cuyas dos estremidades salientes encierran un terreno sin mas obstáculo que una pequeña laguna, suficiente para colocarse en él un pequeño número de fuerzas en órden defensivo, quedando absolutamente garantida la retaguardia. El frente de dicha ensenada fué el punto elegido por el gobernador Baibiene para tender su línea de batalla.

1—Parte de la batalla de Ñaembé, publicado en el número 320 del diario *La Nacion*.—Buenos Aires.

2—*Ñaembé*, significa *plato* en guaraní.

Llenaba, en efecto, la exigencia de laestratégia, dada su situacion. La superioridad numérica del enemigo debia ser compensada colocando sus tropas en una posicion tal que disminuyera las ventajas del número é infundiera en ellas la conviccion de que no les quedaba otra salvacion que vencer. Cubierto el frente de la ensenada por la línea de batalla y resguardados sus flancos por el palmar de la izquierda y la Laguna Pucú, dejábase al enemigo poco espacio en que maniobrar, con imposibilidad material de poner en ejecucion la vieja táctica de los montoneros, de caer sobre la retaguardia y bagajes con rápidas cargas de caballería. Si no obstante aquella disposicion, el ejército rebelde adquiría superioridad en el combate, la concentracion de las fuerzas y la falta de retirada debian hacer mas tenaz la resistencia, pudiendo prudentemente esperarse de ella el rechazo y aun el triunfo completo. La faz contraria era el aniquilamiento del ejército allí encerrado, en caso de derrota; pero eso no se evitaba en ningun otro terreno. Triunfante Jordan, las infanterías hubieran sido las únicas que pudieran retirarse en algun ó órden, en el mejor supuesto; mas no habrían resistido á la persecucion activa é inmediata del vencedor orgulloso, y si no se rendían tenían que desbandarse. Para esponerse á eso, era preferible jugar heróicamente la partida en Ñaembé, agotando las fuerzas y que-

mando el último cartucho, dentro del dilema de fierro de vencer ó de morir.

La línea de batalla fué situada en el siguiente órden: el centro, á cargo del coronel Francisco Silva, se componía de dos piezas de artillería de *seis* al inmediato mando del capitan Apolinario Hípola, tendiendo á su derecha el batallon *5º de campaña* (jefe, sargento mayor don José de J. Martinez) y á su izquierda el batallon *3º de la capital* (jefe, sargento mayor doctor Juan Lagraña). El ála derecha estaba formada por el *Regimiento Uruguay* (jefe, teniente coronel Francisco Galarza), el *Regimiento 27 de Mayo* (jefe, sargento mayor don Enrique Romero), la compañia *Cazadores de Corrientes* y dos piezas de montaña mandadas por el teniente Juan Frutos. Todas estas fuerzas reconocían como superior al teniente coronel Desiderio Sosa. El costado derecho de ellas lo cerraban el coronel don Cecilio Carreras y el teniente coronel don Celedonio Ojeda con los regimientos *Esquina* y *Sauce*, escalonados por compañias y apoyados en un ángulo de la laguna. Componían el ála izquierda: el *Regimiento General Paz* (jefe, teniente coronel don Olegario Alemí), el *Escuadron Mercedes* (jefe, teniente coronel Lorenzo Veron), el *Batallon Goya* (jefe, sargento mayor Plácido Martinez), dos piezas de artillería á cargo del alferez Juan N. Benitez, el *Regimiento Concepcion* (jefe, sargento mayor Luciano Enri-

que), el *Regimiento San Martin* (jefe, coronel Francisco Ayala), el *Regimiento Caá-caty* (jefe, teniente coronel don Aniceto Monzon), el *Escuadron Esploradores* (jefe, capitan don Claudio Martinez). La estrema izquierda del ála se apoyaba el otro ángulo de la laguna, y entre su derecha y la estrema izquierda del centro se hallaba la lagunita situada frente á la ensenada. Á retaguardia del centro fueron colocados, como reserva de dicha seccion, el batallon *7º de línea* (jefe, teniente coronel don Julio A. Roca), y el *Escuadron Escolta* (jefe, sargento mayor don Manuel Sosa): ambos cuerpos al mando de Roca. El batallon *Brigada de Artillería* (jefe, sargento mayor don Joaquin Viejo Bueno), y los tiradores de los regimientos San Martin, Concepcion y Caá-Caty, mandados por el teniente coronel don Gervasio Aguirre, servían de reserva al ála derecha. A retaguardia del ejército, en el seno formado por la laguna, se puso el parque y los bagajes, custodiados por el sargento mayor Gabriel Miño con la *Compañía de Mercedes*. [1]

En esa disposicion esperó el gobernador de Corrientes el ataque desde la mañana del 24 de enero. Las guerrillas de los dos ejércitos se tiroteaban constantemente en el terreno comprendido entre la línea correntina y la loma del frente, procurando siempre los correntinos atraer

1—Parte de la batalla de Ñaembé.

al enemigo, pero sin lograrlo. Los rebeldes ocupaban la bajada sur de la loma: y al borde de los palmares y á orillas de varias lagunas tenían su línea, cuyo costado izquierdo se apoyaba en el naranjal y chacra de Gandulfo. Distaban tres cuartos de legua mas ó menos, sin poder ser bien observados. Por datos que el capitan Martin Solis comunicó al gobernador en la madrugada del 26, supo éste que el ejército de Jordan sobre él constaba de 7,000 hombres y nueve piezas de artillería (lo cual resultó despues exacto); al paso que el suyo apenas era de 2,800: casi tres contra uno. Pero los menos estaban resueltos á todo!

El guerrilleo del 26 fué mas sério que los anteriores: á las 7 a. m. era general en toda la línea. Parecía que Jordan buscaba provocar la batalla. El gobernador mandó entonces adelantar del centro una pieza de *seis* para que incomodára á un batallon guarecido en la chacra de Gandulfo y á fuerzas de caballería que asomaban por ese lado. Al primer disparo se desmontó la pieza. Al mismo tiempo, reunić un consejo de oficiales superiores y les sometió la idea de tomar la ofensiva, visto que el enemigo no la llevaba, habiendo tenido ocasion para ella. El retardo ó trepidacion de Jordan denunciaba recelo, y era preciso aprovechar el momento. El pensamiento fué aceptado, procediéndose en con-

secuencia. Mientras se dispuso el movimiento, se dió órden de avanzar á las guerrillas, hasta cierta altura, con prevencion de replegarse á sus respectivos cuerpos si los contrarios retrocedían. Puesto en seguida el coronel Fermin Alsina, G. de E. M., al frente del ala derecha, Baibiene del centro y el coronel Manuel de J. Calvo de la izquierda, á las 10 a. m., toda la línea abrió marcha sobre el enemigo con gallardía imponente. La caballería se adelantaba al trote. A poco se incorporaron las guerrillas que volvían de arrollar á los rebeldes. Era de ellas, el capitan Claudio Martinez con escuadron; pero no entró en línea: el gobernador lo despachó por detrás de los palmares de la izquierda para caer oportunamente con su empuje proverbial sobre la retaguardia del ala derecha enemiga.

El ala izquierda fué la primera en coronar la loma, presidida por *el Goya*, «que había avanzado impetuosamente, adelantándose á los demás cuerpos». [1] Aquel batallon parecía el guía de la victoria. Tres cuerpos de infantería y toda la artillería enemiga, puesta en batería, quedaban al frente: y recibieron con mortífero fuego al batallon audaz. El *Goya* hizo pié firme, desplegado en batalla, y sostuvo con bravura el desigual combate; mientras Calvo, al frente de la caballería,

1—Parte de la batalla de Ñaembé.

salvaba el obstáculo de una laguna, haciendo desfilar sus tropas, de á cuatro, por un paso estrecho entre dicha laguna y un palmar, bajo el fuego terrible de las baterías é infantes: hostilidad que le hizo perder mucha tropa, pero que no le impidió formar en batalla á 300 pasos de 2,500 hombres de caballería y esperar allí con serenidad imperturbable la llegada del ejército para caerles y destrozarlos. Producido así el choque con el grueso del enemigo, mandó Baibiene avanzar todas las tropas á la carrera y que se verificara la carga general. Tal se efectuó. Pero *el Goya* necesitaba proteccion. Seguía impertérrito vomitando fuego y su bandera flameaba con magestuosa altanería; pero estaba aislado y se batía con fuerzas suficientes para ahogarlo: había perdido ya treinta plazas, de doscientas que tenía, y Plácido Martinez tambien había caido al golpe de una bala de cañon que destrozó su caballo. El teniente coronel Roca recibió, entonces, órden, por un ayudante, de protejer al *Goya* con los dos cuerpos de su mando; mas, debido tal vez á mala inteligencia ó al apuro, se adelantó únicamente con el *7° de línea* en columna de ataque. Al subir la loma y ocupar terreno á la izquierda del *Goya*, hizo fuego en el órden que llevaba y lo recibió al mismo tiempo del enemigo, circunstancias que produjeron la desorganizacion del batallon, compuesto en su mayor parte

de soldados bizoños; solo la compañía de granaderos, al mando del capitan Freire, desplegó con desenvoltura. El teniente coronel Roca, con sólo un latiguito en la mano, se empeñaba en ordenar los pelotones, mostrando una sangre fría á prueba, y el mismo gobernador, señalando al *Goya*, gritaba á los del 7°: «No ven cómo pelea ese batallon de guardias nacionales?» El batallon continuaba en el mismo estado.[1] En eso llegó el *Escuadron Escolta*, retrasado por falta de órden á su jefe inmediato y llamado despues por una directa del gobernador; éste se puso á la cabeza, llevando á su lado á sus secretarios doctor don Agustin P. Justo, diputado nacional, y don Eudoro D. de Vivar, y ocupó el centro de los dos cuerpos de infantería. Jordan en persona dirijía la resistencia del frente. Los cañones disparaban metralla á cien pasos de distancia y las infanterías avivaban sus fuegos. Plácido Martinez estaba herido, pero siempre al frente de sus bravos; el mayor Gutierrez, 2° jefe del 7°, se hallaba fuera del combate; la tropa

1—El parte de la batalla no solamente calla, como debía callar, este incidente, sino que atribuye otra figura al 7° de línea. Nuestra relacion esta tomada de labios de jefes que se hallaron en Ñaembé, y entendemos que no la negarán el mismo coronel Baibiene y el general Roca.

La Bandera liberal, periódico fundado en Buenos Aires por el coronel Baibiene y el doctor M. G. Morel, en un artículo titulado *Ñaembé*, del N° 45, año 1881, dice, entre otras cosas: «Quizas hubiera sido decisiva la accion del *7 de línea*, si en el momento preciso no se hubiese desorganizado, *sobreponiéndose el desórden* á los esfuerzos personales que hizo el comandante Roca para corregir la confusion. Despues, el 7 de línea consiguió hacer *rendir*.... á los cañones que había dejado á retaguardia *el Goya*».

seguía cayendo sin que nuevas cerráran los claros. A la izquierda, Calvo, había dado cargas brillantes rompiendo regimientos enemigos; pero éstos se rehacían. El centro había avanzado y arrollado tambien cuerpos; pero sin resultado decisivo. A la derecha, el teniente coronel Desiderio Sosa había desalojado del naranjal de Gandulfo á un batallon, asaltándolo con intrepidez al frente de dos compañias de infantería, cuya operacion puso en peligro el flanco izquierdo enemigo y dejó sin apoyo á unos 3,000 hombres de caballería desplegados en batalla por ese lado, de modo que pudieron éstos ser cargados y conmovidos por la caballería de Alsina; pero tambien se rehacían. Aquel fué el instante peligroso de la batalla: parecía que todos esperaban el resultado del combate principal sostenido por la artillería y la infantería, para lanzarse á la carga. Apercibido Baibiene de la situacion, ordenó al mayor doctor Lagraña que se corriera con su batallon á la izquierda enemiga, para flanquear las infanterías; y aprovechando nuevas cargas de Calvo, que parecían decisivas, al grito de *á la bayoneta!* cargó con la escolta sobre los cañones, apoderándose de ellos, al propio tiempo que el esforzado Plácido Martinez caía sobre las infanterías y las rendía á discrecion apoderándose de sus banderas, y Calvo dispersaba y sableaba la caballería de la izquierda. Al ver aquello, no opusieron resistencia los de la derecha, y tambien

se entregaron á la fuga. La famosa batalla de Ñaembé estaba ganada. El pueblo de Corrientes tenía una gloria mas alcanzada en servicio de la Nacion, y surgía como por encanto una hazaña rival de Caá-Guazú.

VIII

Con menores tropas de las que el gobierno nacional tenía en Entre Rios sobre Jordan, el pueblo de Corrientes había detenido con sus milicias desnudas al poderoso ejército paraguayo mandado por el general Robles, dando tiempo á que se organizáran las fuerzas que debían escarmentar al invasor; y con mucho menos aun que aquellas, con un puñado de esas mismas milicias, liquidó en Ñaembé todo el poder del caudillo que por meses hizo poner en duda con sus correrías la habilidad y el prestigio militar de los veteranos del Paraguay. Y todavía agregó á Ñaembé el triunfo de *Siete árboles*. [1]

El principal fundamento de los veinte y tantos jefes, que en diciembre de 1870 peticionaron al

1—El coronel Valerio Insaurralde, jefe de la vanguardia, se vió en la necesidad de abandonar la retaguardia de Jordan, para correr al encuentro de una columna de rebeldes que entró por Caseros. Sin dicho entorpecimiento no habrian llegado á Entre Rios cuatro rebeldes juntos, de los derrotados en Ñaembé. El triunfo de *Siete árboles* fué alcanzado por Insaurralde sobre la columna de Caseros.

presidente de la República contra el comandante en jefe del ejército de Entre-Rios, general Rivas, lo cual causó la separacion de éste, era la inaceptabilidad de su plan de campaña, porque faltaban soldados y cabalgaduras para ejecutarlo.[1] Las milicias correntinas acreditaron lo contrario con su victoria. No pretendemos deprimir ni ensalzar: somos justos; pero ante la resistencia á los paraguayos y ante Ñaembé, forzoso es decir con noble franqueza que los ciudadanos superaron á los veteranos y probaron que el poder real de los gobiernos no estriba en las bayonetas permanentes sino en la virilidad del pueblo dueño de sus derechos y anhelante de su felicidad por su propio esfuerzo. Jordan llevaba la barbarie á los correntinos: su bandera, ensangrentada por el asesinato político, cobijaba el sistema combatido por ellos sin trégua desde Pago-largo hasta Caseros y desde Caseros hasta Pavon. A falta de soldados para atajar la irrupcion, los ciudadanos se improvisaron en tales, como lo habían hecho siempre en casos análogos; y pudieron mas que los veteranos, destruyendo el mal é impidiendo su contagio, porque en la lucha jugaron el todo por el todo para garantir el bien público con la victoria ó salvar la honra con la muerte. Ñaembé fué así un doble triunfo: de las armas, en el terreno del

1—Véase el documento aludido en el número 325 de «La Nacion», diario de Buenos Aires.

combate, y de la idea de patria y de libertad constitucional en los móviles que guiaron á los vencedores y en las consecuencias de su esfuerzo. Jordan vencido por la tropa de línea, habría significado únicamente la superioridad del poder público sobre un trastornador del órden constitucional; pero Jordan vencido por ciudadanos armados, despreciados, tal vez, por él en su orgullo de burlador de ejércitos regulares, comprobaba elocuentemente que la opinion y el civismo de los pueblos son fuerzas reales y poderosas, que, léjos de tener en jaque á los gobiernos, garanten sólidamente el órden en la sociedad, encaminándola al bien y á la libertad. Se ha dicho para desvirtuar ésta consecuencia, que en Ñaembé intervino la casualidad. Aunque no es cierto, lo aceptamos hipotéticamente. Pero no fué casualidad el valor con que se batieron los ciudadanos; no fué casualidad su resolucion heróica de morir en la ensenada de la laguna, si fueran derrotados; no fué casualidad la asistencia puntual de ellos á la cita de honor que les hiciera el gobernador para formar el ejército y conjurar el peligro; no fué casualidad el abandono de sus intereses, ni la resignacion elevada con que soportaron las penurias de la campaña, rodeados de escasez y gastando cada uno sus particulares recursos, mientras la fiebre amarilla hacía estragos en la capital y otros pueblos, arrebatándoles seres queridos y enlu-

tando para siempre los hogares que ellos defendían con las armas. Todo eso era producto de conviccion profunda, de conciencia del deder y de hábito en el ejercicio del derecho político. Y ello dió el triunfo. Donde no había esa preparacion, la autoridad ni la fuerza nada lograron. Entre-Rios presentó el triste espectáculo de un pueblo cuya inmensa mayoría seguía al caudillo representante del personalismo selvático, porque le prefería al presidente constitucional de la República, y le parecía mas blando su chicote levantado como cetro que la carta fundamental de la nacion. Sin embargo de los ejemplos y de aquel contraste, contiņúa siendo un problema en la generalidad del país el reconocimiento práctico de los derechos del pueblo y el mejoramiento de su razon por el ejercicio libre y tranquilo de ellos. Entre fiar un gobernante el sostenimiento de su autoridad al cariño y vigilancia de los ciudadanos, ó á la fuerza militar permanente, opta por ésta para aplastar á aquellos; y vive devorado por las zozobras en medio de su aparente poder, 'porque en el fondo de las cosas se siente débil. Es que la fuerza material se quiebra en las propias manos de los que creen manejarla hábilmente, y la opinion robustecida por el deber y el derecho es inconmovible.

Tal vez por que la batalla de Ñaembé fué un triunfo sobre el caudillaje y un triunfo sobre el

autoritarismo gubernativo que deprime la enerjía cívica de los pueblos, es que se ha pretendido desnaturalizarla y atribuirla á quienes están distantes de su laurel. Dos versiones circulan en contra de la verdad. El *general* Sarmiento, de cuenta propia, ha despojado al gobernador Baibiene y á la guardia nacional de Corrientes de su hazaña, adjudicándose con toda seriedad el honor de la victoria; y, viéndole disponer así, tan fácilmente, de aquella gloria, cual si fuera *res nullius*, los aduladores del general don Julio A. Roca se la han disputado, proclamando á su vez á éste el héroe de la envidiada jornada. [1] El *general* Sarmiento, importador del pesimismo de los *gobiernos fuertes* y padrino de la calamitosa candidatura de Avellaneda á la presidencia, ha sido lójico por primera vez en su vida procurando oscurecer el significado moral de Ñaembé: era, en efecto, contra su sistema el golpe; y, por las dudas de lo que restase á pesar de su empeño, nada mejor podía hacer en refuerzo que

1—Hasta cierto punto, el coronel Baibiene dió base á esta especie con su parte de la batalla. En él hizo figurar al comandante Roca cayendo como un rayo sobre la artillería enemiga, cuyos cañones, decía, tomó; sin que semejante hecho tuviera lugar. Los cañones tomados por el batallon 7 ° fueron los dejados á retaguardia por otros cuerpos. Cuando el coronel Baibiene leyó el parte que iba á pasar al gobierno á los señores coroneles Alsina, Calvo y Sosa, mayor Martinez y comandante Roca, en su carpa y en presencia de sus secretarios doctor Justo y Vivar, el comandante Roca le dijo: «Ruego al señor gobernador que borre la parte relativa á mi cuerpo, porque nada ha hecho». A lo que respondió aquel: «No me es posible complacerle, porque un batallon de línea no debe hacer mal papel entre guardias nacionales, aunque por bizoño haya sido inferior á ellos». Este incidente esplica el parte.

presentase á sí mismo sobre los vencedores. Los aduladores del general Roca, por su parte, han procedido como cuadra á su posicion. Felizmente, hay como demostrar la verdad con el testimonio irrecusable de los dos vencedores inventados.

Dice el *general* Sarmiento, historiando sus ideales servicios militares: «Jordan cree haber dado un golpe maestro trasladando el teatro de la guerra á Corrientes. Ni aguardarlo se propuso el gobernador Baibiene con su milicia. Muy sorprendido se encontró Jordan al ver que le caía encima, como una teja del cielo, el coronel Roca con dos batallones de infantería, lanzado al trote gimnástico sobre su propio campamento. La noche anterior había entrado en línea de formacion el batallon Brigada de Artillería llegado de Bahia Blanca en línea recta. Casualidad? No. Es que la distancia entre Esquina y Corrientes, á caballo, es mayor que la que corren los vapores en el rio, y *sabiendo cuando se pondría en marcha* se le podía aguardar con una corona de bayonetas y cañones, no previstos en su plan de operaciones. «*Don Gonzalo*» *resulta ser una combinacion de los planes del Caucete* [1] *y Ñaembé*, á saber: traer al campo de batalla otra fuerza que la que se conoce y embrollarle al enemigo

1—Uno de los hechos de armas que el general Sarmiento se atribuye, sin haberse hallado en él.

sus propios datos»[1] Segun esto: sabedor el presidente Sarmiento de que Jordan se movía sobre Corrientes, mandó al teniente coronel Roca y al sargento mayor Viejobueno que le esperasen don de aquel menos lo pensaba: en virtud de cuya operacion estratéjica, el presidente ganó la batalla con solo una carga á trote gimnástico, sin él moverse de su sillon.

Así adultera la historia un publicista de nota y hombre de estado tenido por serio. En las páginas anteriores queda descripta la batalla, narrados sus antecedentes inmediatos y la participacion que tuvo el presidente Sarmiento en la formacion del ejército vencedor. Lo que allí consta tiene su comprobacion oficial, y no es seguramente un tejido de inventos caprichosos, como el presentado, el que destruirá la verdad. Aparte de eso: en Ñaembé no triunfó la infantería sola; triunfó todo el ejército, porque la resistencia al enemigo requirió el empuje de todo él. Sin las caballerías del coronel Calvo, que destrozaron el ala derecha, dejando aisladas las infanterías y la artillería de Jordan, y sin las caballerías del coronel Alsina, que arrollaron á los tres mil hombres de Vera y de Correa á la izquierda, la infantería de Baibiene estaba perdida ó por lo me-

1—*Introduccion á las Memorias Militares* y foja de servicios de Domingo F. Sarmiento, General de division. Buenos Aires. Imprenta Europea, año 1884. Autor, el mismo Sarmiento.

nos no podía trunfar. Toda la masa de ginetes dispersados, que montaba á mas de 5,000 hombres, habría caido sobre ella, y, si no la ahoga, por lo menos habría evitado la rendicion de la infantería y de la artillería. El parte de la batalla lo dice claramente. Pero, aun en el supuesto de que las infanterías únicamente triunfaron: hay mucha distancia de ello á que una carga de dos batallones hizo toda la accion. Echar á la bayoneta dos cuerpos pequeños sobre siete mil hombres desplegados en batalla con cuatro batallones y nueve piezas colocadas en batería, y tras de la carga hacerlos todavía triunfar completamente, es algo que solo puede ocurrírsele á quien no conoce mas guerra que la de los soldaditos de plomo. El que sabe cómo huele la pólvora y cómo silban la balas en un combate, tiene que reir de tan peregrina ocurrencia. Los hechos, pues, y la racionalidad de cada hombre hacen rechazar la supuesta ejecucion del supuesto plan estratégico del presidente Sarmiento, reproduccion, segun él, del de Caucete. El plan del presidente Sarmiento es de fecha posterior á Ñaembé, cuando resolvió apropiarse del triunfo. ¿Fué tambien así el de Caucete? El gobierno nacional nada sabía de Jordan con certeza y lo que menos sospechaba era que se encontraba á tres leguas de Goya, cuando Baibiene y sus milicias lo hacían pedazos. Con fecha 26 de enero de

1871, día de la batalla, escribía el presidente Sarmiento al gobernador Baibiene, lo siguiente: «Veo por su carta del 21 *que tiene confianza en el pueblo y en las fuerzas reunidas, que son suficientes aun para Jordan que* NOS CORRE CON LA VAINA. Vino muy oportunamente *á disipar las malas impresiones* que pudieron haber dejado las anteriores. Trascribiré á Vd., de cartas de ayer (25) de Concordia, del Ministro, lo que sigue:

«Inmediatamente despues, el general (Arredondo) se pondrá en movimiento sobre el enemigo, *cuyas avanzadas*, segun todos los datos que tengo, *están en las Víboras, á treinta leguas de aquí*, al mando de Seguí la vanguardia compuesta de dos mil hombres. *Jordan se halla á diez leguas distante.*» Le trascribo lo que allí creen como á él le trascribo su carta, *para que cada uno trate de correjir el error donde estuviere.*[1] Como se vé, ni el ministro de la guerra ni el presidente sabían dónde estaba Lopez Jordan. Con razon *los corría con la vaina!* ¿Cómo, entonces, podía el presidente seguir los pasos al caudillo para armarle una corona de bayonetas? ¿Cómo embrollarle sus datos, llevando al campo de batalla otras fuerzas que las conocidas por él, si ignoraba su paradero? Mal que le pese al

1—Carta original del general Sarmiento en poder del coronel Baibiene. En el folleto publicado por éste en 1872, citado en otra parte de este trabajo, se encuentran algunos párrafos de ella.

general Sarmiento, toda su participacion en Ñaembé fué *haber ignorado dónde estaba el enemigo;* y tiene que someterse á la verdad declarando que allí triunfó el pueblo, la milicia de Corrientes, que bastaba para Jordan porque jamás se había dejado *correr con la vaina.*

No es por cierto de la clase militar del anterior pretendiente al laurel de Ñaembé, el inventado por la adulacion. El general Julio A. Roca es un soldado ilustrado y valiente, que si hubiera estado en el caso del gobernador Baibiene, habría sin duda acreditado aquellas cualidades. Pero la especie que le favorece sin razon cunde, y es menester destruirla en bien de su propio crédito. Su comportacion en la batalla fué simplemente la de un oficial de órden y bravo; nada de particular hubo en su conducta. La de su batallon queda dicho cuál fué: no por culpa suya sino por la calidad de la tropa, fogueada por vez primera. La adulacion, sin embargo, ha forjado la siguiente leyenda: « El comandante Roca, con un puñado de soldados de línea, cortado del grueso del ejército, iba á ser llevado por delante con el encuentro de los caballos de Lopez Jordan si no formaba cuadro y emprendía una retirada. Pero el comandante Roca, que siempre fué un soldado estudioso y observador, sabía que el famoso ejército de Jordan era simplemente una montonera desorganizada, guiada por un caudillo inepto; y con con-

ciencia de la superioridad que le daba el conocimiento del arte de la guerra, en vez de retroceder, tiende en Ñaembé una emboscada á Lopez Jordan, que cae en ella, sin poder siquiera formar línea de batalla, y su formidable ejército se desvanece por completo. Un rasgo de audacia semejante le habría costado en Europa un consejo de guerra ». [1] Un batallon, una emboscada, y Roca mas grande que Marte mismo, tal fué Ñaembé segun la adulacion. El general Roca, que lo sepamos, no ha dado márgen al invento, ni podía hacerlo decorosamente. Su foja de servicios militares es honrosa y no necesita recomendarse como soldado á fuerza de patrañas. Por el contrario, reconoce en Ñaembé una gloria esclusiva de los correntinos y del gobernador Baibiene. Dos dias despues de la batalla, escribía lo siguiente á un amigo: « La jornada del 26 *es la mas completa* que se ha dado en esta guerra. A donde ménos lo esperaba Lopez Jordan ha perdido su artillería é infantería, ocho estandartes y banderas, y sus fuerzas de caballería correteadas ocho leguas. Para vergüenza de nuestros generales *tres mil correntinos* (eran solo 2,300) *á las órdenes del teniente coronel Baibiene* HAN SIDO SUFICIENTES PARA DERROTAR *siete mil y tantos rebeldes mandados personalmente por Jordan.* [2] Esta confesion espontá-

1—La *Tribuna Nacional*. Buenos Aires. Artículo *¿Será buena estrella?*

2—Carta del teniente coronel don Julio A. Roca al señor don Patricio Tejo, fechada el 29 de enero de 1871. El señor Tejo posée el original y nosotros una copia.

nea no tiene siquiera la tacha de haber sido el producto del entusiasmo del triunfo ó de la gratitud hácia Baibiene y los correntinos, por que fué ratificada muchos dias despues, cuando las impresiones habían pasado, en los términos siguientes: « Mil felicitaciones á Bovio y Malarin y demás amigos *por el espléndido triunfo* ALCANZADO POR EL JÓVEN GOBERNADOR DE CORRIENTES contra ese fantasmon de Lopez Jordan, que estaba espantando á nuestros viejos generales ». [1] Está, pues, evidenciado con el propio testimonio del comandante y coronel Roca, que es *falsificada* la gloria atribuida por los aduladores al general Roca.

Queda, por consiguiente, la batalla de Ñaembé como uno de los méritos esclusivos y típicos de los muchos que el pueblo de Corrientes tiene contraidos en servicio de la nacionalidad argentina. Baibiene tuvo la entereza de la responsabilidad; con él compartieron los jefes principales la ejecucion de su plan; hubo entusiasmo y valor en la tropa para pelear *uno* contra *tres*; y sobre todo el cuadro, en el campo del combate, brilló como una estrella guiadora la figura de Plácido Martinez. [2]

1—Carta del coronel don Julio A. Roca al señor don Patricio Tejo, fechada en Curuzú-Cuatiá á 13 de febrero de 1871. El señor Tejo posee el original y nosotros una copia.

2—*Las Cadenas*, número 116. Corrientes—Artículo *Ñaembé*.

IX

Plácido Martinez fué ascendido al empleo de teniente coronel en el campo de batalla. Dicha gerarquía en la guardia nacional hubo de ser sustituida por la misma en el ejército de línea, por acto espontáneo del presidente de la República, pero el agraciado declinó el honor, resistiendo á exigencias de amigos, por mantener intacta su independencia de ciudadano. Recordando, sin duda, aquella distincion pero no la renuncia de Martinez, fué que el presidente Avellaneda, en 1878, en su empeño por sostener al doctor Derqui en el gobierno de Corrientes, hizo revisar tres dias los archivos de la Inspeccion General de Armas de la Nacion en busca del asiento del grado militar de Plácido Martinez, á fin de tomar de allí motivo para separarle del ejército popular, que anonadaba á su amigo y protejido. « No es posible, decía, que un jefe tan distinguido no pertenezca al ejército regular de la República ». El desprendimiento del ciudadano armado de Ñaembé le salvó para su causa en 1878; de otro modo habría tal vez ostentado ya superiores grados, pero su alma torturada ante el martirio de su provincia, no se hubiera tranquilizado jamás viéndose en la inaccion cuando sus comprovincianos se sacrificaban por los principios de su credo.

Licenciadas las tropas despues de la completa pacificacion de Entre-Rios, comenzó en la provincia de Corrientes la agitacion electoral para la eleccion del ciudadano que reemplazaría en el gobierno al coronel Baibiene.

La situacion estaba en manos del partido liberal; el federal ó reaccionario se hallaba fuera de escena por impotencia, especialmente despues del golpe de Ñaembé. Sin embargo, el partido imperante se había dividido en dos grupos igualmente importantes, de los cuales uno sostenía al gobierno y el otro le hacía oposicion. Aquellos clasificaban de exigentes y díscolos á los opositores, y estos los conceptuaban esclusivistas. La verdad es que el fondo de las mutuas recriminaciones, en el orígen del desacuerdo, fué simple cuestion de preferencias personales, que no merecía la pena de una escision, por grandes que hubieran sido, y no lo eran, las malquerencias y los celos. El choque diario y el teson en él de parte á parte, fueron poco á poco agriando los espíritus y acentuando cada vez mas la línea divisoria: actos imprudentes provocaban hechos irreparables. Llegóse por tal camino á una lucha encarnizada de pasion y violencia tal de lenguaje, que parecía sostenida entre adversarios radicales.

La union del partido pudo haberse conservado, procediendo todos con ménos ligereza y con mas flexibilidad política. No había una razon de prin-

cipio que lo impidiera, y lo aconsejaban las conveniencias generales, con la comprobacion elocuente del pasado. Pero no se reflexionó ó la ofuscacion estravió el juicio. La misma terminacion del período gubernativo durante el cual surgió la discordia, fué un hecho que pudo haberse tomado para salvar la integridad del partido. Acontecimientos muy posteriores demostraron que las dos fracciones tenían principios y tradiciones comunes, y que ambas contaban con ciudadanos suficientemente conocidos, probos y patriotas, que podían colmar las aspiraciones de todos; pues, tras seis años de guerra, que pudo haber dejado resentimientos profundos é inolvidables rencores, las dos fracciones se congregaron á la sombra de una misma bandera. ¿Qué no habría sido posible realizar en 1872, con un poco de inmolacion personal, cuando todavía no había llegado la division á estremos dolorosísimos? Todo. Una convencion de todo el partido, eligida con honradez y propósitos elevados, hubiera dirimido la contienda de las dos fracciones y reconciliádolas por medio de una combinacion de candidatos dignos de la provincia y simpáticos á todos. No lo hicieron; prefirieron seguir el rumbo estraviado, y trabaron una lucha electoral ruda y enconada, en la que, de parte á parte, se puso en accion cuanto podía asegurar el éxito, incurriendo todos en numerosas y graves faltas. La rectitud del

fondo de los encontrados esfuerzos no bastaba á cubrir los recíprocos hechos irritantes, ni podría curar con la rapidez deseable todas las heridas abiertas en la contienda ; debían quedar detrás de la campaña, cualquiera que venciera, latentes causas de futuras amarguras para todos, porque todos trabajan en realidad para su daño, destruyendo la única fuerza de gobierno regular y de respetabilidad de la provincia : la union del partido liberal.

La cosecha de los estravíos fué dolorosa. La fraccion adicta al gobierno obtuvo el triunfo en los comicios y elevó á la primera magistratura del Estado al doctor don Agustin Pedro Justo, una de las personalidades mas distinguidas de su generacion, por su talento, por su ilustracion, por sus sentimientos y por sus ya buenos servicios á la provincia como fiscal, diputado, codificador y miembro del Congreso nacional. Los antecedentes del doctor Justo hacían de él una promesa de mandatario progresista ; pero sobre esa esperanza, que no todos podían alimentar, por no conocer al hombre, estaba una pasion ciega engendrada por los sucesos y que pesaba mas que ella : la creencia de haber sido espoliado el derecho popular en beneficio de la fraccion gubernista ; y como la nueva situacion era la encarnacion de aquel hecho, condensó sobre sí todas las pasiones irritadas, sin que el doctor Jus-

to tuviera responsabilidad alguna en las causas de ellas. Una revolucion estalló, y dos sangrientas batallas fueron libradas, con éxito adverso la última al gobernador Justo. La fraccion triunfadora no tardó en seguir á la caida en la espiacion. Tuvo la aberracion de confiar el gobierno á un hombre que, con atropellos y torpezas, esterilizó la sangre derramada. Los cándidos que en él fiaron, viendo su marcha pésima y no pudiendo detenerle, le repudiaron y le combatieron enérgicamente. Salvaron su honor, pero no escaparon al castigo de su falta, porque quedaron casi al mismo nivel de sus adversarios para las persecuciones y los desafueros del poder. Seis años de opresion para los unos y cuatro para los otros, restituyeron á todos el sentido práctico perdido en 1871 y 1872.

Plácido Martinez tomó participacion en la lucha electoral de 1871 y en los sucesos que ella engendró, como partidario de la candidatura del doctor Justo y como soldado al servicio del gobierno derrocado por la revolucion. Su conducta fué siempre tan moderada y prudente, que, en medio del ardor de la contienda y á pesar de la guerra civil, mantuvo su persona á cubierto aun de los pequeños resentimientos de sus adversarios. Trabajó y combatió sin ultrapasar jamás, en ningun sentido, los límites marcados por el derecho ajeno y respetando siempre la sinceridad de las

opiniones contrarias. Aquella comportacion elevada, en prueba de fácil caida, dió realce á sus cualidades, convirtiéndose para él los sucesos en pedestal de fama; pues entre los suyos pasó á ocupar el primer rango, por haber sido el alma de su causa como influencia y como soldado, y en la generalidad de sus contrarios inspiró respeto y simpatías.

Pasado el rigor de la conmocion revolucionaria, tomó á su cargo la direccion de *La Patria*, periódico de Goya, órgano principal de su partido. El soldado del Paraguay, de Entre-Rios y de Ñaembé, convertido en periodista, desplegó con franqueza la bandera opositora é hizo guerra á las malas autoridades y á los elementos de desorden que el gobierno tenía la imprudencia de tolerar. Su hermano, el doctor don Juan E. Martinez, le prestaba su concurso. Su actitud, que si actos punibles podía engendrar, leyes había para el castigo, provocó uno de los mas brutales atropellos del jefe político de la localidad: Plácido Martinez fué prendido y engrillado por órden de dicha autoridad y remitido preso á la capital, por tierra, en un *reyuno*. Su delito consistía en haber condenado enérgicamente su periódico cierto desenfreno del mandatario. Llegado á su destino, obtuvo inmediatamente la libertad y volvió de nuevo á sus tareas, sin cambiar de tono. El hecho repercutió en toda la provincia, ganando la víctima en simpatías

lo que el victimario perdió en el concepto público. Años despues vengó aquella ofensa como se vengan los caractéres nobles, dispensando deferencias á su mal inspirado adversario.

En la campaña electoral nacional de 1873, se pronunció Martinez por la candidatura del general don Bartolomé Mitre, siendo la principal columna de ella en Corrientes. En el órden de sus ideas y aspiraciones, ninguno respondía mejor á las necesidades del país, nadie tenía mejores títulos para ocupar la presidencia que el fundador de la union nacional. Alsina le había sido simpático en un tiempo; pero desmereció en su opinion desde que enarboló, despues de Pavon, la bandera estrecha del localismo, fraccionando el partido liberal de Buenos Aires, aliándose mas tarde á Urquiza para alcanzar la vice-presidencia, y dando á lo último mucho que sospechar del patriotismo de sus móviles en la inteligencia que se le atribuía con los rebeldes de Entre-Rios. Avellaneda le era repulsivo por encarnar una reaccion contra las instituciones al calor de los resortes oficiales, y por los elementos que levantaba. Cuánta razon tenía, y con él los que rechazaban al ministro candidato! Si para la República ha sido Avellaneda un gran mal, para la provincia de Corrientes en particular fué una calamidad.

Los trabajos políticos absorbieron completa-

mente la actividad de Plácido Martinez. Era un propagandista incansable y un defensor resuelto y abnegado de sus correligionarios; escribía pocas cartas, pero se movía mucho, recorriendo rancho por rancho la campaña y viendo hombre por hombre. Recomendado por su buena fama: simpático personalmente: generoso hasta rayar en prodigalidad: franco y jovial: dotado de una envidiable facilidad de adaptacion al carácter y educación de la gente con quien trataba, sin dejar por eso de conservar su altura, hizo mas él solo por la candidatura de su predileccion que muchos centros políticos. Procedía á la luz del dia, a vista de todos, con las manos limpias y la frente alta, conquistando adhesiones por convencimiento ó por el cariño que inspiraba.

Parte fué de aquella labor la resistencia valiente, que, en union de su hermano Juan Estéban, opuso al proconsulado militar que el jefe de la frontera nacional sobre el Chaco, coronel don Manuel Obligado, pretendió imponer á la provincia. Jamás había pensado nadie reproducir en Corrientes la dominacion militar á que desgraciamente estaban y están sometidos los Estados que en mala hora tienen fronteras al cuidado de la nacion; verdad es que no existía allí la causa encubridora de los proconsulados del interior, y, sin ella, solo cometiendo un atropello y un notorio escándalo podía en tiempos normales echarse tro-

pa de línea sobre la autonomía provincial. Pero, en 1873, el coronel Obligado, cuya comandancia en el Rey quedaba frente á Goya, osó mezclarse en las cuestiones políticas de Corrientes, tanto nacionales como provinciales, poniendo en la balanza de los partidos su investidura oficial, sus tropas mismas algunas veces, y sus relaciones y afinidades con los mandatarios del poder general. Como de ordinario ocurre, los mas escasos de vistas y menos escrupulosos de conducta le abrieron camino con su complacencia y luego con su alianza, llegando así un momento en que el jefe de frontera se creyó con suficiente fuerza para avasallar en Goya, como estaban acostumbrados á hacerlo otros de su clase en las provincias interiores. El gobierno local, que debía detenerle, se mostró profundamente estraño, y el nacional, cuyo ministro de la guerra patrocinaba la candidatura de Alsina, sostenida por Obligado, no se cuidó tampoco de nada.

Los Martinez salieron al encuentro del intruso. Plácido fué el brazo y Juan Estéban el periodista de la lucha sostenida en el terreno de la accion cívica y en el de la prensa, para cerrarle en todos ellos el paso. Y le tuvieron á raya, derrotándole en sus pretensiones, hasta que sucesos, que mas adelante narraremos, les obligaron á dejarle el campo libre, á pesar de ellos, sin olvidarle empero.

Los móviles que inspiraron aquella actitud viril y tenaz, eran dignos de todo encomio. El proconsulado iba á matar la vida política de la provincia, suplantando al ejercicio de su soberanía el capricho del procónsul : era un enemigo que al fin terminaría con todos, destruyendo primero al adversario y luego al aliado que le sirviera de escala. Ese era y es el triste papel de los Estados pisoteados por la tropa de línea. Los correntinos entraban en el plan de Obligado en calidad de indios y la provincia en calidad de Chaco, pues de ponerlos en servidumbre trataba. Conbatir para cortar el mal en su orígen, era, por consiguiente, servir los intereses generales, superiores á los de un partido y mas á los personales de un ciudadano que aspira á elevarse, porque se defendía el derecho de todos y la dignidad y la honra del suelo natal. Los mismos aliados del jefe nacional resistido tenían que beneficiarse del triunfo sobre él, pues, de máquinas bajo sus garras, volverían á ser libres una vez anonadado.

Al terminar la cuestion electoral de presidente, el pueblo de Concepcion nombró á Plácido Martinez representante suyo en la legislatura provincial. Fué el primero de su partido que entró en dicho cuerpo despues de la revolucion de 1872; y, no por el puesto, sino por el significado de la preferencia, la eleccion demostraba la importancia

que él tenía. Su carrera sin mancha, su carácter austero, su patriotismo elevado y la clara inteligencia que poseía, hacían de él la primera personalidad entre sus correligionarios y la mas respetable para sus contrarios. Le correspondía, pues, el honor de llevar al fuego, antes que nadie, la bandera de su causa, siendo el campeon de la lucha en el seno de uno de los poderes del Estado. Su mision era de combate, de las que no se fían á los reclutas, requiriendo el buen desempeño de ella preparacion, firmeza y el prestigio de un nombre.

Aunque nueva para él la esfera de accion en que debía corresponder á la confianza de sus electores, Plácido Martinez cumplió su deber en la Cámara como acostumbraba hacerlo en todas las circunstancias de su vida. No era orador en el sentido verdadero de la palabra; pocos hay en todas partes, por mas que se aplique el vocablo á cualquier parlanchin. Tenía una diccion fácil y clara, timbre de voz simpático, concepcion rápida y frase corta, pero comprensiva; en la réplica era algunas veces cáustico y otras festivo. Jamás perdió su tranquilidad proverbial en las sesiones ardientes, que abundaron aquel año; atacaba y defendía una idea, un proyecto, con la moderacion propia de su índole mansa é inalterable.

Los acontecimientos nacionales de setiembre de 1874 le hicieron abandonar su puesto de legislador para ceñirse de nuevo la espada.

X

Habiendo estallado en Buenos Aires la revolucion de 1874, el gobernador de Corrientes puso sobre Plácido Martinez la vigilancia de la policía de la capital. De buen grado le hubiera echado el guante Gelabert, por lo que de él sospechaba y por lo que valía; pero estaba garantido por sus inmunidades y ni sombra de pretesto daba con su conducta.

Los nacionalistas de Corrientes fueron sorprendidos por la revolucion: no se les había participado ni que el proyecto existiera; y esto no debe estrañar á nadie siendo notorio que en Buenos Aires mismo pasó otro tanto con muchos elementos de importancia, debiéndose en gran parte el fracaso del movimiento á la falta de tino, á la ligereza y al desórden con que los directores se lanzaron á él. Estaban, por consiguiente, desprevenidos para secundarla: no tenían trabajos, ni dinero, ni armas. Sin embargo, la situacion creada por los sucesos no era de permanecer tranquilos é indiferentes. Un gobierno como el de Gelabert, reñido á mas no poder con la opinion y arbitrario en grado superlativo, investido de las facultades del estado de sitio, iba á perseguir con saña á los correligionarios políticos de los revolucionarios, aunque no hicieran armas; y entre sufrir en la

inaccion ó procurar salvar con algun esfuerzo, preferible era lo último. Por otra parte: la solidaridad de causa imponía no mirar con frialdad la actitud de los amigos, cuyo triunfo ó derrota debía necesariamente beneficiar ó dañar á todos los de la misma filiacion política en la República. Resolvieron, pues, los principales nacionalistas de la capital de la provincia lanzar el partido á la accion, como fuera posible hacerlo, confiando á Plácido Martinez la direccion de la empresa.

Las tropas provinciales se movilizaron con rapidez en todos los departamentos para con ellas ocurrir al punto que el gobierno nacional señalase. Armadas regularmente y dirigidas por militares competentes, circunstancias que podían fácilmente llenarse, representaban un poder militar respetable. Plácido Martinez se propuso impedir que dichos elementos contribuyeran al sostén de la presidencia combatida, y tambien distraer del teatro principal de la lucha el mayor número, posible de fuerzas nacionales. Los hechos y sus medios no le permitían otro plan. No tenía armas ni soldados; una pequeña suma de dinero, levantada á escote, fué lo único que recibió. En esas condiciones, debiendo él crear todo y dependiendo de lo que obtuviese el desarrollo de sus operaciones, era atinado y discreto su pensamiento. Conciliaba perfectamente su anhelo de servir á su causa con la especialidad de su posicion, pues,

si lograba privar al enemigo de elementos, favorecería con eficacia á los suyos y mas tarde podría encontrarse habilitado para hostilizar en escala superior y decisiva.

La noche que mas se había mostrado á la policía, que le vigilaba, y que el gobernador Gelabert estaba mas seguro de su presa, Plácido Martinez se embarcó en un bote con direccion á Goya, acompañado únicamente de los remeros. En la capital dejó combinados los movimientos que distraerían al gobierno mientras él operase. Desembarcó en el Rincon de Soto y penetró ocultamente en Goya. El jefe político de la localidad tenía acuartelada la guardia nacional de infantería y activaba en la campaña la reunion de la caballería. Un telegrama de Gelabert, anunciándole la desaparicion de Martinez, le hizo redoblar su vigilancia.

Martinez no perdió tiempo. Apenas llegó, mandó citar doce hombres de su confianza, de los muchos que estaban escondidos en el pueblo y las cercanías para no servir, con el propósito de apoderarse de la ciudad asaltando el cuartel en la noche siguiente. La guardia nacional no le inspiraba recelo: era suya por simpatía personal y por comunidad de causa. No podía decir lo mismo del piquete permanente de policía, que entre infantes y de caballería montaba á cincuenta plazas: esos soldados le harían fuego.

El éxito dependía, pues, de vencer á la tropa regular existente. Martinez acometió la empresa con los doce hombres elegidos y su hermano el doctor Juan Estéban, armados de escopetas de caza, de pistolas y de rewólveres.

La jefatura política de Goya está situada en la plaza principal, próxima á la iglesia, y en sus grandes patios rodeados de corredores y en algunas piezas del interior se hallába acuartelada la guardia nacional. Una ancha vereda de ladrillo tiene la plaza en sus cuatro lados, corriendo por el borde esterior de ella una cadena colocada en postes bajos, y tambien dos hileras de árboles frondosos, que en el vigor de la vegetacion forman un verdadero bosque. El jefe político situaba todas las noches el piquete de policía al frente del cuartel, con las armas en pabellon, dejando otra guardia de los ciudadanos acuartelados en el porton, que permanecía abierto. La escasa disciplina de los soldados policiales no correspondía á la medida de precaucion: pasada cierta hora, únicamente los centinelas daban señales de vigilancia; la tropa, generalmente, dormía en los bancos de la plaza á la sombra de los árboles y las cabalgaduras de los montados pacían dentro de ella ó estaban atadas en los postes. El jefe político dormía en la jefatura.

Plácido Martinez y sus acompañantes se escurrieron en la sombra hasta las proximidades del

cuartel, aprovechándose unos de los árboles y otros del hueco formado por el átrio de la iglesia; y, de una y media á dos de la mañana, se lanzaron á toda carrera sobre la guardia esterior y el porton. El trecho á recorrer era corto; y al requerimiento y disparo que les hizo el centinela respondieron con una descarga, tras de la cual llegaron, penetrando el doctor Martinez con tres hombres en el cuartel y quedando Plácido en lucha casi de cuerpo á cuerpo con los oficiales y soldados de la guardia policial, á fuera. El tropel y los tiros pusieron en movimiento á los acuartelados, cuyo primer impulso fué de defensa. El jefe político saltó de la cama espada en mano, y, al salir al primer patio, dando gritos para formar el batallon, se encontró frente á frente con el doctor Martinez, que le decía, apuntándole con una pistola de dos tiros: «No se resista, Mendez; está perdido». La respuesta fué atropellarle descargándole un hachazo. Martinez evitó el golpe é hizo fuego. Mendez retrocedió algunos pasos, herido, pero sin perder su enerjía. Los acompañantes del doctor, entretanto, se habían mezclado con los correligionarios políticos de la guardia, apoderándose cada uno de un fusil, y con ellos trataban de dominar á los que disparaban tiros y pretendían resistir. En la calle había cesado la lucha con la rendicion de la guardia, ocupándose Plácido en asegurar á los enemigos para

reforzar á su hermano. Una bala hirió al doctor Martinez en momentos que el jefe político volvió á atacarle, alentado por el tumulto de la gente del patio que interpretaba á su favor y por el fuego que se hacía; y en aquel instante, tambien, un soldado corrió al porton y forcejeaba por cerrar sus hojas. « Al cuartel, muchachos! Cierran la puerta! » — gritó Plácido, al sentir el ruido, y saltó la cadena de la plaza. Desgraciadamente se enredó en ella y cayó sufriendo una luxacion de la rótula que le impidió moverse. Allí quedó tendido. Pero dos de los suyos volaron al porton, y, al penetrar en el cuartel, uno de ellos descargó sobre el jefe político un *recortado* [1] cargado de balines, hiriéndole en varias partes y obligándole á rendirse. Terminado el fuego, condujeron á Plácido Martinez á la jefatura para disponer lo que correspondía. Tenía la pierna sumamente hinchada á consecuencia de una artritis aguda desarrollada rápidamente.

Los dos hermanos necesitaban atenderse pronto, pero ambos fueron los últimos en curarse. Llamado el doctor don Tomás Canevaro para asistir á los heridos, encontró á Plácido y Juan Estéban Martinez redactando cartas y notas, el uno recostado en un catre y el otro sentado en el escritorio principal de la jefatura. Quizo el

1—Llaman así los paisanos de Corrientes á las pistolas que hacen de los cañones de fusil que cortan hasta dejarlos de cuarta y media.

médico dar principio á su tarea por Plácido; pero éste no aceptó. « Atiéndele primero á Mendez, le dijo; es adversario y está herido. Despues de curarle acompáñale hasta su casa; luego verás á los soldados, quedando yo para el fin ». Qué corazon! Antes que el adversario, el hombre; y hombre á hombre, primero el estraño. Como lo dispuso se hizo. Del doctor Martinez nadie se preocupó porque se ignoraba su estado y no se notaba alteracion de ningun género en él. Al cabo de dos horas, cuando terminaba la curacion de su hermano, aproximóse al médico y le dijo: « Ya que has concluido, cúrame ». « Qué tienes? » —le preguntó aquel; y con su habitual frialdad le contestó: « Un balazo y el proyectil en la herida ». [1]

Físicamente estaba inutilizado el jefe del movimiento; la pierna estraordinariamente hinchada le privaba de movimiento. Pero no era hombre de rendirse á las dificultades; su voluntad y su entereza las vencía. La noche del asalto amaneció trabajando, y durante el dia siguiente, despues de aplicársele treinta y seis sanguijuelas, se hizo alzar á un tílbury para asistir personalmente á los ejercicios de sus soldados é inspeccionar el cumplimiento de sus órdenes. Y esa misma comodidad relativa abandonó el dia tercero montando ya á caballo, con la pierna encojida y soportando agu-

1—Informes del doctor don Tomás Canevaro.

dos dolores. No dejó, pues, un minuto su puesto, sirviendo su enerjía de ejemplo saludable y de aliento.

Dueño de la ciudad y de los adversarios que en ella lo habían hostilizado malignamente, trató á todos con distincion caballeresca. Como la guardia nacional fué puesta en armas, entre los alistados se contaban algunos que tenían mala voluntad para servir con él, ya por cobardía, ya por indiferentismo, ya porque eran de ideas contrarias. Estando en manos de Martinez obligarlos y necesitando aprovechar todo género de elementos, no lo hizo. Dos adversarios suyos se le aproximaron á pedir escepcion para los jóvenes José S. Gomez y un Leiva, tambien adversarios. Martinez les contestó: « Yo no quiero violentar á nadie; solo deseo tener á mi lado hombres de buena voluntad y de conciencia. Los recomendados serán largados antes de salir á campaña, y con ellos los que se encuentren en su caso ». Así lo hizo: no sacó un hombre obligado. En nuestras guerras civiles, generalmente rudas, son contados los actos semejantes. El adversario librado del servicio es soldado que se pierde y soldado que se dá al enemigo; con las armas ó sin ellas, hay siempre que mirar en él un elemento hostil. Pero era duro á la hidalguía de Plácido Martinez poner á sus contrarios en la tortura de cargar un fusil contra su causa, y á los indiferentes

y cobardes imponerles por la fuerza el abandono de sus flaquezas. Su conducta fué un homenaje de respeto rendido á la conviccion personal, de mas utilidad como enseñanza que los brazos de que se privó.

A la par de las personas fueron tambien respetados y garantidos los derechos de propiedad. Desde el primer dia y durante todo el tiempo que permaneció en armas, sostuvo Martinez sus tropas y se hizo de recursos con los donativos voluntarios de sus correligionarios políticos, en dinero, en haciendas y en artículos; y fué esa la razon por que, despues del fracaso de la revolucion, no se levantó una queja, no se entabló un reclamo contra él ni contra ninguno de sus jefes y oficiales, único caso que conocemos. Lo que sí ocupó, bajo su responsabilidad y prévio recibo, fueron los fondos nacionales de las oficinas aduaneras de Goya. Habría procedido con torpeza dejándolos al enemigo. Estando en armas contra el gobierno, natural era privarle de recursos, particularmente de aquellos que por su orígen pertenecían al pueblo y que él necesitaba: el estado de guerra lo autorizaba plenamente.

Incorporadas todas las milicias de Goya, Lavalle y Esquina en número de mil trescientos á mil quinientos hombres, Plácido Martinez cedió espontáneamente el mando en jefe de ellas al coronel don Cecilio Carreras, uno de los escasos

restos del *Ejército libertador*, que con el general Lavalle cruzó toda la República peleando por la libertad del pueblo argentino. Era un tributo de desinterés rendido á los servicios y patriotismo del viejo soldado. Al asociar otro nombre al suyo en la direccion de la empresa, para quedar él en segundo término como autoridad, siendo el alma de todo, buscaba repartir la gloria ó el mérito de la cruzada, quedando siempre con la responsabilidad esclusiva de las desgracias, porque á él había sido confiada la empresa. A la inversa de otros que se desviven por figurar en primera línea, Plácido Martinez procuraba disminuir su brillo.

El Gobierno Nacional echó sobre los revolucionarios de Corrientes toda la tropa de línea é indios mansos militarizados de la frontera del Rey, algunos cuerpos de Santa-Fé y la guardia nacional movilizada por la autoridad provincial; nombrando comandante en jefe de ellas al de frontera coronel don Manuel Obligado.

Dos caminos á elegir tenía Martinez: ó internarse, abandonando al enemigo la costa, para darse tiempo de poner sus tropas en condiciones de aceptar ó presentar combate ventajoso; ó molestar desde el primer momento á Obligado. Para lo último disponía de elementos suficientes, y, dueño absoluto como era de los departamentos de Goya, Esquina y Lavalle, podía reducir á aquel al terreno que pisaba. Sin embargo, optó

por lo primero siguiendo su plan de distraer fuerzas y de prepararse para operaciones formales segun fueran las exigencias de su situacion ulterior y el desarrollo de los hechos en Buenos Aires y en el Interior. Sin armas no se puede hacer la guerra de otro modo, y él no las tenía. Abandonó, pues, Goya, dirigiéndose al sur de la provincia. Vadeó el rio Corrientes en el paso Borda y llegó hasta las puntes del Villanueva, donde estableció su campamento.

Los departamentos de Mercedes, Curuzú-Cuatiá y Caseros podían ser fácilmente levantados; predominaban en ellos los liberales nacionalistas, las autoridades eran débiles y el apoyo del ejército valía mucho. Pero no lo hizo. Las órdenes impartidas desde Villanueva se reducían á recomendar que fueran molestadas y distraidas las autoridades de un modo constante y en todas direcciones, á fin de tenerlas bajo alarma permanente y obligarlas á no desprenderse de un solo hombre, sin buscar combate, evitándolo siempre, y no presentando jamás núcleo grande de fuerza. Obrando de distinto modo, es decir: ocupando los departamentos del sur, no era ya posible esquivar batalla si el jefe nacional la buscaba, y con mayor número de hombres desarmados de los que tenía ya reunidos, Martinez no salvaba la carencia de armas. El plan de hostilidades trazado ofrecía la ventaja de mantener en jaque contínuo al poder, de

impedir la concentracion de sus fuerzas, y de tener seguras las propias sin dificultar la movilidad del ejército engrosándolo. Además: opinaba Martinez que bien armadas las tropas reunidas sobraban para batir á Obligado. Lo que deseaba eran armas. Varios comisionados partieron de Villanueva para el Brasil y el Estado Oriental en procura de ellas.

Preparado suficientemente Obligado, se puso en seguimiento del enemigo. Este había aumentado hasta mil ochocientos hombres con algunas incorporaciones que tuvo, sin solicitarlas sus jefes. Martinez aparentó esperarle con el propósito de que pasara el rio Corrientes y se internara al sur; y cuando un y otro hecho se realizaron, hallándose los dos ejércitos á una jornada de distancia, levantó su campamento y corrió hácia el norte, por uno de los flancos de Obligado, atravesó el rio Payubre y vadeó el Corrientes en el paso de Capitaminí. Los tropas nacionales ocuparon el siguiente dia el lugar abandonado, quedando allí mucho tiempo, distraído su jefe en hacer prisiones de ciudadanos pacíficos, sumarios á militares en servicio, y especialmente política á los fines de su soñado proconsulado.

La noticia del cambio de posiciones alarmó en estremo al gobierno local y á sus autoridades del centro y norte: quedaban por el movimiento completamente á merced de los revolucionarios.

Por otra parte: el coronel don Aniceto Monzon se había pronunciado en Caá-Caty, el comandante Sandoval en Concepcion, el mayor Ojeda en Itaty y ciudadanos prestigiosos en Saladas. Como todos estos hechos respondían á instrucciones iguales á las impartidas en el sur de la provincia, en ninguna parte se intentó derrocar á las autoridades. La convulsion era general: en todo el territorio existía la revolucion. El gobierno no sabía á qué punto ocurrir con preferencia para la defensa porque en todas direcciones veía enemigos, y, en sus apuros, enviaba á todas partes pequeños grupos de su escasa fuerza, que por cierto nada garantían.

No se había disparado un tiro fuera de los del asalto al cuartel de Goya, la revolucion no había recibido un cartucho, y, sin embargo, la provincia de Corrientes estaba absolutamente neutralizada para la cuestion que la presidencia sostenía con las armas; las tropas nacionales se hallaban inutilizadas en su territorio y un ejército enemigo lo cruzaba como quería. Era imposible hacer mas con las manos vacías.

Plácido Martinez aguardó para moverse que Obligado volviera sobre él; cuando lo hizo, emprendió tranquilamente su retirada hácia Concepcion, reproduciendo la del general Paz en 1846, con intencion de llevarlo á un terreno aparente y acaso realizar con él lo que el eximio estratéjico

preparó á Urquiza en la época citada. Pero Obligado repasó el rio Corrientes y se detuvo: no se sintió con bríos para seguirle; se contentó con aglomerar tropas en su campamento y ejercer desde él su autoridad de comandante en jefe. Martinez continuó su trayecto en calma. Cruzó los departamentos de Concepcion, San Miguel é Ituzaingó para salir en el de Candelaria; de allí se dirigió á Santo Tomé, y, costeando el Uruguay, pasó por La Cruz, Libres y Caseros, disolviendo por fin sus fuerzas en el Rincon de San Gregorio, cuando ya todo había concluido en la República con los triunfos del gobierno nacional en la Verde y Santa Rosa. Dió aquella inmensa vuelta para situarse en condiciones de armar bien su ejército y dar principio á operaciones sobre Entre-Rios y Corrientes teniendo por base los departamentos del sur, los mas poblados y los mas ricos, calculando que los comisionados despachados de Villanueva habrían conseguido los elementos que necesitaba.

No obstante la retirada, como era imposible mirar con indiferencia un ejército enemigo que se paseaba por la provincia, el gobierno no licenció un hombre ni dejó salir un soldado antes de la disolucion de los revolucionarios; mas bien recibió refuerzos de Buenos Aires. Realizó, pues, Martinez su plan sin ningun tropiezo. Las fuerzas destinadas á hoztilizarle no le obligaron á dispa-

rar un tiro hasta el arroyo Yatay. Allí tuvieron sus partidas de vanguardia que corretear algunas de Libres que intentaron estorbarle el camino, único asomo de resistencia que halló en su dilatada y penosa marcha.

Para el desarrollo de la revolucion en Buenos Aires y en otras provincias, era de importancia el pronunciamiento de Plácido Martinez. Desde luego distrajo fuerzas que de otro modo habrían aumentado las destinadas sobre Buenos Aires y Arredondo, y la repercucion del suceso daba aliento á los indecisos y producía la zozobra y la reparticion de atenciones en el gobierno general. No llegó á producir otras consecuencias por el rápido é inesperado desenlace de los sucesos. Si los revolucionarios hubieran alcanzado algunas ventajas, la actitud de Martinez facilitaba las operaciones importantes que eran indispensables para el triunfo completo. La revolucion no podía esperar su éxito definitivo de una batalla: necesitaba dominar realmente el país; y para eso era base fuerte en el litoral el núcleo de fuerza existente en Corrientes y el estado de dicha provincia, á fin de operar de consuno con Buenos Aires sobre Entre-Rios y Santa-Fé, mientras Arredondo daba cuenta del Interior ó lo entretenía. Culpa no fué del caudillo correntino que todo se derrumbase con el desastre de la Verde. Esperando mas que eso y mirando mas lejos, como debía,

dada la magnitud de la empresa, hizo por su partido mas de lo que podía exijírsele, contrayendo ante él méritos indisputables, con la especial recomendacion para todos de no haber derramado esterilmente sangre.

La campaña puso de relieve el prestigio popular de Plácido Martinez y sometió á la prueba del mando militar revolucionario, y por consiguiente sin ley, su carácter y su virtud, sacando de ella inmaculado su nombre. Si en cada soldado ciudadano no hubiera estado anidado un sentimiento de adhesion ilimitada á su persona, inspirado por la confianza que le tenían y el cariño que le profesaban, no se habría formado en medio de dificultades ni se hubiera conservado sumiso y contento hasta lo último el ejército disuelto en el Rincon de San Gregorio; ni los departamentos se hubieran mostrado sumisos á sus órdenes. En las fuerzas reunidas no intervenía como factor del órden disciplinario y de la persistencia en la fatiga la autoridad del poder público establecido; antes al contrario, los gobernantes de la época pugnaban por destruirlo y su actitud favorecía la inobediencia y el alzamiento. No tenían á la vista perspectivas halagadoras que podían mantener vivo el entusiasmo de los primeros dias; sufrían penurias de todo género; no dieron un combate que los fortaleciera con la victoria ¿Cuál era entonces el resorte de su uni-

dad y la causa de su constancia y satisfaccion? La especie de culto patriótico que Plácido Martinez había sabido inspirar con su vida « sin tacha y sin reproche », como la del célebre caballero francés. Le seguían porque le amaban; y le amaban porque su personalidad simbolizaba el bien y sabían que no montaba jamás á caballo con la espada ceñida para sacrificar á sus conciudadanos sino para defender lo que en su conciencia reputaba acto de justicia ó de libertad.

XI

Las cuatro quintas partes de los ciudadanos del ejército disuelto en el Rincon de San Gregorio pasaron emigrados al Brasil y á la República Uruguaya. Martinez se dirigió á Santa Rosa y en seguida á Montevideo, de donde se trasladó al Paraguay para vivir y trabajar en él hasta que pudiera regresar libremente á la patria. Mientras Miguel V. Gelabert no descendió del poder, el 25 de diciembre de 1874, fueron contados los que volvieron ocultamente á la provincia. Dicho mal hombre proscribió la justicia para los vencidos persiguiéndoles con furor y gozando en amargarles la vida. La administracion provisoria de don Antonio Cabral y el gobierno definitivo de Juan

Vicente Pampin, ofreciendo amplias garantías á todos, restablecieron la confianza y provocaron la repatriacion de los emigrados.

Plácido Martinez no se benefició, sin embargo, del cambio de política, porque el gobierno nacional había impartido órden al agente fiscal del juzgado de seccion de Corrientes para que le promoviera causa, y el solícito funcionario pidió su prision. La amenaza constante de ir á la cárcel, sin motivo para ello, pesó sobre él mucho tiempo. En la República estaban ya olvidados y amnistiados los hechos de la revolucion de setiembre: los procesos criminales iniciados con propósitos políticos se encontraban reservados ó inutilizados, satisfaciéndose á la opinion y haciendo acto de sensatez política; pero ni la amnistía ni la sensatez de los triunfadores alcanzó á Plácido Martinez. Sus amigos particulares, pero adversarios políticos, teniente coronel don Napoleón Uriburo, hoy general, y el doctor don Dardo Rocha, le propusieron en la Asuncion mediar por él ante el presidente Avellaneda. « Yo no pido ni pediré, ni autorizo que en nombre mio se pida mi vuelta á la patria. Me cierran sus puertas sin razon y yo no cederé solicitando lo que han otorgado á otros. » Tal fué su respuesta. Sus amigos hallaron motivo á su altivez, y bajo su responsabilidad hicieron los empeños, consiguiendo su objeto. « Quiero conocer á ese mozo » — decía Avellaneda el dia

que levantó con su asentimiento el obstáculo puesto en el camino del patriota;— « me han hablado mucho de él; dicen que tiene cualidades - Preséntenmelo ». La generosidad obliga. Plácido Martinez se trasladó á Buenos Aires, fué presentado al presidente, y regresó á Goya plenamente garantido.

Una deuda tenía, sagrada para un hombre de su carácter; la devolucion de la pequeña suma que tomó de la aduana de Goya durante el mo vimiento revolucionario. Su primera diligencia al llegar fué hacerse de recursos para cancelarla, á cuyo efecto vendió el único bien de su propiedad, una legua de campo. De ese modo quedó absolutamente sin nada por no dejar una tilde sobre su nombre.

XII

La reaccion operada en la provincia por el gobernador Pampin, respondiendo á su programa de *gobernar con los hombres de bien de todos los partidos*, despejó el campo de la política de odios y esclusivismo, dejando que la opinion tomára la participacion que le correspondía en los negocios públicos. Los vencidos en la última revolucion reaparecieron entonces en su puesto, y Plácido

Martinez ocupó nuevamente á su regreso la direccion de *La Patria*.

Mas por disciplina de partido que por causa real en cuanto al órden político de la provincia, *La Patria* formó en la oposicion. Habia plena libertad: algunos nacionalistas desempeñaban puestos públicos por llamado espontáneo del primer magistrado del Estado: la época era de reparacion, no en promesas sino en hechos; pero, con todo, sus antecedentes imponían al periódico la actitud asumida. La oposicion que hizo fué circunspecta y elevada. El partidismo no era exaltado; la crítica de los actos oficiales era moderada y prudente; el deseo de coadyuvar en ideas á la mejor direccion de los negocios, se veía claramente en la propaganda doctrinaria bien inspirada. El doctor don Juan E. Martinez y don Valentin Virasoro compartían de las tareas del director de *La Patria*.

En lo que se mantuvo la intransigencia de antes fué en combatir la influencia del coronel Obligado en la provincia. Sobrada razon había para ello. El comando que el mencionado jefe tuvo sobre las fuerzas nacionales de Corrientes, le dió base política al abrigo de los resortes oficiales. La administracion provisoria de don Antonio Cabral no dispuso de tiempo para deshacerle su perniciosa obra. Pampin se preocupó seriamente de ello y se propuso librar á la provincia de

semejante petardo; mas como de golpe no le era posible destruir el mal—simpático al presidente de la República y al ministro de la guerra—comenzó por independizar del jefe de frontera el personal de la administracion en los departamentos de Goya, [1] Esquina y Lavalle, cuyas autoridades le tenían por mentor. Dada esta disposicion del gobernante y la altanería que había cobrado el aspirante á procónsul, razon y conveniencia había en atacarle sin trégua. La guerra —por que guerra era—fué encarnizada. Se hizo el proceso del comandante de frontera con la veracidad de un juicio ordinario. Cayó sobre él un cúmulo tal de cargos y acusaciones por sus hechos en el Chaco y en Corrientes, que se le obligó primero á batirse en retirada y luego á apagar sus fuegos. La cuestion repercutió en Buenos Aires, y llegó hasta el presidente de la República el descrédito público de su jefe de frontera cuando el gobernador de Corrientes le urgía con observaciones privadas la necesidad de evitarle una reclamacion oficial por su conducta perjudicial. Avellaneda se vió en caso de ordenar al coronel Obligado su inmediata traslacion al Rey y su permanencia en dicho punto. Poco duró, desgraciadamente, el resultado de la victoria. Fallecido casi repentinamente el gobernador Pampin, por

1—Goya era la residencia habitual, indebida, del coronel Obligado y por consiguiente su centro de operaciones. El gobernador Pampin nombró jefe político de dicho departamento al señor don Ramon Gonzalez, nacionalista.

traicion política del vice-gobernador Madariaga, volvió la provincia al desgobierno y al reinado del arbitrario. Para sostenerse contra la opinion, Madariaga llamó á Obligado y le invistió de ámplios poderes militares y políticos. [1] La lucha se hizo desproporcionada, pero Martinez no dejó de sostenerla con los mismos brios desplegados anteriormente. Mas ya entónces no tenía la prensa la influencia que el imperio de la libertad le había dado, pues, si en la opinion hacía efecto, para el gobierno local y el nacional predicaba en desierto. A la par de *La Patria*, fué defendida por *El Argos* la soberanía de la provincia humillada y en el seno del Congreso Nacional levantaron su voz contra el jefe de frontera los diputados liberales por Corrientes. Todo inútil. Fué preciso el sacudimiento de la resistencia armada de 1878 para dar fin á la ingerencia del coronel Obligado en los asuntos internos de la provincia.

Pertenecen por completo á Plácido Martinez los honores de esa larga y encarnizada lucha. A su lado, unos, y distanciados de él, otros, varios cooperaron á la defensa patriótica; pero fué él quien mas la encarnô y quien con mas pasion la

1—El vice-gobernador Madariaga decia al jefe político de Goya, en telégrama de 14 de mayo de 1876: «*Las autoridades obedezcan órdenes del coronel Obligado.*» Y el 20 de junio del mismo año, el ministro de gobierno, doctor Severo Fernandez, en carta á un situacionista de Goya, confirmó y amplió aquella inaudita órden en los términos siguientes: «*Cualquiera movimiento revoltoso comuniquen inmediatamente á Obligado que tiene ya instrucciones de nosotros.* (*El Argos*, núm. 311, Corrientes, 1876.»).

sostuvo. Por eso señalamos ese hecho como uno de sus títulos cívicos.

XIII

Despues de la revolucion de setiembre de 1874, el pueblo de la provincia de Corrientes tuvo la sensatez de elevar al poder á don Juan Vicente Pampin como garantía de órden, paz y libertad. « Hombre honorable y prudente, con espíritu tem-« plado en el crisol de la virtud, ocupaba un alto « grado en las consideraciones y estimacion de la « sociedad y de sus conciudadanos, habiendo fi-« gurado repetidas veces en altos puestos de la « administracion pública.[1] No descollaba por su « talento ni por su génio, pero seguía las inspi-« raciones de su alma y los dictados de su con-« ciencia, tratando de conciliar los espíritus y hacer « que todas las pasiones se depusieran ante los « altares de su patria, con el noble propósito de « empujar la nave del Estado hácia sus altos des-« tinos, realizando el bien para el pueblo y por « el pueblo.[2] Por eso fué llevado al centro « donde todas las pasiones se chocan, para do-« minarlas á todas con su rara prudencia, su man-

1—Doctor don José Benjamin de la Vega, *Corona fúnebre á la memoria del gobernador Juan V. Pampin*. Corrientes, 1876, imp. de *El Argos*.

2—*La Patria*, Goya, número del 19 de marzo de 1876. Artículo trascripto en el número 278 de *El Argos*, Corrientes, 1876.

« sedumbre sin par, su inteligencia no vulgar, su « tino poco comun en la direccion de los nego- « cios públicos y sobre todo el bien merecido « prestigio de su nombre.» [1]

El gobernador Pampin correspondió cumplidamente á las esperanzas en él cifradas. «Dirigió « los destinos públicos con suma mesura, patrio- « tismo y abnegacion desinteresada; las institu- « ciones no se restringieron en su gobierno y « las libertades públicas fueron respetadas. En « los debates ardientes de los comicios, los par- « tidos militantes encontraron espansion y garan- « tias bastantes para depositar sus sufragios y « elegir sus mandatarios. [2] El magistrado no « desmereció del hombre; desde su puesto cul- « minante supo hacer de adversarios encarnizados « amigos apacibles de sus buenas acciones; [3] « porque era un soldado de la noble causa de los « principios [4], cuyo corazon abrigaba la virtud de «un Caton y la honradez republicana de Washing- « ton». [5]

La muerte inesperada de aquel ciudadano «á quien la Nacion y Corrientes debían leales y eminentes servicios», [6] trastornó de golpe la situa-

1—José L. Chapo, Corona fúnebre cit.
2—Doctor don Juan Valenzuela, loc. cit.
3—Don Filemon D. de Vivar, loc. cit.
4—*La Campaña*, número del 11 de marzo de 1876. Corrientes. Eran sus redactores los doctores Miguel G. Morel y Tomás J. Luque.
5—*La Patria* número citado.
6—Doctor N. Avellaneda, Corona fúnebre ya cit.

cion de la provincia. El vice-gobernador Madariaga, cediendo como autómata á la influencia de Miguel Victorio Gelabert por resentimiento con los liberales á quienes debía su eleccion, á causa de no haber éstos favorecido con sus votos la candidatura de su hermano el general Juan Madariaga para diputado al Congreso Nacional, inició su administracion con atentados inícuos. Los ministros que nombró le abandonaron á los ocho dias. El de gobierno, doctor don José Luis Cabral, formuló su renuncia en los términos siguientes: «Desde que se produjeron las medidas violentas adoptadas por V. E., sin acuerdo de ministros, me persuado de que mi presencia en el ministerio no puede ser sino sacrificando mi dignidad, mi respeto á la Constitucion y á las leyes, y aun mi honor: sacrificio imposible á mi carácter y al deber. Sírvase, pues, aceptar mi renuncia indeclinable.» [1] El de hacienda, don Nicanor G. de Cossio, se retiró «por no hallarse conforme con las medidas violentas adoptadas por el gobernador.» [2] Lanzado Madariaga en la via de los atropellos, entregó la administracion á los reaccionarios, únicos que podían prestarse á la complicidad, reproduciendo en menos de un mes la situacion calamitosa derrocada por el pueblo en 1868.

El cambio operado tuvo, por consiguiente, un

1—*El Argos*, núm. 396, Corrientes, 1876.
2—Id. id. id.

doble carácter: el abuso y el arbitrario sin límites en el poder, y la restauracion de la influencia de una agrupacion de negra historia, que se hallaba postrada en virtud de los males sin cuento que había hecho.

Dividido como estaba el partido liberal, cada una de sus fracciones cumplió separadamente el deber de sostener la Constitucion pisoteada y las leyes escarnecidas, combatiendo tambien al adversario tradicional sacado á la superficie por la traicion, (aunque duro, es el calificativo que cuadra á la accion de Madariaga.) Pero con un gobierno que nada respetaba y que por la violencia negaba al pueblo los derechos cuyo ejercicio contrapesa en las democracias al poder, la lealtad á los principios y la defensa de las leyes, lejos de contener los desbordes oficiales, producían la recrudecencia de ellos. El gobierno nacional estaba detrás del desórden para garantirlo. Los últimos meses del período de Madariaga fueron espantosos, de los mas crueles que sufriera Corrientes en su vida de martirio; como que durante ellos operaron juntos todos los recursos de la opresion á fin de imponer la gobernacion del doctor Manuel Derqui, ministro omnipotente del gobernador y candidato del presidente de la República.

La esperiencia amarga trajo á las fracciones liberales á la unidad que rompieron en dias de ofuscacion. Deponiendo todos sinceramente sus

resentimientos y desacuerdos, reconstruyeron el antiguo partido sobre las bases de sus principios salvadores. No hubo un solo rehacio. Formada así una poderosa fuerza de resistencia, se puso en condiciones ventajosas la lucha contra el poder opresor y contra la imposicion que proyectaba consumar; porque se tenía para la accion comun, en cualquier terreno, las nueve décimas partes de la provincia, lo cual significaba disponer del derecho y de los medios para hacerlo triunfar, como lo acreditaba la historia de Corrientes. La cuestion política quedó entónces planteada en los términos siguientes: el gobierno despótico de Madariaga con su candidato rechazado, por una parte, y el partido liberal unido, el pueblo, por la otra.

No presentan los anales electorales de la República lucha igual á esa. « En medio de la inmoralidad política reinante: en medio de la enervacion cívica: en medio de la corrupcion gubernativa, el pueblo de Corrientes ofreció el ejemplo moralizador de un verdadero pueblo celoso de sus derechos, viril en sus manifestaciones, pacífico y constitucional en sus medios de accion. Reivindicó sus derechos invocando la Constitucion; votó en los comicios luchando contra los poderes oficiales complotados; evidenció numéricamente su mayoría legal; propuso la conciliacion de los partidos, cediendo de su derecho; acudió á formar parte del

colegio que debía elegir gobernador; y cuando sus elegidos fueron rechazados á sablazos del recinto de la ley, en vez de apelar á las armas, formaron un colegio electoral, nombraron pacíficamente su gobernador, el pueblo en masa se reunió para sostenerle; y solo cuando fué atacado en su terreno, combatió por las autoridades de su libre eleccion, y triunfó dos veces: por la razon y por la fuerza. Y triunfante, depuso las armas ante la autoridad suprema de la nacion y esperó tranquilo su fallo imparcial.» [1] Defraudadas sus esperanzas y de nuevo condenado á derramar sangre para ser libre, volvió á empuñar las armas y por segunda vez aniquiló á sus opresores. «Corrientes, á la vez de revelar un pueblo celoso de sus derechos y libertades, reveló un instinto de legalidad de que no hay dos ejemplos entre nosotros. Hizo una revolucion pacífica, dentro del terreno constitucional, votando, constituyendo su colegio electoral, y tomó las armas, no para sublevarse contra las autoridades constituidas, sino para sostener el gobierno civil y legal de su propia eleccion.» [2]

XIV

En la magna obra de la reconquista de las libertades de Corrientes, cuyo carácter y mérito que-

1—Bartolomé Mitre—*Una provincia guaraní.* Imprenta de *La Nacion*, Bs. Aires.
2—Loc. cit.

dan establecidos por la autoridad del primer historiador argentino y el mas eminente hombre de Estado del Rio de la Plata, culminó la personalidad de Plácido Martinez en todas las faces que el desarrollo de los sucesos dió al problema. No se ofenderán los que viven ni se reputará amenguada la memoria de los muertos porque á fuer de imparciales y justos digamos: que sobre todos los actores principales en aquella patriótica cruzada fué él quien mas lauros cívicos conquistó por sus sufrimientos, su cooperacion y su desprendimiento.

Con su influjo y su actividad incansable puso de pié á los departamentos de Goya, Esquina y Lavalle, sometidos á la presion del coronel Obligado y á la del comandante militar omnímodo de ellos, Onofre Aguirre, uno de los mas considerados prohombres del gobierno. Le persiguieron las autoridades y de mil recursos violentos se sirvieron para contrarestar sus trabajos. « He hecho mis trabajos y he combinado mi plan para batirlos aquí y en la Esquina— decía el coronel Obligado al inspector general de armas de la provincia, comandante don José Ramon Acosta; y agregaba: « Aquí estoy mas seguro del triunfo ó de que por lo ménos no habrá eleccion, pues *voy á echar el resto y en el último caso concluirá la funcion á balazos.* Hoy escribí á Zúñiga (jefe político de la Esquina) dándole coraje y animacion. Es necesario que Vds. echen tambien el resto y aplas-

temos una vez mas á los opositores» [1] Si tal era el programa del jefe nacional de frontera, sin necesidad de enumerar los hechos atentatorios consumados, puede cualquiera formarse una idea de los obstáculos que la oposicion encabezada por Plácido Martinez tenía que vencer para alcanzar la victoria electoral. Y, sin embargo: á pesar de haber *echado el resto* el coronel Obligado y las autoridades departamentales: á pesar de haber intentado impedir la eleccion, viéndose perdidos, la enerjia de Plácido Martinez y de sus dignos secundadores les obligó á dar paso al pueblo. Mil votantes resueltos á sufragar como querían, contra el poder, ahogaron y arrollaron en Goya á las fuerzas tendidas en guerrilla para impedirles la entrada al comicio; y en Esquina, mientras una parte del pueblo votaba tranquilamente, la otra detenía con firmeza las cargas que el jefe militar llevaba sobre la mesa receptora de sufragios. La victoria alcanzada fué á la vez un severo escarmiento dado á los mandones y una prueba elocuentísima de que no se les temía.

El gobierno dió una esplicacion original de su derrota. «No pudo tener lugar la eleccion en « Goya—decía—porque los opositores se apode- « raron del atrio de la iglesia desde la noche « del 15, y el 16 formaron cantones en la plaza

1—Carta del coronel Obligado publicada en el número 120 de *La Libertad*, Corrientes, 1878. La fecha de ella es 10 de octubre de 1877.

« ostentando sus armas y mostrando con tan « *criminal* actitud que estaban decididos á fusilar « impunemente á los que pretendieran sufragar li- « bre y tranquilamente. La fraccion política, que, « haciendo justicia al proceder del gobierno, se ha « resuelto á secundarlo para conservar el órden, « se retiró de la plaza por que no iba aprestada « para combatir.» [1] La carta del coronel Obligado nos ahorra hacer las reflexiones que sugiere esta impudente falsedad. ¡Los ciudadanos sufragantes convertidos en tiranos del poder oficial, que *echó el resto* para impedirles el ejercicio del derecho electoral! Era un colmo. El invento ridículo tenía, sin embargo, un objeto maligno. Sospechando su derrota en toda la provincia, tal como se produjo, el gobierno había pensado con anticipacion en un motivo escusable que le permitiera caer sobre el pueblo victorioso á fin de que su candidato pudiera elevarse por la fuerza; y la supuesta actitud revolucionaria denunciada respondía perfectamente á su plan. Por eso, el dia siguiente al de la eleccion se dió principio á la persecucion general de los *revolucionarios*, desde la capital hasta el último rancho del mas remoto departamento.

El primero á quien buscaron en Goya con las

1—Nota del vice-gobernador Madariaga al Ministro del Interior. Número 13, pág. 49. *Documentos relativos á la intervencion en la provincia de Corrientes*—Buenos Aires, 1877. Imp. del Porvenir.

ánsias del tigre cebado que va detrás de su presa, fué Plácido Martinez. Declarado sedicioso por haber acaudillado al pueblo en los comicios, estaba como puesto fuera de la ley. Al principio se ocultó en la ciudad; pero ante los allanamientos de domicilios sin forma alguna regular, atropellando los soldados las casas y ultrajando á las familias, corría el riesgo de ser prendido, y se refugió en la campaña. Allí le siguieron. Cuando las autoridades sospecharon su ausencia de la poblacion, despacharon en procura suya partidas y comisiones que no dejaron rancho sin rejistrar, estaqueando y azotando á mujeres infelices para que declararan cuál era el paradero de Martinez. Este se vió en la necesidad de guarecerse en los montes y vivir en ellos vagando de un lado para otro, sin techo, sin mas alimento que el hallado por casualidad ó por favor, y espuesto á cada hora, á cada minuto, á ser sorprendido y capturado. Vergüenza produce el recuerdo de aquella persecucion! Si Martinez abandonaba la provincia ó se entregaba á sus adversarios, era perdidó para su causa en momentos solemnes, que lo hacían mas necesario que nunca. El lo comprendía perfectamente, y no era hombre de escusarse á los padecimientos. Se propuso, pues, sustraerse á la accion de la autoridad sin echar mano de los recursos de defensa que pudieran dar razon al gobierno, y que tenía á su

disposicion, pues entónces eran mas los amontados que los que vivían en sus casas y todos estaban pendientes de su resolucion. Sin embargo: avisado el gobierno del mal éxito de la persecucion, dió la noticia de que Plácido Martinez se había levantado en armas en el centro de la provincia. Esa vez temió realmente Madariaga. Había estado inventando pronunciamientos para militarizar la provincia y cuando no supo dónde se hallaba ni qué hacía el mas prestigioso y denodado miembro del partido liberal, que huía de sus sicarios, y el terrorismo desplegado produjo un visible síntoma de próximo estallido, sin mas antecedentes que su miedo, dió por hecha la revolucion. Ordenes rigurosas impartió para batir al presunto revolucionario, combinando al efecto un plan de campaña sobre él; pero como nada había: como en ninguna parte existía un hombre armado en actitud hostil, no se llevó á cabo la campaña por falta de enemigo.

Todo el lujo de atentados del gobierno fué inútil. Llegado el dia designado por la ley para la reunion del Colegio electoral que debía nombrar el nuevo gobernador, se presentaron los *diez y ocho* electores elegidos por el pueblo, resueltos á todo ménos á dejar de cumplir su mandato. El gobernador, su candidato y su círculo no esperaban semejante acto de enerjía cívica; y, torpes hasta preferir los medios que mas los deshonra-

ban, mandaron arrojar por la fuerza pública á los electores del recinto legislativo donde se hallaban desempeñando sus funciones. Ellos se reunieron, entónces, en una casa particular deshabitada: y, prévia protesta contra el abuso brutal, cangearon y calificaron sus poderes, nombrando en seguida gobernador y vice-gobernador de la provincia á los doctores don Felipe J. Cabral y don Juan E. Martinez.

Tampoco entraba en las cuentas de los opresores del pueblo esta defensa pacífica dentro de los límites de la Constitucion: defensa que tenía precedentes en los Estados Unidos de Norte América y que daba en la República el primer ejemplo de una lucha electoral sostenida por la opinion sin abandonar un solo momento el terreno de la legalidad y de la paz (no obstante de ser arrastrada por el poder público á la revolucion), estableciendo con cada nuevo acto que la razon y la justicia estaban de parte del pueblo. Con la cárcel pretendieron dominar la actitud de los electores populares; pero el hecho era ilevantable y perfecto el derecho que de él surgía. El gobierno reunió electores de su invencion, hizo nombrar por ellos gobernador á su candidato y le entregó el mando. Hubo, pues, dos gobernadores, de los cuales uno representaba la legalidad y el voto público— Cabral— y el otro la usurpacion del poder por la fuerza— Derqui.

El conflicto era grave. La guerra civil iba á producirse indefectiblemente si el caso no fuera dirimido por una autoridad superior reconocida por la Constitucion, porque en sósten de sus respectivos magistrados tenían que levantarse las dos fuerzas que actuaban. El doctor Cabral solicitó la intervencion nacional, invocando la alteracion de la forma republicana de gobierno; mas no la acordó el presidente Avellaneda. Alarmado, despues, por la tormenta que por momentos amenazaba desencadenarse, comisionó en carácter amistoso á dos de sus ministros ante Derqui y el pueblo, á fin de procurar un avenimiento entre ellos.

Cuando los ministros llegaron á la provincia disminuyó en algunos puntos la fiereza oficial: Goya entre ellos. Plácido Martinez volvió á la ciudad, garantido por algunos dias, durante las primeras negociaciones entabladas en la capital. Pero tan luego como el doctor Derqui se persuadió de que no había inteligencia posible con el pueblo, porque este resistía á la vergüenza de declinar de su derecho para reconocer la usurpacion del gobierno á precio de unos cuantos puestos dados á ciudadanos distinguidos—única base que los mediadores propusieron—recrudeció nuevamente la tiranía, en virtud de órdenes como la siguiente: «Al jefe político de Goya.—Enero 23 de 1878. « *Proceda sin consulta de ninguna clase contra*

« *las personas que* PUEDAN COADYUVAR Ó COOPERAR « *á planes de revuelta. Trasmita esto á Cáceres,* « *Aguirre, Mendez y demas autoridades*; PROCEDA « V. S. Á PRENDER Á PLÁCIDO MARTINEZ *y á im-* « *partir esta órden á Esquina, Lavalle y San Roque.*—DESIDERIO ROSAS, *ministro de gobierno.*» [1] ¡Eran facultades estraordinarias contra los que nada hacían y por lo que pudieran hacer! Plácido Martinez escapó. Entónces, el mismo Derqui ordenó á Soto, jefe militar de San Roque, « *que hostilizara cuanto antes á Plácido Martinez, á quien saldrian á perseguir fuerzas de Goya, y tratára de asegurar á Reguera* »; [2] autorizando igualmente al jefe político de Goya para «*prender á todo el que desembarcara en el Rincon de Soto ó cual-* « *quiera otro punto de la costa.*» [3] ¡Así se procedía en la campaña mientras en la capital se trataba de arreglos!

El clamor de los departamentos contra el esceso de barbarie desplegado, llegaba á la capital minuto por minuto en telégramas desesperantes como los siguientes: « *Bella Vista.* Soto sale con « fuerzas á prender á Reguera en su estancia. « Los capitanes Niz, Dominguez y Correa remi- « tidos presos á esa. Mañana embarcarán fuer- « zas para Esquina. ¿Qué hay?— FELIX DELFI-

1—Telégrama en nuestro poder.
2—Telégrama en nuestro poder.
3—Telégrama en nuestro poder.

« NO ». « *Goya.*—Buscan á Plácido Martinez. Van « á matarle si le encuentran. Benigno Martinez es- « tá preso ; el mayor Enrique Romero engrillado. « Tambien presos Cocheré y Servando Martinez. « Piensan prender á todos. Me he ocultado. Salen « fuerzas á campaña. No hay mas alternativa : ó « nos defendemos con las armas ó esclavos,— « VALENTIN VIRASORO.»— « *Mercedes*, vía de Goya. « Coronel Azcona asaltado en su casa por asesinos. « Salvó milagrosamente. Cáceres se mueve sobre « este departamento.—F. VERON.»—Se reclamaba garantías de los ministros nacionales, pero eran impotentes para hacerlas acordar. « Son calumnias»—decía el doctor Derqui. Fallida así la última esperanza de paz, el pueblo tomó á su cargo defenderse, pronunciándose en apoyo del gobierno de su libre eleccion el dia 2 de febrero de 1878.

XV

Plácido Martinez abrió operaciones tomando las guardias situadas en los pasos Chañaral y Borda, del rio Batel, y Lucero y Caáguazú, del rio Corrientes. Las persecuciones habían llenado de perseguidos los montes comprendidos entre los rios nombrados, de modo que le fué fácil reunir unos quinientos hombres inmediatamente despues de

sus pequeños triunfos: con los que marchó en direccion á San Roque, dejando asegurada la comunicacion franca con el sur, donde dirigían el movimiento popular Azcona, Acuña, Romero, Llopart, Araujo, Avalos, Salazar, Verón, Reyna, Ocampos y Torres. El dia 4 de febrero se incorporó á la columna el coronel don Raimundo F. Reguera, con una pequeña escolta. Martinez le cedió inmediatamente el mando, sirviéndole de segundo, y ambos se dirigieron sobre el coronel Soto, cuyas fuerzas encontraron y batieron en la *Cañada mala*, ocupando en consecuencia el pueblo y el departamento de San Roque, mientras los derrotados huían perseguidos hácia Concepcion.

En virtud de estos movimientos quedó perfectamente despejado de enemigos el centro de la provincia y en condiciones todos los elementos populares de ella para reconcentrarse allí y formar un numeroso ejército sobre la base ya organizada por la actividad y el prestigio de Plácido Martinez. José Toledo se vió aislado en Goya; las fuerzas de la capital estaban cortadas por una division de ochocientos hombres formada en el Empedrado y vencedora de aquellas en los combates de Lomas, San Luis y Empedrado; Cáceres era acosado en Curuzú-Cuatiá, y para marchar sobre Reguera y Martinez tenía la interposicion de Azcona; Onofre Aguirre había abandonado Esquina pasando al departamento de Goya; Candia esta-

ba reducido á la impotencia en Bella-Vista por la empresa audaz y feliz con que inició allí la resistencia el distinguido y valeroso jóven Amado Artaza. Sin la actitud rápida de Martinez y sin la destruccion de Soto, las fuerzas populares habrían tropezado con serias dificultades para su incorporacion, espuestas en todas partes á ser batidas en detalle por las superiores en armamento que tenía el usurpador, lo cual hubiera retardado el desenlace de los sucesos y quizás hasta cambiado su resultado. Propiamente, pues, fué Plácido Martinez el que allanó militarmente el camino del triunfo, sin que por esto deba desconocerse la importancia de la ocupacion de Bella-Vista por Artaza, la influencia moral de los triunfos de Lomas, San Luis y Empedrado, y la habilidad con que se condujeron los ciudadanos del sur para obligar á Cáceres á retirarse.

Quince dias despues del pronunciamiento, tenía el gobierno popular *diez* y *ocho* departamentos bajo su mando y un ejército de cuatro mil hombres en operaciones inmediatas sobre el enemigo. Desde el horrible desastre de *Pago-largo* no se habia formado un ejército de la composicion de aquel. Hombres libres, que buscaban en el campo de batalla la garantía de sus vidas, de su propiedad y de su honor, la paz de su hogar ó bien la muerte honrosa, tenían como soldados el fanatismo de su causa, fuente inagotable de pro-

digios. Al frente de ellos figuraban vencedores de Caseros, del Paraguay, de Ñaembé y San Ignacio, representantes gloriosos del renombre heróico de Corrientes; y con los hombres de espada estaban tambien los de letras, desempeñando distintas funciones y soldados el dia del combate. Aquello probaba que el pueblo no habia degenerado. Los ciudadanos estaban espontáneamente con el fusil al hombro por la misma razon que sus antepasados pelearon desde Pago-largo hasta Caseros. Las legiones populares tenían por divisa «el blanco y el celeste de nuestro pabellon;» las contrarias ostentaban la *diviza punzó!* La resistencia armada defendía los mismos principios que invocaron los levantamientos gloriosos de 1839, 1840, 1843 y 1851: *Patria*, *Libertad*, *Constitucion*.

En la organizacion definitiva de las tropas del pueblo, Plácido Martinez fué nombrado comandante en jefe de toda la infantería; pero al marchar sobre el enemigo el dia de la batalla de Ifrán, hubo que fraccionar aquella por razones que mas adelante apuntaremos, y entonces recibió el mando de una division de mil hombres incluso un batallon, *el Goya*, formado por sus viejos soldados y compañeros.

El diez y nueve de febrero se movió el ejército popular del paso *Cerrito*, en el Batel, buscando á las tropas del usurpador, que eran coman-

dadas por el coronel Luciano Cáceres. A dos leguas del campamento levantado obstruían el camino los grandes esteros de Cafarreño, cubiertos de agua, estorbos que solo podían superarse efectuando el pasaje por sendas muy estrechas y pasos casi á nado. Al llegar á ellos, participaron las avanzadas que el enemigo ocupaba el lado opuesto del vado principal y del camino menos dificultoso, dispuesto al parecer á impedir el pasaje Dividióse el ejército en cinco divisiones al respectivo mando de los coroneles Reguera, Azcona, Calvo, Romero y Plácido Martinez, á fin de forzar el pasaje en distintos puntos. Distrayendo á Cáceres en la defensa del lugar que cuidaba, podían algunas divisiones salvar los esteros por su derecha é izquierda y hostilizarle en seguida para que las detenidas adelantaran su marcha. A ese objeto, el coronel Azcona se dirijió por la derecha, Calvo por la izquierda y Martinez y Romero por el centro, separados, yendo Reguera como proteccion de ellos. Azcona y Calvo necesitaban de mas tiempo por la vuelta que debían hacer, y se adelantaron á los demás.

La division de Plácido Martinez dió con todo el ejército enemigo formado en línea de batalla sobre el paso de la diligencia de Goya á Mercedes, en el Cafarreño, en la misma entrada de *Yataity-calle* (calle de palmeras); apoyaba su izquierda en un edificio y su derecha en un palmar.

La salida del camino que Martinez seguía no tenía agua, pero era una estrechísima lonja de tierra oprimida por esteros, en la que perdían las fuerzas su formacion y no podían maniobrar. En tal situacion, Cáceres pudo atacar con ventaja; pero se limitó á desprender fuertes guerrillas, cuyos fuegos, contestados con firmeza, no impidieron que adelantaran terreno y salieran del estrecho. Sin cesar el tiroteo iniciado, preparó Martinez su division para recibir la carga formal y se mantuvo firme. Habría una distancia de cuatro cuadras entre ambas líneas, siendo la de Cáceres tres veces mayor. Diez minutos despues, Azcona amagaba la izquierda enemiga, amenazándo tambien su retaguardia, y Romero y Reguera pasaban el estero á unas cuadras de la estrema derecha de Martinez. Cáceres no esperó mas correrse sobre su derechá y retirarse precipitadamente. Las divisiones de Azcona, Romero y Reguera corrieron á su alcance por entre palmares espesos y cercos de ramas y zanjas de chacras, guiándose únicamente por las detonaciones de los fuegos de las guerrillas, que picaban de retaguardia enemiga. Martinez se movió con menos rapidez porque sus infantes no estaban montados, y Calvo se atrasó por haber tenido que desandar camino, pues el vado por el cual debió pasar el estero se hallaba intransitable. Cáceres hizo alto á la salida del palmar, formando en línea de batalla al

pié de una pequeña loma situada entre el Cafarreño y unas inmensas lagunas, en cuyos puntos apoyó sus álas, teniendo al frente un fofadal cubierto de pozos y agua, único terreno que las fuerzas populares podían ocupar en caso de combate. Y allí fué atacado y vencido.

Reunidas todas las divisiones, los coroneles Azcona y Araujo hicieron un prolijo reconocimiento del campo, bajo el fuego de las guerrillas enemigas. «Cáceres morirá ó caerá prisionero, si es hombre»—dijo Azcona al volver. La línea popular se formó en semi-círculo por la situacion del enemigo y la configuracion del terreno. El teniente coronel don Aurelio Diaz, de la division de Calvo, retrocedió para situarse con el Regimiento Saladas en un paso del Cafarreño á retaguardia de Cáceres, y el de igual clase don Antonio Llopart ocupó con dos escuadrones del Regimiento Curuzú-Cuatiá un estrecho formado por las lagunas del sur. El objeto de una y otra disposicion fué cerrar completamente los puntos por donde pudieran disparar los derrotados enemigos de los flancos, dejándoles para ello solo el camino mas largo á Goya, por el que no podían escapar.

El fuego se inició á las 12 y 10 minutos p. m. con gruesas guerrillas del Escuadron Escolta y de los batalloncitos Goya y Mercedes, comprometiendo el combate general una carga de Plá-

cido Martinez al frente del Goya, secundado con tal vigor y ligereza por todo el centro y la derecha, que, segun los mas viejos soldados, no era posible ni habían visto mayor pujanza. Cáceres en persona embistió sobre el costado izquierdo con sus mejores tropas de caballería; pero recibido por el batallon *3 de febrero*, volvieron cara los escuadrones y huyeron: momento aprovechado por el coronel don Luis B. Azula para caerles con la division Empedrado y deshacerlos. Martinez, intertanto, había roto el centro y rendido al batallon Curuzú-Cuatiá, asegurando su éxito las caballerías de Alemí y Lescano; y Azcona había arrollado todo el costado izquierdo. Un cuarto de hora despues de los primeros tiros, derrotados y persiguidores se confundían en el único espacio libre que el ejército de Cáceres tenía á su retaguardia, lugar estrecho para contener tanta gente. Ese fué el momento horrible de aquella lucha de hermanos, provocada por la ambicion de un hombre y la complicidad de un presidente sin conciencia. La tierra temblaba bajo el peso de siete mil ginetes en movimiento veloz; caballos y hombres caían, levantándose pocos; miles de brazos, manejando sables y lanzas, descargaban golpes de muerte que derribaban ginetes y cabalgaduras; las detonaciones de las armas de fuego mezcladas con el quejido lastimero de las víctimas y el vocerío hiriente de la multitud, producían un con-

cierto de espanto, cuya repercusion en los cercanos bosques de palmeras daba mayor horror á la escena de sangre!

El ejército de Cáceres fué destruido, quedando solo en el campo de batalla José Toledo con un batallon formado en cuadro. Tan luego como por la derrota dejaron de tener enemigos que combatir las infanterías populares, Plácido Martinez se puso con todas ellas sobre el cuadro de Toledo, con el propósito de rendirlo. Toledo no se movió ni disparó un tiro. Habría sido inútil, por otra parte, que hubiera resistido ó pretendido retirarse: no podía escapar. Cuando, como se esperaba, mandó parlamentarios al comandante en jefe del ejército popular, coronel Reguera, dijo éste á Martinez: « Vaya y arregle como quiera la rendicion. » Inmediatamente se trasladó solo á conferenciar con Toledo, y la entrega quedó ajustada sobre esta base verbal: « Toledo y los oficiales que desearan acompañarle se retirarían a punto que eligiesen, prévio juramento de no volver á tomar las armas contra el pueblo. » El hombre así tratado había sido el azote de Goya, el alma de todas las persecuciones contra su generoso vencedor, y la órden del dia del ejército de que formaba parte había sido esta: « *No me traigan prisioneros.* » Media hora despues se alejaba Toledo con veinte oficiales, escoltado por un escuadron del regimiento Curuzú-cuatiá, pedido por

él, porque temía retirarse *solo*, y Plácido Martinez, puesto al frente del batallon rendido, que le victoreaba, incorporaba aquellos ciudadanos redimidos á las huestes populares.

El mismo dia de la batalla, á las 3 p. m., los miembros del gobierno popular se encaminaron hácia Goya, yendo Plácido Martinez al mando de las fuerzas que debían tomar dicha ciudad. El primer impulso de las autoridades del usurpador fué resistir: á cuyo objeto formaron cantones, abrieron zanjas en las calles y construyeron trincheras; tenían unos doscientos hombres. Mas, cuando las guardias de las afueras dieron parte de que se aproximaba el enemigo, les dominó tal pavor que olvidaron todo, y jefes, autoridades y soldados abandonaron sus puestos y huyeron, unos para embarcarse en dos vaporcitos alistados en el puerto, otros para esconderse en sus casas y otros para asilarse en una propiedad del jefe nacional de la frontera del Rey, guardada por tropa de línea. La ciudad fué así ocupada sin sacrificio. [1]

El triunfo de Ifran [2] liquidó el capital que el oficialismo diera al doctor Derqui. Lo que le restó de fuerzas eran unos trescientos hombres de guarnicion en la capital y otro tanto en las cos-

1—En todo lo relativo á la campaña libertadora estractamos lo que sobre el particular hemos escrito en nuestra *Historia de la resistencia popular de Corrientes en 1878* (inédita). Véase tambien *La Patria*, Goya, números 361 y 362, y *Las Cadenas*, Corrientes, número 27.

2—La batalla se dió en los puntas de Ifran.

tas del Uruguay. Los últimos fueron batidos y dispersados en Yatay por el comandante don José D. Alvarez. El gobierno popular, por el contrario, tenía en la provincia unos *diez mil* ciudadanos en armas, y autoridades por él nombradas imperaban en *diez y ocho* departamentos. Era, pues, cuestion de una marcha de pocos dias sobre la capital el arrojar al doctor Derqui del poder usurpado. Pero Avellaneda arrebató al pueblo la coronacion de su obra; no quiso que su amigo y protegido, Derqui, sufriera la última afrenta. Intervino en la provincia so pretesto de evitar la guerra civil—que fomentó con su política y de la que no hizo caso cuando creyó débil al pueblo—prometiendo fallar la cuestion pendiente *en justicia y en verdad.* El gobierno popular acató la intervencion, y, prévio acuerdo con el comisionado nacional, ordenó el licenciamiento de sus fuerzas.

XVI

La justicia prometida se convirtió en un nuevo martirio. El interventor pretendió restituir la provincia á la situacion que tenía antes del movimiento, y, procediendo en todo de acuerdo con el doctor Derqui, con los vencidos hizo perseguir á los vencedores, cerrando los ojos para no ver las prisiones, saqueos y asesinatos que sus comi-

sionados ordenaban ó consentían. El propósito de semejante felonía era obligar al pueblo á defenderse con las armas, para tener de ese modo el presidente de la República el derecho de declararlo rebelde y apoyar en consecuencia al doctor Derqui como autoridad legal. Y cuando dicho plan se estrelló en la heróica abnegacion del pueblo, que prefirió sufrir antes que perder la justicia de su causa, fué tal la maldad del interventor, doctor Victorino de la Plaza, que declaró rebeldes á los perseguidos y martirizados ciudadanos. Entónces se apercibieron en Buenos Aires los ministros liberales del gabinete de la conciliacion de que el interventor comprometía en Corrientes la paz de la República por la gobernacion nula del doctor Derqui, y de que la prensa independiente del país había tenido razon en atacar la intervencion; porque si el pueblo, que acababa de dar al país el ejemplo de patriotismo de someterse victorioso á la autoridad de la nacion, era abandonado á la iniquidad, iba á ser obligado á rebelarse contra ella, y la guerra encendida en Corrientes podía convulsionar toda la República, que estaba oprimida por gobiernos refractarios y tenía latente el sentimiento revolucionario como medio único de salvacion. Los ministros liberales exigieron del presidente el cumplimiento de su palabra de paz y de justicia empeñada: y aunque tuvieron que dimitir por haber sido burlados, la opinion y los

sucesos convencieron á Avellaneda de que esponía su presidencia si continuaba jugando con fuego, y volvió á sus promesas de justicia para el pueblo mártir, y reemplazó al interventor calamitoso con el coronel don José Inocencio Arias, personificacion acabada de la hidalguía, de la nobleza y de la rectitud. Dejó, sin embargo, una puerta de escape : la solucion del conflicto correntino entregada al Congreso; nuevo motivo de trapizondas y enredos, que terminaron en un nuevo derramamiento de sangre.

Desde que la intervencion fué decretada, mostró empeño el interventor Plaza en apoderarse de Plácido Martinez. Llegado á Goya el 23 de febrero, por la noche, le ordenó por nota que se presentara inmediatamente á bordo del vapor en que estaba y del que no bajó ; tenía la resolucion de prenderle. Pero Martinez era jefe de fuerzas al servicio del gobierno popular, y éste le prohibió presentarse, mandando á su mismo ministro á la cita del interventor. Grande fué el desagrado de Plaza al ver fallido su proyecto, y tuvo que volverse sin la presa á la capital. Fracasó tambien la captura meditada con motivo del desarme de las tropas de la resistencia en Goya. Esperaban que Martinez se presentaría, y no lo hizo. « Yo no me dejo tomar como un chorlito », dijo al separarse de sus amigos en los suburbios de la ciudad ; y agregó : « Esta gente procede de mala fé. Voy á

saludar á mi madre para luego volver á los montes, porque no tengo duda de que me apestillarán y aun tenemos mucho que hacer». No se engañaba. Apenas terminado el desarme y licenciados los ciudadanos, el comisionado nacional hizo prender á muchos jefes y oficiales, despachando á la campaña partidas en persecucion de los licenciados. Cuando buscaron á Plácido Martinez, él ya estaba en salvo.

Restablecido el órden por el coronel Arias y garantidas á todos las libertades civiles y políticas, se presentó Plácido Martinez al interventor, como tambien lo hizo Azcona, permaneciendo muchos dias en la capital á fin de acallar las especies divulgadas sobre proyectos revolucionarios que se le atribuían para comprometerle. A su vuelta á Goya escapó por un incidente casual de ser asesinado. Había anunciado su ida en el primer vapor de la carrera que bajase, y *La Patria* publicó la noticia. El vapor debía llegar á la boca del riacho de Goya, distante una legua de la ciudad, de once á doce de la noche. A las 8 p. m. de aquel dia, un sirviente de Martinez salió para dicho punto llevándole un caballo de pelo blanco, pasando por frente de la jefatura política. El paquete no llegó á la hora señalada en el itinerario; y, cansados de esperarlo, el agente don José Castelli y don Jerónimo Vila se volvieron á la ciudad montados los dos en un caballo

blanco. La noche era oscura. Al pasar un puente que existe á la entrada de la poblacion, punto preciso del camino de la Boca, fueron asaltados por cuatro individuos con sables desenvainados: los que, deteniendo la cabalgadura, los derribaron á golpes, recibiendo Vila un feroz hachazo en la cara. Al caer y á los gritos que dieron pronunciando sus nombres, uno de los bandidos dijo á sus compañeros: *No es él;* y huyeron. Castelli llegó á distinguir en ellos trajes militares. Era evidente que el golpe errado estaba destinado á Plácido Martinez. No hacía un mes del asesinato del comandante Blanco y del mayor Galarza, y tres de haberse atentado contra la vida del coronel Azcona. Conociendo el dia y la hora de la llegada de Martinez, el pelo del caballo que montaría y el camino que forzosamente debía tomar, es de suponer que la órden dada á los asesinos apostados en el puente estuviera basada en aquellos antecedentes; y como ellos ignoraron el retardo del vapor, y la oscuridad de la noche no les permitió distinguir bien, coincidiendo el paso de Castelli y Vila y el pelo del caballo que montaban con los datos de sus instrucciones, los atacaron de muerte creyéndoles la víctima esperada, y los dejaron al convencerse de su error. La opinion pública señaló como autor del crímen frustrado á un personaje situacionista, hijo de Santa Fé, que ocupaba un alto puesto al lado

del usurpador, y él, por toda defensa, abandonó inmediatamente la ciudad para no volver á ella hasta la intervencion de 1880, en cuya época, á fuerza de hacer derramar lágrimas y sangre, levantó la fortuna de que goza hoy tranquilamente lejos de la provincia.

La sancion del Congreso ordenando el retiro de la intervencion, puso nuevamente en armas al pueblo contra el usurpador de su gobieno; y en esa segunda campaña cupo á Plácido Martinez la honra de ser su principal capitan.

XVII

Mientràs el Parlamento nacional discutía la cuestion de Corrientes, el doctor Derqui aglomeró en la capital sus escasos partidarios, armas de precision facilitadas por el presidente de la República y jefes y oficiales de línea mandados de Buenos Aires. Con el escarmiento de Ifrán no pensó en ejército que se batiera en campo raso, ni tenía cómo formarlo: le sobraban armas, pero le faltaban brazos. Lo de la campaña corría de cuenta del gobernador de Entre-Rios, Febre, pues en el plan de defensa combinado en Buenos Aires para vencer al pueblo correntino, aquel debía lanzar sobre la provincia un cuerpo de tropas organizado por José Toledo en el territorio de su mando. Redu-

ciéndose el doctor Derqui á la capital, con buenas armas y soldados atrincherados y acantonados, él y sus sostenedores contaban poder sostener la lucha por mucho tiempo, y esperaban su triunfo de la duracion de la guerra civil y de las posibles ventajas de la invencion, porque las complicaciones necesarias que uno y otro hecho producirían darían razon al gobierno nacional para echar sus tropas sobre el teatro de los sucesos á fin de imponer con ellas su voluntad, que era el gobierno de Derqui. Teóricamente pudo haber sido escelente el plan: no lo discutimos; pero los acontecimientos acreditaron que el doctor Derqui estaba de mas en Corrientes, y que cuando un pueblo se propone conquistar su libertad no hay obstáculo que le detenga.

Ocho cañones de distintos calibres: 546 infantes armados á remingtons: un escuadron de caballería: los criminales todos, sacados de la cárcel pública: 30 trincheras: 26 cantones y la ciudad toda zanjeada, hacían de la capital de la provincia una posicion militar casi intomable el dia 17 de julio de 1878; en cuya tarde aparecieron sobre ella trescientos y tantos ciudadanos armados de escopetas, malos rifles y lanzas de tacuara. Pero, era tal el miedo del usurpador y de sus tropas, que en vez de salir á dispersar el puñado de patriotas abnegados que se presentaba al sacrificio, le abandonaron la parte no atrincherada de la poblacion,

encerrándose en el rádio fortificado. Desde ese momento quedaron vencidos. Los ciudadanos tomaron posiciones y esperaron la incorporacion de otros para atacar.

Plácido Martinez era el jefe designado de antemano para dirijir las operaciones sobre la capital, el coronel don Eustaquio Acuña para las del sur, y el coronel don Raimundo Reguera el que formaría en el centro de la provincia un ejército de reserva. El 18 por la noche llegó Martinez al puerto *La Aldana* con 99 soldados del batallon *Goya*. Habia tomado el pueblo de Bella-Vista en la tarde anterior y embarcádose inmediatamente en el vapor *Délia*. Tambien llegaron esa noche y la anterior refuerzos importantes de Sán Cosme, Empedrado y Saladas. Con su habitual esmero y actividad, ordenó las fuerzas, revisó el material de guerra y estudió cuanto le interesaba conocer, combinando y ejecutando en seguida un ataque general, que dió por resultado la ocupacion de media ciudad, con dominantes cantones sobre el campo enemigo. Pero faltaron armas, faltaron cartuchos, la misma tropa era escasa para seguir conquistando á cuerpo libre canton por canton y trinchera por trinchera: razon por la cual hubo que reducir el fuego por tres dias á las hostilidades de posicion á posicion, mientras se rellenaban las cápsulas de remingtons ya usadas, se trabajaban cartuchos para los fusiles de piston y

las escopetas y se daba tiempo á nuevas incorporaciones. Atribuyendo, sin duda, los sitiados aquella quietud relativa á decaimiento ó temor de los sitiadores, tomaron la ofensiva el dia 25. Pero las fuerzas populares estaban ya en condiciones no solo de rechazarlos sino aun de avanzar: los comandantes Artaza, Córdova y Arriola habían llegado con infantería y caballería y buena cantidad de municiones. En dos columnas con artillería pretendieron forzar la línea sitiadora, siendo rechazados con grandes pérdidas. Y tras la desmoralizacion y el desórden causados por el fracaso, Plácido Martinez adelantó su línea, tomando algunos importantes cantones y trincheras y el cuartel de la Batería, que defendía el *Guardia Provincial*. Dedicó en seguida todo el dia 28 á preparar un asalto decisivo, y lo llevó á cabo en el siguiente con éxito completo, pues el usurpador huyó vergonzosamente al Chaco, quedando la ciudad por las tropas populares. La obra iniciada en febrero terminaba al fin con el triunfo del pueblo, porque tal era el significado de la ocupacion de la capital; y en los honores de la victoria correspondían á Plácido Martinez los de la mejor y mas difícil jornada.

Vencido y arrojado de la provincia el doctor Derqui, quedaba el problema de afianzar la nueva situacion á despecho de los poderosos proprotectores de aquel. La nube negra en ese sen-

tido era la invasion de Entre-Rios, no porque militarmente representára gran cosa, sino porque fatalmente iba á producir la intervencion nacional, caso de tomar cuerpo la guerra, y la intervencion era Derqui por tercera vez. Nada se sabía del sur. El gobernador del Chaco, por otra parte, reclutaba gente en su territorio y asumía una actitud hostil además de protejer al usurpador. En atencion á dichas circunstancias, el gobierno despachó á Plácido Martinez con dos batallones para organizar la defensa de los pueblos del litoral y en seguida marchar á la frontera de Esquina á fin de operar de consuno con las fuerzas del sur. Cuando la espedicion se embarcaba, pretendió obstruir el trasporte de ella por el rio un oficial Latorre, comandante del vapor nacional *Resguardo*. «Diga usted á su comandante—dijo Martinez al conductor de la nota prohibitiva—que iré á donde y por donde me lo mande mi superior, sin que nadie sea capaz de impedírmelo; y que le ruego me evite el desagrado de abrirme paso por la fuerza. El señor comandante no inviste ninguna autoridad, y hará mal en comprometer sin razon la bandera nacional.» La obstruccion quedó en nada y la espedicion partió.

La investidura oficial que Plácido Martinez llevaba era la de Comandante en jefe de todas las fuerzas de la provincia. Por decreto del 31 de julio había sido nombrado Inspector general de

armas, y á ese título y á sus condiciones correspondía aquella superioridad. Al regresar de la espedicion, despues de la derrota de los invasores, presentó su renuncia. «Yo no aspiro á figurar—decía entónces al ministro de gobierno;—y puesto que me parece haber cumplido con mi deber, es justo que me dejen ir á mi casa para que otro ocupe mi lugar. Admití el puesto en momentos difíciles, porque no sé escusarme en ellos; pero ahora que ya hemos concluido pido mi retiro á inválidos.» Sus lábios no mentían. Sinceramente deseaba volver á la simple condicion de ciudadano porque pesada mucho sobre su modestia el puesto que ocupaba. Además: aunque él no invocara su pobreza estrema como una de las causas determinantes de su resolucion, era un hecho notorio que se le imponía sacrificio reduciéndole á vivir de un sueldo escaso cuando no tenía mas porvenir que su trabajo. Pero el gobierno necesitaba de la cooperacion de hombres como él para llevar á cabo su programa de reparacion. Plácido Martinez al frente de la Inspeccion de armas era una garantía de órden y de libertad y una prenda de concordia. No despertaba celos, porque de todos era querido; á nadie alarmaba, porque eran proverbiales su lealtad y su bondad; y capaz era como pocos para el puesto, por su contraccion é inteligencia, aparte de que su prestigio personal realzaba en él su cargo como

nó lo podía estar en otro. Por eso sus amigos le hicieron desistir de su resolucion en bien de los intereses públicos, imponiéndole como acto de patriotismo la continuacion en su empleo. Elevado poco despues al rango de coronel con el acuerdo unánime del poder legislativo, el gobierno definitivo del doctor Cabral le confió las mismas funciones que desempeñaba, á pesar de nuevos empeños de su parte para ser exhonerado. ¡Cuánto decían en su honor aquella constancia en desprenderse de lo que otros anhelaban conseguir y el empeño con que los ciudadanos y el gobierno resistían á su alejamiento de los negocios públicos!

XVIII

La Inspeccion general de armas era una creacion inconstitucional del gobierno de Madariaga; por cuya razon, pasado es peligro y afianzada la paz pública, el gobierno del doctor Cabral la suprimió reemplazándola con la Inspeccion de Milicias. Encargado de ella el coronel Martinez, se contrajo al cumplimiento de sus deberes con esmerado celo y á satisfaccion plena de sus superiores y del pueblo. Dependiente del ministerio de gobierno, era el superior inmediato de los comandantes militares, jefes de frontera, milicias, batallon guardia provincial, y, en los casos urgentes, el agente del cual se valía el

poder ejecutivo para cumplir ó disponer medidas de seguridad en cualquier punto de la provincia. Su concurso inteligente y su lealtad probada facilitaron el éxito de las reformas que emprendió el gobierno para corregir los vicios establecidos y fomentados por la administracion de Madariaga.

El militarismo había sido el medio de dominacion y de imposicion de que se echara mano para asegurar el nombramiento del doctor Derqui; la utoridad civil estaba desprestigiada bajo el imperio que ejercían en la campaña los caciques y caciquillos erigidos por sí en jefes de fuerzas activas ó nombrados por el ejecutivo para aterrorizar á los ciudadanos independientes. El gobierno se mantenía solo por la fuerza y por el abuso. En el período de las reparaciones era, por consiguiente, cuestion de inmediato interés cortar de raíz aquellos males, restituyendo las instituciones á su funcionamiento regular. Para ello se dió por vez primera en Corrientes una organizacion completa á la guardia nacional á fin de que el mismo pueblo fuera el guardian de sus derechos y la única fuerza de apoyo de los poderes públicos, y se redujo á cargo inactivo, de mero honor y distincion, el de comandante militar, sin autoridad ni mando alguno independiente, aun en los casos de servicio, para de ese modo levantar el crédito del poder civil. «Solo así es posible el gobierno civil,—decía el ministro de gobierno;—pues cesarán los

abusos introducidos por los malos mandatarios que han hecho predominar los elementos de fuerza, que desprestigian y usurpan la autoridad de los funcionarios civiles, únicos lejítimos por la Constitucion. La administracion actual no necesita ni quiere mas fuerza para su sostenimiento que la de la ley». [1]

Plácido Martinez fué el ejecutor de las innovaciones. Recorrió departamento por departamento y pueblo por pueblo disponiendo personalmente la organizacion de las milicias enroladas y presidiendo la instruccion de ellas, segun las disposiciones del gobierno de la nacion: al fin de cuya laboriosa tarea pudo presentar como fruto de ella 4.000 infantes y 17.205 hombres de caballería regularmente instruidos, «que concurrirán entusiastas—decía—á defender el honor de la República, si algun poder estranjero osára mancillarlo.» [2] En aquel tiempo se hallaban tirantes las relaciones de la República con Chile, siendo general la creencia de que solo una guerra dirimiría la cuestion pendiente; de manera que el desempeño satisfactorio de Martinez puso á Corrientes en condiciones de dar á la nacion numerosos batallones y regimientos en los primeros momentos del esperado conflicto.

1—Circular del 26 de noviembre de 1878. *Memoria del ministro de gobierno de Corrientes*, pág 86, año 1879.
2—Memoria citada, pág. 116.

En cuanto al pueblo, no pudo ser de mejor efecto la confianza que se le mostró tenerle y el alivio que se le dió suprimiendo el poder militar. Departamentos que parecían ingobernables, porque tenían agitaciones constantes y sus vecinos se alzaban en los montes á causa del desenfreno del militarismo, se tornaron tranquilos y laboriosos, como si repentinamente se hubieran regenerado, cuando se vieron gobernados por autoridades civiles de procedimientos rectos.

Igual solicitud y competencia desplegó Plácido Martinez en el servicio de fronteras, recargo impuesto á la provincia por la actitud amenazante de Entre-Rios. Ni en los peores tiempos de la dominacion de Urquiza, posteriores á Caseros, se vió Corrientes tan hostilizada y provocada como entónces por Entre-Rios. Tenía sobre ella numerosas fuerzas á cuyo amparo y el de autoridades espresamente elegidas se producían constantemente hechos alarmantes que mantenían en zozobra á los departamentos de Esquina, Sauce, Curuzú-Cuatiá y Caseros, y que de un dia para otro podían originar un conflicto interprovincial. Los reclamos no surtían efecto, y ménos todavía los llamados al patriotismo del gobernador Febre, porque realmente se buscaba la guerra civil para solventar la situacion de Corrientes. Fué, pues, de absoluta necesidad recargar los gastos públicos con las erogaciones exigidas por una polícia especial para la

frontera, y á la vez mantener fija la mirada sobre la línea amenazada á fin de que la precipitacion de los subalternos no comprometiera la paz. El Inspector de milicias estableció el servicio de vigilancia y lo dirigió hábil y prudentemente, acreditando una vez mas la confianza en él depositada. Sin ruido supo contener al impertinente vecino, que probaba su ceguera política buscando riña al pueblo cuya amistad con el de su mando era la garantía de la felicidad de las dos provincias y de la influencia de ellas en la República.

Otra de las importantes reformas de órden y de buen gobierno á que Plácido Martinez contribuyó eficazmente, fué la relativa á la tropa permanente que la provincia tenía, á igual de las demás, para ocurrir á cualquier parte del territorio donde se produjesen trastornos graves, y para el cuidado de sus cárceles. Era costumbre formar el cuerpo de seguridad — *Guardia provincial* — de criminales destinados por los tribunales, cuatreros, vagos y ciudadanos arbitrariamente arrebatados de sus hogares por los omnímodos comandantes de campaña: lo cual daba por resultado poner á la sociedad y al gobierno á merced de soldados de mala voluntad, la mayor parte bandidos. En vez de garantía, se tenía en ellos una amenaza constante, y con el objeto de dominarles se les mantenía bajo el rigor de castigos bárbaros, que no por eso impedían las deserciones y los escán-

dalos diarios. Para el buen servicio, mejoró el gobierno la condicion del soldado elevando su pret á mas del sueldo mensual de un jornalero ó peon de estancia, con rancho mas abundante é igual vestuario al de la tropa de línea; pero estableció tambien la buena conducta como condicion indispensable para ingresar al cuerpo. Así consiguió voluntarios, que de los distintos departamentos ocurrieron á sentar plaza y que, organizados y educados bajo la direccion y vigilancia inmediata de Plácido Martinez, formaron un batallon modelo por su disciplina y moralidad. «El uniforme del soldado no rodaba por el lodo de las calles á causa de la embriaguez del que lo llevaba, como sucedía en épocas anteriores, ni las penas degradantes y los castigos bárbaros hacían perder la dignidad á los hombres á quienes se les ponía al hombro un fusil para defensa de la sociedad. La mas completa armonía reinaba entre superiores y subalternos; había espíritu de cuerpo y una emulacion plausible en todas las clases por superar en el desempeño de sus deberes. La oficialidad recibía instruccion académica tres veces por semana y diariamente los cabos y sargentos.» [1]

No era posible esceder la dedicacion é inteligencia con que Plácido Martinez llenaba sus deberes de funcionario público. Todos sus actos, por

1—Memoria cit., páginas XXV y 142 y 143.

insignificantes que fueran, llevaban el sello de la mas escrupulosa sugecion á los mandatos superiores, á las conveniencias públicas y á las leyes del Estado. El caudillo querido de las masas, el ciudadano respetado y considerado por todos, con la posicion oficial que tenía era una potencia fuertísima; pero su desinterés y su virtud no perdieron en el mando su integridad, porque nada conmovía su rectitud y solo de favores hacía gala su bondad. Conociendo su valer, mas de una vez hicieron brillar los poderosos de otras partes ante su vista, poniéndole al alcance de la mano, títulos y gerarquías de alto rango: querían ganarle; pero su profundo indiferentismo hácia las tentaciones oropescas fué destruyéndolas una á una. Al último emisario que le garantía la efectividad de su grado en el ejército nacional, un alto puesto y las palas de general al tercero ó cuarto año, le decía: « Se ha equivocado en la direccion que trae: no me interesa su mercaderia ni sabría qué hacer de ella. Aquí donde vd. me ve, pobre, me río de los millonarios y de los que figuran por las nubes, porque la satisfaccion de mi conciencia vale mas que todos ellos juntos. » Plácido Martinez, tal cual era, valía mas, en efecto, que todos los grados y todas las distinciones ofrecidas á precio de una debilidad : la inconsecuencia con sus principios. En la trayectoria que la austeridad de sus actos hacía describir á su vi-

da á traves de agitaciones y de trastornos políticos, de honor y de virtud era su contribucion al desenvolvimiento de su patria; y eso era lauro inmortal.

Idealismo, tonteria! esclama con desprecio el escéptico político ante un carácter firme como aquel. No! Realidad de la existencia humana, que no marcha al acaso ni se alimenta de corrupcion; realidad del universo entero, que no miente, «Solo en los tiempos decadentes toda franqueza es un inconveniente, toda honestidad un embarazo, toda virtud una exageracion, toda mentira una habilidad, todo vicio una buena fortuna, todo honor una pillería, toda lealtad una tontería, todo principio una estupidez. Un hombre de alma grande, pura, magnánima es, para el pueblo que lo ha engendrado y alimentado, un tesoro mas grande, mas utilitario que todos los fondos empleados en la seguridad pública ó en la cria de ganados. Es un modelo sobre el cual se forman los otros, si queda él como único ejemplar de los que luchan por la dignidad humana. Esa alma que se envuelve en el derecho, en la virtud, contiene en sí mas partículas de oro puro que la nacion bordada, dorada de dignatarios. Para quien la posee, esa alma justa es una fortuna mas grande, un bien mas legítimo, un capital mas grande que una fortuna colosal.» [1] Tal así era Plácido Martinez.

1—Edgar Quinet *L'esprit nouveau*, Cap. XI y XII, L. 1º

XIX

La situacion política á cuyo sostenimiento y á cuya accion reparadora contribuyó dignamente Plácido Martinez, se vió privada de sus importantes servicios por el temprano é inesperado fallecimiento del distinguido ciudadano, en momentos realmente difíciles para la provincia.

Desde que Corrientes recobró su libertad, se puso en juego todo género de recursos, lícitos é ilícitos, para destruir su gobierno ó al menos convertirle en instrumento servil de la imposicion que el presidente Avellaneda preparaba á la República; y si no sucumbió á impulso de tanta maquinacion y de tanta hostilidad, fué porque el poder público se hallaba en manos honradas y prudentes á la vez que enérjicas, y en el pueblo había voluntad incontrastable para defender su obra. Estaba la provincia rodeada de enemigos, sin tener mas garantía que su propia respetabilidad; pues el gobierno de Buenos Aires, que se hallaba tambien amenazado y que por comunidad de ideas y de propósitos era un aliado natural, obstruyó un acuerdo patriótico sobre política defensiva por no *ver claro* en la situacion del país. Los peligros crecían á medida que la cuestion electoral de presidente se aproximaba á su desenlace. Era preciso que desapareciera la

situacion de Corrientes para que la *liga* de gobernadores consumára sin temor la imposicion del candidato presidencial y luego sacrificara la provincia de Buenos Aires á los ódios y rencores de tierra adentro, inspirados por los caudillos del año veinte y mantenidos latentes por el talento perjudicial de Alberdi, cuyos libros eran y son el catecismo político de los reaccionarios. El gobierno y el pueblo amenazados vivían en constante alerta, dispuestos á repeler la agresion cualquiera que fuese el agresor; tenían de su parte el derecho y pensaban defenderlo caro.

Fué en aquellas circunstancias de alarmas que falleció Plácido Martinez. Dos meses antes había bajado á la tumba el coronel Marcos Azcona, la primera lanza de la República. ¿Fué una coincidencia la desaparicion de los dos mas afamados y prestigiosos militares de la provincia, partidarios y sostenedores de la situacion que fastidiaba á los reaccionarios, precisamente cuando redoblaban las hostilidades contra Corrientes? Por lo menos es preciso hacer notar la concurrencia de la casualidad; pues no deja de llamar la atencion el hecho de que, en muchas de las soluciones políticas de nuestro país, hace años que la muerte *natural* viene figurando como un factor importante.

Plácido Martinez, dotado de una constitucion vigorosa, sintió algunos trastornos en su salud en noviembre de 1879: consistiendo ellos en ma-

lestar, decaimiento, fiebre vesperal leve, tos ligera, seca y á largos intervalos, boca amarga, sed, anoréxia completa, la lengua cubierta de una espesa capa blanquecina, sin cefalalgia ni dolor en el epigastrio, mas sí con dolores á la garganta é irritacion á las amigdalas y paladar. Sometido á un tratamiento conveniente, desaparecieron dichas novedades y pudo volver á sus tareas á fines del citado mes, en pleno goce de su naturaleza. El dia once de diciembre, á las 2 p. m., hallándose en su despacho, tuvo un vértigo de larga duracion, pasado el cual le quedó una sensacion de angustia y dolor agudo desde la horquilla del esternon hasta su tercio inferior. Hizo un esfuerzo de enerjía para montar á caballo y se dirigió á casa de su hermano el doctor don Begnino Martinez. Al llegar á ella, apenas pudo desmontarse y penetrar con trabajo en el escritorio, cayendo como desplomado en un sofá: sentía dolores espantosos y la vista se le nublaba. El doctor oyó desde las piezas interiores los comprimidos gemidos del paciente y salió á ver quién era, sin sospechar que pudiera ser su hermano á quien dos horas antes había despedido sano y contento. « Ayúdame á tomar la cama, porque solo me es imposible—le dijo Plácido—y llama inmediatamente al doctor Amarilla ó Fonseca. Estoy mal ». [1]

1—*La Libertad* número 271, Corrientes, 1879—Informe médico legal sobre la muerte del coronel Martinez. *La Libertad*, número 282, Corrientes, 1880.

El doctor don José Amarilla ocurrió en acto; despues de él llegaron los doctores Fonseca, padre é hijo, Fainardi, Santos y Cardin. Al ver entrar el facultativo, se incorporó Martinez y le dijo: «Me voy al otro lado; pero no hay cuidado: quedan bien.» En sus acciones revelaba la integridad de sus facultades intelectuales; pero era presa de un enfriamiento glacial, con facies cianótica y el tronco y los miembros bañados de un copiosísimo sudor, la respiracion acelerada y el pulso casi imperceptible y sumamente frecuente. Los medicamentos escitantes que se le dieron y las fricciones generales irritantes, incluso el empleo de cepillos, no produjeron la reaccion; á las dos horas del ataque continuaba poco más ó ménos en el mismo estado: su cuerpo era un trozo de hielo, sacudido de vez en cuando por una tos seca y fuerte acompañada de náuceas hasta producir vómito de aspecto mucoso. La mirada tranquila del paciente demostraba, sin embargo, la serenidad de su espíritu. Los facultativos celebraron consulta, prescribiendo en seguida el tratamiento convenido, y el químico doctor don José L. Somoza procedió al análisis de los productos arrojados. Tan luego como desapareció el enfriamiento empezó á notarse una pronunciada elevacion de temperatura y sed molesta. A las 2 a. m. del dia *doce* se contaban 140 pulsaciones y 39 respiraciones por minuto; pero el enfermo

no se quejaba de ninguna incomodidad. Pidió un pocillo de caldo, y luego de beberlo durmió regularmente, amaneciendo sin fiebre y despejado. [1]

Toda la mañana la pasó contento en conversacion alegre con algunos de los muchos amigos que llenaban su casa. Ni él ni los médicos pensaban ya en la gravedad de la enfermedad: todos hablaban de ella como de un peligro conjurado. Pero á las 10 a. m. se reprodujeron las náuceas y el malestar, manifestándose nuevamente la fiebre. A las 4 p. m. el termómetro colocado en el axila marcaba 40 y $^1/_5$ y el enfermo tenía fatiga. La percusion del torax, sin embargo, no revelaba signos apreciables y por la auscultacion solo se percibían ligeros rales crepitantes en el pulmon izquierdo. El paciente procuraba dominar su estado y tranquilizar á sus amigos alarmados. «Estoy un poco mejor— les decía—pero si esta siesta me hubieran hecho ruido habría ido al otro lado». A las siete se observó un malestar acompañado de dísnea, la que aumentaba rápidamente: y dos horas mas tarde tenía accesos de tos sofocante acompañados de espectoraciones sanguinolentas. La auscultacion ya revelaba claramente rales crepitantes en el pulmon izquierdo, sin soplo tubario, y la percusion en la parte postero inferior del mismo órgano, ligera matitez. Los facultativos, que no abando-

1—Informe médico legal ya citado.

naban la cabecera, dispusieron sangrarle. «Háganlo, aunque es inútil» — les dijo — La sangría no modificó absolutamente en nada la gravedad del caso. La dísnea crecía pasmosamente y síntomas de asfixia anunciaban la proximidad de la muerte. La cama le era estrecha para contenerle en su agitacion, y la fortaleza de su espíritu entero era impotente para dominar su estado. ¡Que momentos angustiosos y terribles para los amigos que le rodeaban! Eran testigos inútiles de la lucha de un espíritu inquebrantable, en pleno goce de sus facultades, con el cuerpo enfermo que perdía vitalidad á pesar de los esfuerzos de la ciencia. ¡Era una realidad que Plácido Martinez sucumbía! Los corazones desesperados golpeaban con violencia en los pechos y lágrimas ocultadas al enfermo brotaban de todos los ojos. Plácido leía en los semblantes las torturas que su estado producía, y de vez en cuando pretendía calmarlas diciendo: «Pasará; es nada». Pero sus fuerzas físicas cedían de minuto en minuto hasta que el cuerpo cayó. Quisieron sentarle, pero él no lo consintió: Hizo un esfuerzo supremo y se incorporó: y dirigiendo á todos una mirada tranquila, dulce, dijo: «*Adios*» . . . . y su alma noble hendió las alturas de la inmortalidad, á la una y cuarto de la mañana del dia 13 de diciembre de 1879». [1]

Fué incomparable la conmocion de amargura

1—Informe médico legal y números de *La Libertad*, ya citados.

que produjo en todas las esferas sociales aquella muerte temprana; la intensidad del dolor público escedió al de las mayores desgracias. Es que en la provincia entera no había un ciudadano mas amado que Plácido Martinez; porque en la nobleza de su carácter, en la elevacion de sus aspiraciones, en la virtud con que dominaba todos los egoismos, en su enerjía indomable y en su valor heróico, contemplaba el pueblo sus propios sentimientos y cualidades sobresalientes reunidas y llevadas al mas alto grado, y se honraba á sí mismo consagrando su predileccion al ciudadano modelo. Aquella vida estaba vinculada á todos los corazones por fuertes y estrechos lazos de cariño intenso, y en los momentos difíciles de su extincion era ademas una fuerza que inspiraba confianza y aliento para conjurar los peligros del presente, y una esperanza legítima de grandes y fecundas obras en lo porvenir. Poco era llorarla para lo que valía. Incorporada al patrimonio comun por sus acciones, mucho había que esperar para reparar su pérdida, pues no produce con frecuencia la naturaleza caracteres de su temple y de su virtud.

Los síntomas de la enfermedad y la rapidez sorprendente de la muerte, despertaron la sospecha de que en ella hubiera intervenido el crímen. No solo en Corrientes: de Santa Fé, Córdoba, Entre-Rios y Buenos Aires se preguntaba si Plácido Martinez había sido envenenado, como se

decía. Por la autopsia y el exámen químico de las viceras principales establecieron médicos y químicos distinguidos, que « la muerte era debida á la inflamacion aguda del pulmon izquierdo, reconociendo acaso por causa tubérculos adqueridos ». Sin embargo, el informe médico legal no aplacó la inquietud de los espíritus y la duda quedó en pié. Algunos de los síntomas observados y descriptos en el informe y la rapidez de la muerte, no correspondían en verdad á la pneumonia, ni la cantidad de antimonio que se halló en el estómago provenía de los medicamentos recetados ni de los que el enfermo tomara anteriormente. Era, pues, fundada la duda. El enfriamiento glacial de mas de dos horas no era el escalofrío ó chucho de la pneumonia; la sensacion de angustia y el dolor agudo desde la horquilla del esternon hasta su tercio inferior, no era síntoma patognomónico de aquella; la asfixia y la muerte en menos de cuarenta y ocho horas no se esplicaba en un enfermo que solo tenía congestionado el pulmon izquierdo; la presencia del antimonio en el estómago no era tampoco esplicable. Tales circunstancias graves autorizaban por lo menos la duda, siendo tantos los correctivos que pueden emplearse para modificar los efectos inmediatos de ciertas sustancias tóxicas, y mediando, como mediaba, el antecedente del fracaso de asesinato en Goya.

El gobierno y el pueblo honraron debidamente

la memoria de Plácido Martinez, concurriendo cada uno en su esfera para que las ceremonias y pompas fúnebres correspondieran á los méritos del patriota; y no por vana ostentacion sino poseídos del mayor duelo del que podían demostrar las esterioridades. En medio de un concurso imponente por su número y la general consternacion, fué conducido el féretro á pulso desde la casa mortuoria hasta una capilla ardiente preparada en la iglesia matriz: en cuyo lugar, por toda la tarde y toda la noche, formó el centro de un cuadro de dolor empapado en lágrimas de cariño. Era pequeño el gran templo para la gente que sin cesar entraba á ver por última vez al que una mujer humilde había llamado « el ídolo de los ricos y el padre de los pobres », y escenas tocantes de amargura se sucedían por minuto en torno del cadáver. El entierro fué una apoteosis. Cuando se procedió á cerrar el féretro, un sollozo inmenso dejóse oir: era el latido angustioso de miles de corazones desconsolados. Cubierto de coronas el ataud y disputado á porfía para ser llevado en brazos, abrió luego la marcha del cortejo fúnebre en direccion al cementerio de la Cruz, bañado en todo el trayecto de flores, que, como postrer tributo á la virtud, le arrojaban profusamente las mas distinguidas matronas y señoritas. El pueblo en masa seguía detrás, dando al acto el carácter genuino de una espontánea

manifestacion póstuma, en que los víctores y las aclamaciones de los regocijos delirantes eran sustituidos por la grandeza melancólica de las lágrimas y de los sollozos que á todos arrancaba su profundo duelo. La ceremonia cívica de la amarga despedida final se hizo en la plaza de la Cruz por ser pequeño el cementerio para tanta gente. La multitud se estrechó cuanto pudo en torno del lugar que el féretro ocupó, para no perder ni una sola sílaba de lo que en nombre de la justicia dijeron de aquella naturaleza privilegiada el Ministro de Gobierno y los doctores Juan E. Torrent, Juan Valenzuela, Emilio Diaz, Juan M. Rivera, Miguel G. Morel y Fermin E. Alsina. Despues.... la tumba recibió para siempre lo que de la tierra era!

XX

El Gobierno solicitó mas tarde la competente autorizacion del poder legislativo para mandar construir un mausoleo en que reposaran los restos de Plácido Martinez; la Municipalidad de la capital perpetuó su recuerdo dando su nombre á una de las principales calles de la ciudad, y, á iniciativa popular, se levantó en la provincia una suscricion para erigirle un monumento. Pero esas demostraciones son inferiores al culto que dejó en todas las almas al traspasar el círculo de la vida, culto que se mantiene vivo y que un anti-

guo soldado suyo en las campañas del Paraguay y Entre-Rios había proclamado, esclamando abrazado al cadáver: *¡Viva mi coronel Plácido Martinez! Aunque me digan que ha muerto, para mi y para todos vive: vive aqui!* (señalando el corazon). Desde el sepulcro del ciudadano amado, la virtud triunfante de la muerte irradia su luz sobre el camino de la vida andado; y no ya memoria simpática, veneracion inspiran sus acciones. La merecen.

Plácido Martinez era de los hombres fuertes que sirven de ejemplo. Hechos de nombradía ejecutó en la guerra en clase de ciudadano armado, demostrando tener condiciones para un general de nota; pero no era su aspiracion la gloria del soldado ilustre. Su brazo se armó para traducir en accion sus ideas nobles y generosas: y en los campos del Paraguay, donde derramó su sangre en defensa del honor nacional, y en el suelo patrio, donde lidió con brillo por el afianzamiento de las instituciones, la integridad y la libertad política de la República, su ideal único, la fuerza que le daba aliento y entusiasmo era ver surgir de la victoria el bien de la patria y la felicidad de sus conciudadanos. No pensaba en sí con el egoísmo del que se ciñe la espada para ascender en la carrera de las armas ó en otras, por ella; sino con el desinterés del que en la satisfaccion de la conciencia, por el deber cumplido, halla mayor premio que en dignidades y entorchados. Por eso

jamás aceptó grados militares en el ejército permanente, á pesar de instancias. Necesitaba espacio amplio y plena independencia personal para ser en todos los momentos de su vida un hombre consagrado á los demás segun su propio criterio, porque era su anhelo constante producir el bien de la sociedad y de la patria luchando sin tregua contra el mal, fuera cual fuese su manifestacion. Entregado al compromiso contraido ante sí mismo en los altares de su alma, le dedicó entera su actividad, venciendo los sinsabores que pusieron á prueba su fortaleza; y bueno, probo, noble y abnegado siempre, sus hechos eran la virtud cívica y privada en accion, la pureza del carácter en trasparencia, que detrás de sí dejaban rastro inolvidable de grandeza moral, que las mas populares, genialmente admiradoras de lo noble y magnánimo, le retribuían con adhesion ilimitada, y con cariño y respeto los elementos cultos é ilustrados. No hizo derramar una lágrima y enjugó cuantas pudo. La corona de gloria de su corta vida no tiene los lauros del guerrero preclaro ni las palmas del político esperimentado; pero las supera con creces, porque es la del apóstol de la virtud y del deber, honra de la especie humana y modelo perdurable.



APÉNDICE

HONRAS FÚNEBRES DE PLÁCIDO MARTINEZ

DECRETOS GUBERNATIVOS

Departamento de Gobierno.

Corrientes, 13 de diciembre de 1879.

Considerando: 1° —Que el gobierno de la provincia debe honrar la memoria distinguida del militar y ciudadano benemérito coronel Plácido Martinez, Inspector General de Milicias, muerto en temprana edad, cuando la patria podia esperar aun de su valor y patriotismo glorias y honores; 2° —Que por su graduacion, el puesto que ocupaba, el justo aprecio y distincion de que gozaba, por sus cualidades y por sus virtudes, era una de las mas culminantes figuras de la provincia; 3° — Que cuando la patria se ve fatalmente privada de ciudadanos de esta clase, su gratitud debe corresponder á su pérdida, no solo por justicia sino tambien como enseñanza para los sobrevivientes, quienes puedan conocer cómo no son estériles las acciones inspiradas en el patriotismo y guiadas por la virtud cívica; 4° —Que la demostracion pública del sentimiento producido en el gobierno por la muerte del malogrado coronel Plácido Martinez patentizará mas sus altas prendas y contribuirá á distinguir su memoria, pura como sus glorias, ofreciendo un ejemplo de imitacion como hombre, como ciudadano y como soldado—El Gobernador de la Provincia—

ACUERDA Y DECRETA:

Art. 1° —En la Iglesia Matriz se depositará el cadáver del inspector general de milicias, coronel Plácido Martinez, en una capilla ardiente que se preparará al efecto. Allí, como en la casa mortuoria, mientras permanezca en ella el cuerpo, una guardia del 2o de guardias nacionales hará los honores de ordenanza correspondientes al rango del empleo que desempeñaba el finado.

Art. 2° — Durante el dia de hoy y hasta la hora en que mañana se efectue el entierro, se disparará un tiro de cañon cada media hora en la «Plaza de Marte».

Art. 3° —El entierro se hará el dia de mañana, á las 8 a. m.; y concurrirán á él: los batallones de la guardia nacional de la capital, los dos cuerpos de la guarnicion, el Regimiento de Artillería y el Escuadron Libertad; bajo el mando del coronel don Pedro P. Quijano.

Art. 4° —Concurrirán tambien al entierro todos los empleados civiles de la administracion y oficiales francos, presididos por los miembros de P. E.

Art. 5° —Los empleados militares y las tropas de la provincia llevarán luto por el término de un mes, y los empleados civiles por ocho dias.

Art. 6° —El Ministro de gobierno, en representacion del P. E., pronunciará un discurso en honor del finado, en el acto del entierro, y dirijirá una nota de pésame á la señora madre del mismo.

Art. 7° —Las ceremonias fúnebres religiosas serán con toda pompa y solemnidad.

Art. 8° —La bandera nacional permanecerá izada á media asta en todos los edificios públicos provinciales, por tres dias.

Art. 9° —Comuníquese, publíquese y dése al R. O.

CABRAL

M. F. Mantilla.

Valentin Virasoro.

Departamento de Gobierno.

Corrientes, 15 de diciembre de 1879.

Debiendo perpetuarse los nombres de los buenos servidores de la patria—El Gobernador de la Provincia—

ACUERDA Y DECRETA:

Art. 1° —En adelante, el *Batallon Goya*, que comandó el coronel Plácido Martinez, se denominará *Batallon Plácido Martinez*.

Art. 2° —Se solicitará oportunamente de la H. C. L. los fondos necesarios para erigir un mausoleo en que deben reposar los restos del coronel Plácido Martinez: el que se construirá en el cementerio público de la capital ó de Goya, segun la eleccion que haga la familia del finado.

Art. 3° —Se colocará en el salon de la Inspeccion General de Milicias un retrato al óleo del coronel Plácido Martinez, costeado por el Estado.

Art. 4° —Se recabará de la Municipalidad que designe una calle pública de la capital con el nombre del coronel Martinez.

Art. 5° —Comuníquese, publíquese y dése al R. O.

CABRAL

M. F. Mantilla.
Valentin Virasoro.

ORDENANZA MUNICIPAL [1]

La Municipalidad de la Capital, reunida en concejo,

Acuerda y Ordena:

Art. 1° —La calle « Sud-América » se denominará en ade-

1—Esta Ordenanza fué sancionada por unanimidad de votos, y se dictó en virtud de peticion que hizo el pueblo á la Municipalidad. El gobierno no pidió á dicho cuerpo la designacion á que se refiere el art. 4.° del segundo decreto trascripto.

lante *Plácido Martinez*, y la plaza del puerto, situada entre las calles de Salta y Rioja, se llamará *Beron de Astrada*.

Art. 2º – Publíquese y dése al libro de acuerdos.

Corrientes, 4 de mayo de 1880.

VICTORIO TORRENT
Presidente.

Tomás Graciano,
Secretario.

DISCURSOS

Pronunciados en el acto de la inhumacion de los restos de Plácido Martinez.

DISCURSO DEL MINISTRO DE GOBIERNO

Señores :

Ha caido el coloso de nuestro suelo natal; pero no ha perecido! Pasa á revistar en la inmortalidad de la historia, al lado de los grandes como él, para iluminar con la luz de su gloriosa vida el camino de Corrientes. Veneracion para su tumba santa! Orgullo por su ascension á la mansion imperecedera! ¿Quién no ambiciona su paso por la vida?

El coronel Plácido Martinez muere en la flor de la edad, cuando comenzaba á vivir cual correspondia á sus merecimientos: en la época que abría ante él un porvenir venturoso, que compensaría sus largos sufrimientos y sus grandes trabajos por la felicidad de la patria. Y no obstante: en la galeria de nuestros hombres públicos, de todas las épocas, no se destaca ninguna figura que se le pueda comparar. Descollaba sobre los presentes y los pasados, y, en lo porvenir, ¡ojalá haya quien herede sus cualidades sobresalientes!

Leamos en el libro de su vida.

Nacido en familia honorable, de padres virtuosos y patriotas, el futuro coronel Martinez recibió una educacion

sólida que templó su alma en la religion del deber—y ni el tiempo ni los contrastes arrancan del corazon los gérmenes que recibe en el hogar. Corrieron sus primeros años en ocupaciones variadas y en luchas políticas, caracterizándose por las cualidades que despues le enaltecieron. La invasion paraguaya, que tan vandálicamente holló nuestro territorio y mancilló nuestra honra nacional, exaltó el ardiente patriotismo del jóven Martinez y le llevó á las filas de los defensores de la patria en el *Batallon Correntino*, que tantas proezas realizó en aquella guerra sangrienta.

Fué ascendido y condecorado en la batalla de Yatay; lo fué igualmente en las de Tuyuty, Veinticuatro de Mayo y Curupayty; y en los combates del Chaco, memorables en los anales de esa guerra, sobresalió el capitan Martinez, mereciendo de sus jefes distinciones que solo se acuerdan al valor y á la pericia. Abandonó el ejército por causas inevitables, poco antes de la terminacion de la guerra, trayendo de ella, como recuerdo, tres medallas, cordones de plata, un escudo y honrosas cicatrices.

Vuelto á sus atenciones—tomando siempre parte en la vida pública—tuvo que abandonarlas para ceñirse nuevamente la espada y correr á defender las instituciones de la República amenazadas por la primera rebelion de Entre-Rios. En esa segunda época de su vida militar, comandaba en jefe el *Batallon Goya*; y con accion independiente ya sobre su cuerpo y con responsabilidades mayores, comenzó á probar que el jefe era en él superior al oficial subalterno del Paraguay. El *Batallon Goya* conquistó celebridad en el ejército nacional por su organizacion y por sus hechos en el Paraná y en Concordia: siendo tal su importancia y su prestigio que, pedido en cierta ocasion por el Ministro de la guerra, contestóle el jefe de plaza del Paraná: « Preferiría « mandar dos batallones de línea antes que deshacerme del « Goya ». El jefe hace al soldado, hace al cuerpo. Cuál seria, entonces, la capacidad militar del mayor Martinez, cuando su pequeño cuerpo de guardias nacionales valía por dos batallones de línea!

La guerra cambió de teatro. La rebelion cayó sobre Corrientes, que se hallaba casi desguarnecida y con sus mejores tropas en Entre-Rios, aunque vijilada de cerca por los ciudadanos. El *Batallon Goya* vino á formar parte del pequeño ejército de resistencia, que, en los campos por siempre memorables de Ñaembé, grabó una página rival de Caá-Guazú, ciñendo un nuevo laurel á las cienes de la valerosa Corrientes. Al muerto, justicia plena. La batalla de Ñaembé fué comprometida y decidida por el intrépido mayor Martinez con su batallon. Fuè Plácido Martinez el que primero cargó al enemigo y lo destrozó: fué él quien, avanzando una legua del campo de batalla, herido, dejó detrás los cañones y pertrechos de guerra que fueron presentados como trofeos por los atrazados: fué él quien mostró el camino de la victoria á los que remolineaban ante el enemigo: fué mostrando su arrojo que el gobernador decía á un cuerpo: «No ven cómo carga ese cuerpo de guardias nacionales»?—Reconozco la indisputable justicia con que el floron de Ñaembé adorna la foja de servicios del coronel don Santiago Baibiene; pero, en nombre de la verdad histórica, reivindicò la parte de gloria del coronel Martinez.

El mayor Martinez fué promovido al empleo de Teniente Coronel de los ejércitos de la República, distincion que declinó su modestia aceptando en cambio el mismo empleo en la guardia nacional. ¡Que accion en estos tiempos!

Corro un velo sobre los sucesos posteriores hasta 1878, en los que el coronel Martinez tomó parte principal: no por que ellos le sean deshonrosos, sino por que fueron entre miembros de una misma familia, hoy felizmente unidos, y no debemos recordarlos sino es para aprender en ellos. Sea eterno su olvido!

La heróica reconquista de los derechos populares, en los movimientos de febrero y julio de 1878, contó en primera línea al coronel Martinez. Perseguido y proscripto, tuvo que guarecerse en los montes para salvar la vida, y aun allí le buscó la saña de sus perseguidores. Pero no da caza al leon el cazador inesperto; y Plácido Martinez, trás incon-

tables peripecias y numerosos sufrimientos, que concluyeron con su resignacion, sintiéndose capaz de una gran empresa y encontrándose hombre de prestigio, concluyó por buscar á los opresores, á quienes combatió en Ifrán y en el Sitio, logrando ver restablecidas las instituciones de la provincia con el triunfo del pueblo.

Como militar, el coronel Martinez era organizador de la escuela de Paz, austero y estricto. En los distintos combates en que brilló su espada, dejó siempre probados sus conocimientos tácticos, su valor sereno y su facilidad de concepcion, ya para aprovecharse sobre el mismo campo de batalla de los descuidos del enemigo, ya para evitar un desastre. Estas cualidades hacían de él un jefe de primer órden, que podía rivalizar con los mejores del ejército nacional.

No fué, sin embargo, por sus condiciones militares que adquirió tanto ascendiente sobre las masas y se hizo tan querido y respetado de los hombres políticos y de pensamiento. Era su alma, era su corazon, eran sus virtudes las que, agregadas á aquellas, hicieron de él un hombre superior como ningun otro. No conocía las tentaciones de la ambicion; no sabía lo que era rencor; no se lejitimaba en su criterio ninguna accion cuyo objetivo no fuera el bien de la patria ó el de sus semejantes. Generoso hasta la privacion, noble hasta el sacrificio de sí mismo, el coronel Martinez ha muerto sin habérsele conocido mas aspiracion que la de elevar á los hombres honrados, postergándose él. Muere pobre! No deja un enemigo! Era de todos y para todos, subordinando siempre sus actos á la mas delicada modestia y al trato mas suave. En sus mayores contrariedades, no abandonó su risa peculiar; y nadie puede afirmar haber oído de sus labios una queja ó un reproche. Sufría solo. Ni sus amigos íntimos eran depositarios de sus penas, porque llevaba su nobleza hasta evitarles compartirlas con él. Si ocurría difícil una situacion, aunque su personalidad no interviniera en ella, la resolvía ofreciéndose en sacrificio, tanta era la prescindencia que hacía de sí y de su elevacion. Era de la raza extinguida de Washington!

La corta existencia de este correntino benemérito no presenta faz que le desmerezca. El conjunto de sus cualidades y de sus actos es un brilllante cuyas facetas despiden igual brillo y refractan los mismos colores: virtud, nobleza, patriotismo y valor. Ora se le examine como hombre, ora como ciudadano, ora como militar: ya se le sorprenda en la adversidad, ya en la dicha ó en el apojeo del poder, como en la humilde esfera de la obediencia,—el coronel Martinez siempre fué grande, siempre noble, siempre generoso, siempre el hombre sin igual que nunca será sentido á la altura de sus méritos.

En vida mirábamosle sin recelo ni cortedad; muerto, no le puedo contemplar con fijeza, porque me encuentro pequeño é insignificante ante su magestuosa culminencia. Conocíamos la elevacion de su nivel moral ejemplar, raro, notable: comprendíamos la distancia insalvable que mediaba entre sus sentimientos y los de la vulgaridad: sentíamos su descollante superioridad sobre todos; pero, era tal su modestia, tal su humildad, que, á pesar de la conviccion, en el trato social y en la vida política, representaba á la altura de los demas. Hoy que nos separa de él el abismo de la eternidad, y que su personalidad se nos presenta en todo su esplendor, debemos levantarla á su trono, que es honra nuestra, pues de él no la bajará la envidia ni la calumnia; para que, presente siempre en la memoria de todos, sea nuestro orgullo y nuestro ejemplo.

Mis fuerzas, señores, no bastan para su elogio: merece un homenaje póstumo mejor. Cumplo, sin embargo, el encargo de representar al Gobierno de la provincia en este acto triste, para agregar un éco mas de dolor á los inmensos que parten espontáneos de todos los corazones por la irreparable pérdida del inspector general de milicias, coronel Plácido Martinez; y escribo sobre su tumba, como epitafio, las irradiaciones de su alma grande: *Virtud— Nobleza— Patriotismo — Valor.*

DISCURSO DEL DOCTOR DON JUAN E. TORRENT

Señores :

No quiero hacer un discurso, en el sentido retórico de la palabra: despreciaría todo el brillo de la mas alta elocuencia, si me fuera posible desplegarla, para decir sencillamente, con mi palabra fiel, lo que siempre pensé de este hombre amado, cuyos restos venimos á entregar á la tierra.

Y sin embargo, señores, esta tumba es un poema y un altar; ciérrase en ella la existencia breve y fecunda de un héroe: álzase de ella un ejemplo inmortal, que despierta en los vivos veneracion y amor.

Creedme, señores: he visto de cerca y tratado íntimamente á muchos hombres ilustres de nuestra patria y de otras partes, y puedo aseguraros que: Plácido Martinez podía resistir la comparacion con los mejores y destacar entre ellos su figura moral, verdaderamente admirable.

Hombre modesto, no buscaba en sus hechos ni recompensa material ni brillo para su nombre; por eso desdeñaba la eleccion del teatro para la realizacion de sus gloriosas hazañas, y, atento siempre á la voz del deber, corría el primero donde había de llenarlo, sin relacionar en su mente la magnitud del sacrificio ó del esfuerzo con el bien personal que pudiera resultarle.

Niño aun, inició voluntario su carrera militar cuando el invasor estrangero insultaba sangrientamente á la patria y amenazaba su integridad; y los ejércitos aliados pudieron contemplar gratamente la estraordinaria bravura de nuestro jóven compatriota y su singular pericia en esa larga campaña, muy particularmente en los memorables combates de las islas del Chaco, quizás los mas terribles de toda la guerra.

Pelea mas tarde en defensa de las instituciones de la patria, contra el rebelde de Entre-Rios; y en la ciudad del Paraná, donde recibe varias heridas, se hace en breve tiempo el nervio

de la defensa y el terror del enemigo; y cuando es necesario volver á Corrientes, que se halla amenazada, una parte de sus milicias llevadas al teatro de la guerra, el coronel Borges, de ilustre memoria, inteligente y bravo, pide al gobierno nacional disponga de batallones de línea, como acaba de recordarse, antes de retirar de la ciudad el *Batallon Goya*, al que consideraba la mas sólida garantía de la defensa de esa plaza importante.

En la batalla de Ñaembé quebranta y despedaza la infantería y artillería enemigas, llevando con su solo batallon esa formidable carga que contribuyó en primer término á la decision de aquella jornada, acabando totalmente con aquella rebelion.

Mas tarde, peleando siempre por el imperio de las instituciones, por esa libertad de la patria que fué el credo y el ídolo de toda su vida, realiza las acciones mas heróicas, contribuyendo á decidir grandes batallas, como en Ifrán, ó mandando en jefe otras mas estratéjicas, como el sitio y toma de esta misma capital.

Pero, lo que mas realza su figura militar y política, haciéndole digno del bronce antiguo, es ese hermoso equilibrio de sus facultades morales, ese valor indomable unido á esa moderacion generosa, esa virtud, mas que espartana, esa vida sin mancha, esa abnegacion sublime, que abolía en su alma el recuerdo de sí mismo por la presencia constante del sentimiento del deber y de la imágen adorada de la patria.

La abnegacion, ha dicho un pensador eminente, es el sentimiento que mas distingue al hombre de la bestia. El Salvador de los hombres la realiza en el mundo de una manera, al parecer, incompatible con la flaqueza humana; y el linaje entero se prosterna lleno de reverencia ante esa idealidad que toca con su frente en el cielo, ostentando atributos propios solo de un Dios.

Pues bien, señores: Plácido no es el Divino Maestro (nadie podrá serlo); pero yo os fio que era un noble discípulo del modelo del Gólgotha. Su abnegacion, esa virtud que es la mayor de todas, porque supone todas las demas, como se ha

dicho muy bien, es de estraccion eminentemente cristiana; de ahí esa elevada nobleza de su espíritu, su generosidad sin límites, su pobreza republicana, su bondad inefable, y ese amor á sus propios enemigos, enseñado por el mártir de la Cruz, última fórmula de la moral, último término de la perfectibilidad humana.

Corrientes ha penetrado en lo íntimo de esa alma abierta y franca; y mas que por los valiosos servicios debidos á este hijo ilustre, por el mérito escepcional de sus prendas morales, le amaba con predilección y le llora con justicia. La patria entera le debe tambien grandes servicios, que conoce y estima su nombre, no ha podido, sin embargo, saber toda la estenion de la pérdida que esperimenta con la muerte temprana de este coronel correntino. Debiera, no obstante, saberlo, y sdebiera llorarlo á la par nuestra: alguna vez le hará justicia...

Estos grandes caracteres que reconcilian al hombre con su especie y templan la fe en las horas funestas de decepcion y de vergüenza, que alcanzan como un castigo á las naciones, recobran algun dia su derecho á la historia y graban en ella perdurablemente su nombre. Si nuestra patria amada ha de ser libre y grande, recordará, señores, cuanto habrá debido esa conquista al noble ciudadano cuyos restos sepultamos hoy.

Y eso sucederá: él lo ha dicho. « Muero, pero no hay cuidado—decía al doctor Amarilla—los dejo bien garantidos » ¿Es la vision célica del mártir que divisa el primero la luz del dia anhelado? ¿Es esa fe profunda del héroe que lega su palabra, su aliento y su ejemplo á sus virtuosos compañeros de armas, de cuya lealtad sale garante en su postrer momento y de cuyo valor fuera testigo en cien combates?

¡Oh, nobles y gloriosos compañeros de Plácido Martinez! No olvideis nunca ese legado sacro; amad como él la libertad de la patria, á la que ha rendido su vida; humillad en vuestros propios corazones, como él lo hacía, las miserias que asechan la frágil naturaleza humana; sed abnegados, leales, generosos, y pelead, cuando el deber os llame, pronunciando su nombre, y seguireis siendo los *invencibles y los escogidos.*

¡Mandatarios del pueblo! Perpetuad esa memoria y esculpid indeleblemente esa figura ilustre en los fastos gloriosos de la patria. El pueblo de la Esquina, donde naciera nuestro héroe, no tiene nombre: que ese nombre grabado en nuestra frontera será una muralla para nuestra libertad.

¡Madres de familia, esposas, hijas de Corrientes, que ayer arrojabais abundantes flores al paso del salvador victorioso! repetid á vuestros pequeñuelos ese nombre y levantad en sus tiernos corazones el deseo y el voto de imitar sus virtudes; y contadles cómo, despues de haber vivido como Arístides, ha muerto mas dulcemente que Sócrates, entreviendo el cielo y pronunciando el supremo nombre de Aquel hácia el cual volaba su espíritu y que le llamaba á sí: ¡A Dios!

¡Mi noble amigo, mi siempre amado Plácido! yo te saludo, al pié de tu sepulcro, vencedor de la vida y de la muerte! Tu hollaste bajo tu planta heróica todos los egoismos del barro humano, y has rasgado las sombras de la eterna noche con las irradiaciones luminosas de tu frente inmaculada. ¡Vive perdurablemente en la gloria, y bendito seas! ¡Adios!

DISCURSO DEL DOCTOR DON JUAN M. RIVERA

Señores:

Desde la muerte de Plácido Martinez se nota un fuerte sacudimiento en el espíritu popular, visible en sus variadas y tristes manifestaciones, en las lágrimas, en los sollozos de todos, en ese vago rumor que acusa una calamidad pública y que es el concierto fúnebre que acompaña al elegido de Dios para la vida de la inmortalidad.

Sí! Plácido Martinez baja á la tumba con todo el estrépito que produce la caida de los colosos y con todo el cortejo de que son precedidos aquellos varones ilustres que pasan á vivir en el corazon de sus conciudadanos.

Es que Plácido era todo un héroe vaciado en el molde de

los héroes espartanos. Se le puede aplicar con verdad y justicia aquella síntesis sublime del poeta: tenía el corazon de un niño y el aliento de un jigante. Sentía con la sinceridad de aquel y procedía con la talla moral de este, cuando la patria demandaba su concurso de ciudadano.

Su muerte, por eso, ha contristado el espíritu de amigos y enemigos, del pueblo todo que tanto y tanto amó.

¡Habia un raro consorcio de cualidades en este jóven estraordinario!

Hombre de guerra, batallador formidable, jugaba su vida en los combates librados por la libertad y el honor de la patria, como un Bayardo; y, sin embargo, era menos grande por sus hazañas en la guerra que por sus virtudes catonianas en la paz.

Es que tenía todos los sentimientos nobles que acompañan al hombre de verdadera bravura.

Amaba el peligro por la gloria, y alcanzada esta, colmaba su única ambicion. Desde la primera hora de la victoria revelaba que su mision habia terminado.

Todos esos rasgos que lo distinguían como hombre de mando en las batallas: toda esa altivez y arrogancia que caracterizan el verdadero valor, se convertían en signos que mostraban al hombre humilde que no se cree digno de mandar en la paz.

Así, volvía de la guerra con todo el prestigio que dan la pericia, el valor y la audacia, sobre las masas populares, pero jamás hizo pesar esa legítima influencia para satisfacer propósitos personales.

¡Es que no los tuvo jamás! Sus propósitos, como ciudadano, fueron los de la patria, cuando de la patria se trataba, ó los de su partido en la luchas internas.

Cuántas veces le he oido decir: *Yo estaré conforme con lo que resuelvan ó hagan los amigos*; y estas palabras que las repetía al tratarse cualquiera de los asuntos políticos de la paz, demostraban ese desinterés que lo distinguía.

No había ficcion ni hipocresía en este proceder.

Plácido no era como aquellos hombres estraordinarios que

estienden su poder sobre las multitudes por el brillo de sus repetidas victorias, para ceñirse despues la diadema de los Césares y Napoleones, ó empuñar el látigo de los dictadores americanos. Era sencillamente un hijo del pueblo, que vivió para el pueblo: hijo de la República que amaba sinceramente con todas sus inherentes instituciones.

Murió jóven; pero si Dios no nos hubiera mostrado su infinito poder llevándosenos al hombre que saliera ileso de tantos peligros, y á quien la metralla y el fuego habían respetado en muchos combates, Plácido hubiera llegado al último tercio de su vida, siempre guerrero intrépido y caballeresco, así como honrado y desinteresado ciudadano.

¿Habrá quién lo dude? En la edad de las pasiones tormentosas, de las ambiciones legítimas ó ilegítimas, pero que aguijonean siempre el hombre, Plácido tenía ya el poder de alcanzarlo todo en su país; pero ni lo pensó siquiera, porque no sintió el deseo, y no lo sintió, porque le bastaba su corona de laureles, puesta por la mano del pueblo sobre su frente pura, inclinada hoy ante la escelsitud del trono de Dios.

DISCURSO DEL DOCTOR DON FERMIN E. ALSINA

Señores:

¡La provincia de Corrientes está de duelo! No hay un semblante que no refleje el acerbo dolor que contrista tantos corazones. El niño como el anciano, la matrona, el soldado, el ciudadano y hasta la misma naturaleza están de luto!

¿Por qué, señores, tanto dolor? ¿Por qué sentimiento tanto? ¡Silencio! Plácido Martinez ha muerto!

Los grandes jamás caen en silencio, porque dejan con la muerte vacíos irreparables.

Plácido Martinez, el mimado de la fortuna, el hijo cariñoso, el amigo leal, el primer ciudadano, el soldado austero, había

penetrado en todos los corazones; por eso la noticia de su muerte contristó profundamente el pueblo.

Plácido Martinez se había rodeado de una auréola espléndida. No había persona que no abrigase hácia él una atrayente simpatía. Se puede hablar la verdad en el silencio de los sepulcros sin temor de que se la tome á la mas remota lisonja. ¿Qué correntino habrá cuyo corazon esté insensible? Los hombres, que, como Plácido Martinez, han recorrido con gloria la carrera del ciudadano y del soldado, manteniéndose austero é inflexible, no pueden inspirar sino respeto y simpatía.

Por eso, cuando su féretro era conducido ayer hasta la capilla ardiente, donde pasó entre sus amigos la última noche, los que le acompañaban regaban con su llanto el camino que recorría, y doquier se dirigía la mirada, no se oían sino lamentos y no se veían sino lágrimas.

Plácido.... déjame que te llame así, pues este era el trato que tus amigos te deban—dejas huérfana á tu provincia; le diste libertad y la abandonas. Ve á este pueblo que te rodea! El viene á acompañarte hasta tu última morada y á pedirte que no olvides, que si fuiste un correntino patriota, es tu deber hacer desde la inmortalidad donde moras que los que te sucedan sepan imitar tu ejemplo. Es justo que veles por tu legado. Tu nombre será venerado y tus prendas guardadas con religioso cuidado. Tus soldados, que fueron tus hermanos de fatigas, tendrán en tí el modelo que imitar. Tu vida se ha esculpido en nuestros corazones; la justicia histórica te eternizará, y las futuras generaciones te rendirán el mas completo homonaje.

Vuelve, Plácido, tu cuerpo, que fué estrecho para tu espíritu, á la tierra; tu alma vive en la inmortalidad, el recuerdo de tus virtudes en nuestra memoria y el aprecio en nuestros corazones despedazados.

Señores:—Los grandes muertos retemplan nuestros espíritus. Los amigos del coronel Martinez, que van recorriendo su carrera y que han sabido consolidar la situacion presente, sabrán inspirarse en la vida del amigo perdido, para que maña-

na, cuando terminen el tránsito de la vida, puedan ser tambien acreedores á la estimacion de la posteridad.

Vive, caro amigo, en el trono de la inmortalidad ! [1]

DISCURSO DEL DOCTOR DON EMILIO DIAZ

Señores :

En torno de este ataud, que contiene el cadáver del coronel Plácido Martinez, estamos reunidos no solamente sus amigos y compañeros de ayer, sino tambien todo un pueblo, que, como nosotros, viene á rendir el último homonaje á sus virtudes, concurriendo á este lugar de suprema tristeza para despedir al objeto querido del corazon, dando así un testimonio elocuente del gran aprecio que supo aquel conquistarse entre sus conciudadanos.

En efecto, señores: este militar austero y virtuoso ciudadano, ha dejado el escenario de este mundo escento de todas esas miserias que, aunque son el patrimonio de la humanidad, jamás inspiraron la conducta de las grandes almas como la suya. Por eso ha muerto querido de todos y llorado por todos, sin esceptuar á sus adversarios, que siempre encontraron en él un soldado valiente en las batallas, generoso en la victoria y un espíritu franco, abierto y conciliador en las mas ardientes luchas de nuestra vida política.

Los hechos de su vida, corta pero gloriosa, serán recojidos por la historia, que desde hoy abre para él un página brillante, que los perpetuará en la memoria de sus compatriotas: y entonces las generaciones venideras, como nosotros ahora, conservarán en su corazon un lugar de gratitud para este no-

1—Sentimos no publicar íntegro el discurso del doctor Alsina, por hallarse casi destruido el número de *La Libertad* de donde lo tomamos, precisamente en la columna que lo contiene. Lo que publicamos de él, sin embargo, dá una idea de lo que fué.

ble campeon de las libertades patrias, cuyos esfuerzos y sacrificios no han tenido otra bandera de lucha que los principios democráticos, que cimentan la autoridad de los gobiernos sobre el principio de la libertad, única base de felicidad para los pueblos.

Señores: Hemos perdido al coronel Martinez, cuando mas necesitábamos del concurso de su buen corazon, de su espíritu de concordia y de su valor inquebrantable; cuando esta patria que tanto ha amado y por la que tanto ha sufrido, está en vísperas de poner á prueba todo el amor, la prudencia y el valor de los ciudadanos que él tantas veces acaudillara y quienes, en la hora suprema, echarán de menos su consejo, su pericia y la fuerza irresistible de su brazo.

Nos queda de él solo el recuerdo y el ejemplo de sus virtudes cívicas y militares, que serán para nosotros prendas de inestimable valor, sí, teniéndolas siempre presente, sabemos imitarlas.

Coronel Martinez, ¡adios! Nuestra despedida, es, sin embargo, corta; porque todos los que rodeamos vuestros depojos, uno á uno y sin pérdida de tiempo, vendremos á este recinto, donde, al pié de una cruz, muere el estrépito del mundo, á buscar esta misma puerta que va á daros paso para esa region de la inmortalidad donde habita la pasada humanidad en el seno de Dios; á quien pido paz para la tumba del guerrero valiente, virtuoso ciudadano, partidario firme y leal amigo; resignacion para su desolada familia; y para los que quedamos con el legado de llevar á buen término la obra comenzada, inspiracion en el recuerdo y el ejemplo de vuestras virtudes, que serán siempre un vínculo de union y concordia para los que fuimos vuestros compañeros ayer.

¡Adios!

DISCURSO DEL DOCTOR DON JUAN VALENZUELA

Cayó en la tumba, como caen los astros
En el sudario de su luz envuelto;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos.

G. MENDEZ.

La viril Corrientes está de pésame! Su histórica bandera izada á media asta en señal de duelo público!

La República Argentina pierde una gloriosa espada, sostén de la nacionalidad y de las libertades públicas.

Un guerrero menos que oponer contra la sed de conquista y de espansion chilena.

Ante esta tumba, cuántas amarguras y presentimientos confusos brotan en la mente abatida!; pues encierra, señores, no solo los restos mortales del ilustre coronel Plácido Martinez, sino tambien un porvenir y una preocupacion, asociados con la mas cara esperanza del pueblo de Corrientes.

Austero y abnegado patriota, Martinez no tuvo otro ideal en su azarosa vida que el ideal de la patria. Amaba la libertad con entusiasmo, pero la libertad afianzada sobre principios estables de paz y de órden. Nació para el sacrificio y murió como todos los mártires, en la inmortalidad.

Cuando el tirano del Paraguay agredió alevosamente nuestro territorio, injuriando la tradicional bandera, él fué uno de los soldados voluntarios que ofreció su espada para lavar el ultraje inferido á la integridad y dignidad de la nacion.

La historia de esa guerra tremenda registrará en sus páginas el nombre del héroe, á la par del de Azcona, Sarmiento y Paz y otros denodados que rindieron su tributo de sangre y sacrificios ante las aras de la patria mancillada. Su pecho ostentaba medallas que la patria agradecida dá á sus servidores.

Cuando el sentimiento de la unidad nacional estaba en pe-

ligro con la invasion de la provincia por Lopez Jordan, profesando su culto á ella y creyéndola comprometida, tomó una participacion activa y vigorosa en los sucesos, dando por resultado la memorable batalla de Ñaembé!

Miembro del partido liberal, jugó siempre un papel importante, esponiendo su tranquilidad y hasta su vida en nuestras luchas agitadas y tumultosas, pero guiado por nobles y altos propósitos.

Víctima del destierro y de las persecuciones políticas, jamás conservó en su pecho dejos de ódios y venganzas estériles. Su corazon de temple antiguo derramaba afecciones de amor y cariño, aun para sus propios enemigos.

Grande y elevado en el infortunio como en su apogeo, Martinez fué un ser privilegiado por el carácter y la hidalguía de su alma espartana.

Humilde y pobre muere el fuerte!

Los antiguos condenaban al ostracismo á sus mejores hijos, como Arístides y Temístocles, creyéndoles peligrosos á la suerte de la República por su prestigio y valer; la muerte, mas cruel que ellos, condena al joven y al poderoso al destierro eterno para privarnos de los beneficios de su fuerza y valor cívicos.

Dentro de este sepulcro helado, ¿no irá envuelto, señores, el gérmen de nuestra destruccion y quebranto? ¿No será como el caballo famoso de Epeo, que llevó ocultos en sus entrañas el incendio y la ruina de la ciudad troyana?

Son misterios de Dios, que no podremos descubrir ni comprender.

Hay un hecho, sin embargo, que no escapará á la observacion y penetracion de la inteligencia: Catilina está en las puertas de Roma y nosotros enterramos á los valientes....!

Su figura militar diseñóse colosal y brillante en los últimos acontecimientos políticos que afianzaron la presente situacion sobre bases inconmovibles de libertad y órden.

Acariciado por la victoria en los campos de Ifrán y en el sitio de esta capital, jamás se dibujaron en sus labios espresiones de resentimientos contra el vencido: fué, por el contrario,

considerado por sus adversarios como la garantía mas eficaz de sus derechos.

La pureza de sus convicciones y la bondad de la causa que sostenía á la vez que su honradez caballeresca, sirviéronle de baluarte contra el desborde de las pasiones y la audacia del vencedor.

Muere en una época difícil en que los partidos se agitan, se confabulan y precipitan en los escesos para servirse del poder de la nacion con miras mas ó menos estrechas y egoistas, que nos autorizarían á esperar la ejecucion de la célebre sentencia de Breno : *Væ victis* .... !

El horizonte político está preñado de tempestades, sin contar ya con el piloto de la nave : resignémonos á dirigirla bajo la luz del patriotismo y de los esfuerzos comunes á fin de desviarla de los escollos y de la roca.

Señores: Un americano, en sus arranques de indignacion y de despecho, deseaba llevar sobre su tumba el siguiente epitafio :—*Aquí yace el opositor de la Constitucion de los Estados Unidos*....

Yo quisiera, interpretando el sentimiento público, escribir sobre esta fosa :— *Aquí yace el defensor de las instituciones libres.*

Plácido Martinez ! El genio de tus esperanzas y afecciones vela, como las Vestales, sobre tu memoria, y tus amigos lloran resignados tu sentida pérdida....!

DISCURSO DEL DOCTOR DON MIGUEL G. MOREL

Señores:

La tumba no es este abismo que se abre á nuestra vista: la tumba es la entrada del cielo, la aurora de la eterna vida, el altar de la inmortalidad.

La tumba tiene su poema, su grandeza y su miseria. Su

poema: la religion del recuerdo; su grandeza: la contemplacion del ideal; su miseria: el polvo.

El recuerdo es la imágen imperecedera del ser; el ideal, el cielo; el polvo, este envoltorio mortal.

Hé ahí el misterio de la existencia humana:—rayo perdido que busca su foco, el cielo; paveza que se consume y que e viento dispersa en la tierra; vibracion sublime que se propaga allá arriba; onda que gime y muere aquí abajo. Por eso, al contemplar una tumba, nos asalta siempre la idea de la doble existencia que forma la unidad de nuestra vida, y prescindimos de lo fugaz de la materia para absorbernos en la contemplacion de ese efluvio sublime de Dios: el alma.

¡Alma grande de Plácido Martinez! ante cuyo envoltorio mortal me inclino: yo te saludo, te venero, te admiro y te evoco en esta hora de las tremendas desolaciones.

Te saludo al incorporarte al seno de Dios, que te ofrecerá el amor infinito y la verdad absoluta, libre ya de esta cárcel que ahoga el espíritu, para flotar sobre el sol, sobre los cielos, sobre el espacio, sobre el universo.

Te venero por tus nobles, grandes y fecundas irradiaciones; porque pudiendo ceñirte solo todas las coronas y posesionarte de todas las primicias de tus triunfos, has preferido siempre renunciar todo; porque pudiendo sentarte sobre el Capitolio y tener bajo la ley de tu vencedora espada á un pueblo entero, no tuviste mas trono que tu humilde hogar, aunque tenías y tendrás siempre uno mas durable: el corazon de este gran pueblo; porque te has diferenciado de los demás hombres ligándote deliberadamente á la cadena del dolor, abrazando todos los sacrificios y recibiendo como héroe, como santo, como ángel, la misma muerte!

Te admiro por tus grandes acciones y por tus grandes virtudes: imperecederas las primeras como el tiempo, herencia, símbolo, ejemplo del porvenir; puras las segundas como los arreboles de la luz increada en que estás envuelto, como ese inmenso amor que tuviste á tu patria y que te ha hecho el héroe de una causa inmortal y el apóstol de las reivindicaciones populares.

¡Te evoco para que sigamos tu ejemplo, tu escuela cívica, tu huella de luz, de triunfos y de glorias inmortales!

Pueblo de Corrientes! incorporad á vuestra vida, á vuestra historia la vida luminosa y la historia brillante de Plácido Martinez, para que así sea siempre nuestro astro, nuestro numen-nuestra inspiracion, nuestro soldado, nuestro apóstol, el héroe perdurable!

La vida de Plácido Martinez bien la conoceis: es una epopeya.

En la larga y cruda guerra del Paraguay y en las sangrienlas contiendas civiles contra el caudillaje, su figura ha sido siempre culminante.

No haré su historia, porque otros ilustrados oradores acaban de ofrecérosla, y porque, además, es conocida de todos, tal como él era amado de todos.

La muerte de tan esclarecido ciudadano llena de duelo á todos: tended sino la vista en derredor: es que es una pérdida irreparable; es que es una desgracia pública.

¡Qué injusticia, señores! No es una blasfemia. ¡Qué injusticia! arrebatarnos esta vida en la flor de la edad, en plena juventud, privándose así á su patria de su corazon y de su brazo.

Cuando pienso que nuestro Plácido, que este nuestro querido Plácido, no existe ya para su patria, para sus amigos, miro á la tierra, miro al cielo; interrogo la ley de los seres para buscar, encontrar y traer otra vez aquí, á este cuerpo exánime, la llama, la esencia vital.

Interrogo al viento, á la nube, á la onda de luz, á los bosques misteriosos y á los rios murmurantes de nuestra patria; interrogo á todas las creaciones de Dios, y finalmente á Dios, sí, á Dios mismo, que llena el espacio, para saber, para sorprender, para descubrir el sitio sagrado dónde está el alma, el fuego, el rayo que animaba este cadáver.

Ah! señores: por todas partes el silencio; por todas partes la nada; por todas partes el misterio sombrío, pavaroso, inexcrutable.

¡Hombre, ciudadano, amigo, hermano! Tu muerte deja un

vacio inmenso en mi corazon; pero lo llenaré con tu recuerdo santo, puro, imperecedero, y con las lágrimas, con las ardientes lágrimas que derramaré por tí toda mi vida, toda mi vida.

....

Adios, hermano: duerme ese sueño del ángel y del héroe!

CARTA OFICIAL DE PÉSAME

Ministerio de Gobierno.

Corrientes, 19 de 1879.

Señora doña Claudia Velazco de Martinez.

Goya.

La provincia de Corrientes, como vos, señora, está de pésame y de luto por la temprana é inesperada muerte de vuestro digno hijo el coronel Plácido Martinez, el mas noble, el mas patriota y el mas virtuoso de sus ciudadanos.

Un astro fulgurante desaparece del cielo de la patria; pero hay una grandeza mas para la historia. Las sombras que deja en su ocaso son crespones de duelo con que Corrientes resguarda de la profanacion las lágrimas que derrama;— y el resplandor brillante con que se ha presentado á la inmortalidad será para vos, y eternamente para este pueblo, una gloria y un orgullo.

Llorad, señora, por que sois madre! Si un pueblo entero llora ¿por qué no lo hareis vos, que le disteis el ser y gravasteis en su alma tierna las grandes virtudes que supo conservar puras? Pero pensad que vuestro hijo ha conquistado la palma de la vida histórica, venciendo el olvido de la muerte: y,

como las matronas antiguas, sobreponeos á vuestro quebranto para tributar al gran ciudadano el homenaje de sus glorias.

Dignaos aceptar el testimonio de justo pesar con que el Gobierno de la provincia se asocia á vuestro dolor, y las consideraciones de mi alto respeto.

M. F. MANTILLA.



